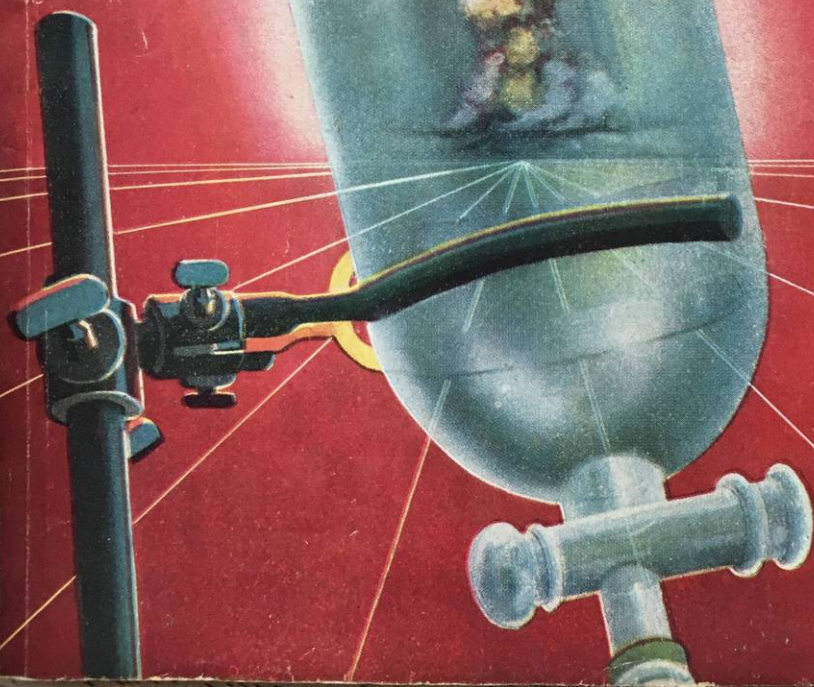
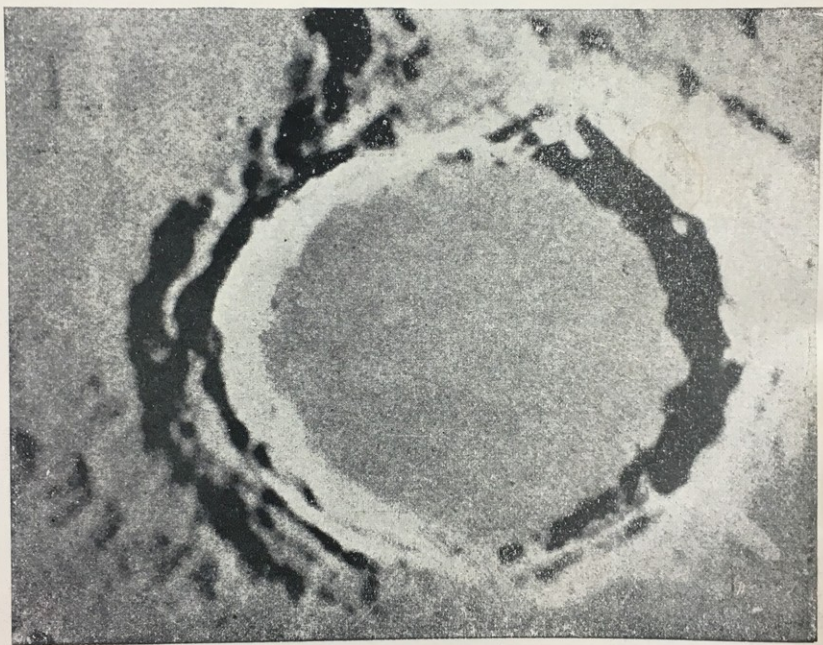
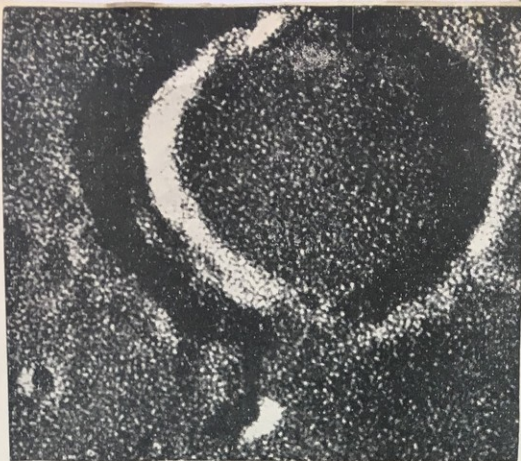


VOL. 4 N° 42 NOVEMBRE 1956

l'Espresso



eusevi



PROGRESOS FOTOGRAFICOS

Tres versiones fotográficas obtenidas en el transcurso de 20 años. Arriba: una foto de la Luna tomada en el año 1899. A la derecha: otra foto tomada en 1903. Abajo: fotografía con el reflector de 2.50 m. de Monte Wilson, año 1919.

REVISTA MENSUAL
DE AVENTURAS
APASIONANTES EN
EL MUNDO DE LA
MAGIA CIENTIFICA



NUESTRA PORTADA

por L. de la Torre

Un nuevo mojón se vislumbra ya en el camino del progreso. El control y repetición bajo condiciones de laboratorio de la fusión del átomo de hidrógeno.

sumario

Redacción y Administ.:
Editorial Abril S. A.
Avenida Alem 884,
Bs. As., Rep. Argentina

novela completa:

LA DIMENSION FATAL, por H. BATES.

Para buscar a su esposa se lanzó a otra dimensión, pero era una zona experimental 72

cuentos:

RECETA PARA SOÑADORES, por JULIAN CARY

Un cuento dedicado a todos los que padecen aberraciones causadas por la ficción.... 4

MISERO ASTRONAUTA, por PETER GREEN

Nunca más volvería, y sin embargo..... 14

SERVICIO DE REPARACIONES,

por FELIPE K. DICK

La curiosidad suplantó a la aversión: tenía que enterarse qué era un "suiblo"..... 54

aventuras de la mente:

PILAS ATOMICAS, por G. H. MARTIN, DE MARGIONE y CLAUDE MASSOT

La V parte de "El átomo a sus órdenes".... 30

EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO 27

novedades cósmicas:

ESPACIOTEST 24

CORRESPONDENCIA 114

LAS MUJERES Y MAS ALLA (Editorial)..... 2



Las mujeres

y

"más allá"

NO tengo la intención de reabrir en esta página la polémica acerca de la pretendida superioridad intelectual del hombre sobre la mujer.

Desde que una de sus costillas se hizo mujer, Adán tuvo en éste uno de los más frecuentes temas de discusión, y sus descendientes no nos quedamos cortos.

No entraré yo en el debate de si la supuesta inferioridad de la mujer es imputable a su estructura anatómica o a su fisiología, o al estado de sujeción en que el hombre la ha mantenido durante tantos siglos.

Estas discusiones son totalmente ociosas. Es cierto que en algunas sociedades (no en todas) la mujer ha sido considerada inferior al hombre. Nuestra civilización tiene también esta característica, aunque, evidentemente, nos encontramos en una época de rápida transición hacia una pronunciada equiparación.

Este hecho histórico indiscutido ha ocasionado en las mujeres una posición contradictoria. Algunas aceptan tranquilamente su destino, otras son presas de un complejo de inferioridad que se manifiesta en una locuaz intransigencia o en una exagerada imitación de posturas y costumbres masculinas. Las más, sin embargo, se dan cuenta de que el problema no puede ser resuelto con polémicas o con actitudes, si-

no que tiene que ser superado, trasladándolo a una esfera intelectual más elevada. Así que obran, piensan, trabajan y cumplen su tarea no ya de mujeres o de hombres, sino de seres humanos. Desde este punto de vista, el progreso de la mujer se identifica con el progreso de la humanidad.

Por otro lado, muchos hombres, por más que proclamen la justicia de la igualdad de oportunidades y de derechos (y deberes), en el fondo están bien convencidos de su indiscutida superioridad.

Será convicción instintiva o irracional, o derivada de oscuras corrientes ancestrales, o del sistema educativo: sea lo que fuere, pero es cierto que, también en este caso, se trata de un hecho históricocial comprobado.

Una vez bien aclarado este punto, es decir, mi deseo de no iniciar una polémica de sexos, hago notar a mis fieles lectores que la proporción de mujeres entre los amigos de MÁS ALLÁ es de aproximadamente el 10%.

¿A qué se debe esta desproporción tan enorme?

He pensado en tantas razones, pero no me encuentro en la mejor posición para juzgar cuál de ellas es la más atendible. En efecto, a mi alrededor hay varios entusiastas femeninos de la fantasía y de la divulgación romanzada

por la Secretaría de la Redacción), mientras que conozco a muchos hombres que no las aprecian. En otras palabras, en el círculo de mis conocidos, no rige la proporción 10% — 90% que se observa entre los lectores.

Por eso he decidido solicitar la ayuda de los lectores y, naturalmente, de las lectoras, para aclarar las razones de esta desproporción aludida.

Todos los lectores están invitados a contestar lo más sesuda y brevemente posible a la pregunta: ¿Por qué por cada 9 hombres, sólo una mujer lee MÁS ALLÁ?

Como estímulo para que los lectores me ayuden a resolver el interrogante que me atormenta, he decidido que las mejores respuestas serán publicadas y premiadas con una suscripción de seis números de la Revista. Y si el autor de la respuesta premiada fuera suscriptor, su suscripción será prolongada por seis números.

El único juez de las respuestas será yo. El criterio de mi juicio será completamente personal y subjetivo, y las decisiones —incluyendo el reparto de las suscripciones gratuitas— inapelables e indiscutibles. Publicaré y premiaré las respuestas más brillantes, las más serias y las menos serias, las que más me den que pensar, las que más me instruyan y las que más me diviertan. ♦

POR JULIAN CARY

receta para soñadores

"Llenósele la
fantasía de todo aquello que
leía en los libros..."

GILL dejó su libro, encendió un cigarrillo, y miró pensativo al techo, a través de las nubes del fragante humo.

—¿Has terminado? —preguntó Mary, su esposa, mujer comprensiva, que se esforzaba todo lo posible por no ponerle reparos a su lectura.

—Casi —Gill tomó el libro y lo miró. Era un libro viejo y gastado, y él

lo manejaba con cuidado y cariño—. Es una cosa muy buena. Spéncer me lo recomendó, y trata de las guerras primitivas. Ya sabes, cuando los hombres peleaban entre sí, con fusiles y toda clase de armas.

—¡Peleaban! —la expresión de Mary reveló su disgusto—. ¡Qué horrible! —dijo eso y le contestó Gill, pensativo—. En las épocas primitivas,

los hombres tenían que luchar, y a veces, las mujeres también, y no miraban las cosas del mismo modo que nosotros —hojeó las páginas—. Mira, aquí hay una ilustración. Los hombres de las guerreras rojas pelean contra los de las guerreras verdes. Uno de ellos ha sido herido, se ve por el vendaje que lleva en el brazo, y todo lo que les rodea es el botín de guerra.

—¿Qué es eso? —Mary ni miró siquiera la ilustración, grabada a cinco colores.

—Saqueo —dijo vagamente Gill: oro, sedas, pedrería..., uranio, me imagino, y mujeres.

—¿Mujeres?

—Sí. Por lo visto, cuando uno ganaba la batalla, se llevaba siempre las mujeres del vencido.

—¿Para qué? —Mary parecía genuinamente sorprendida—. ¿Qué iban a hacer con tantas mujeres?

—Casarse con ellas, supongo. O quizá las querían para que les preparasen la comida y les remendaran la ropa.

—¿Por qué no usaban los hornos electrónicos? —le preguntó Mary. Se esforzaba por ser paciente; pero a veces, Gill decía unos disparates horribles—. ¿Y por qué tenían que remendar la ropa? ¿No podían sacar otras nuevas del dispensador?

—Creo que entonces no tenían hornos electrónicos ni dispensadores de ropas —dijo Gill, vacilante—. No te olvides de que esto fué hace mucho tiempo.

—De todos modos, es igual —declaró categóricamente Mary—. Nosotros los tenemos desde que yo recuerdo, y mamá los tenía, y su madre, y... —hizo una mueca de enojo al ver la expresión de Gill—. No empieces con otra de tus discusiones, Gill.

—No estoy discutiendo —le contestó él con impaciencia—. Lo único que digo es que, en las épocas antiguas, las cosas eran muy diferentes de lo que son ahora. Esos tipos primitivos,

el libro—. ¿Sabes?, creo que la vida era entonces mucho más emocionante que ahora. ¡Imagínate que te mandaban una notificación, y tenías que ingresar al ejército! Te daban un uniforme y un arma, y te ibas a luchar. Si ganabas, podías quedarte con lo que quisieras. Si perdías, tenías que pagar el rescate para que el enemigo te dejara en libertad —suspiró de nuevo—. Ojalá hubiera vivido en esas épocas.

—A mí no me habría gustado —dijo Mary. Se inclinó hacia adelante, puso la TV y sonrió al ver la estúpida risilla de un cantante de cabello rizado—. ¡Oh, que bien! ¡Es Hebrin! ¡A mí me parece sencillamente maravilloso!

—Yo lo encuentro insoportable —dijo Gill. Mary lo miró, escandalizada.

—¡Pero, Gill!, ¿cómo puedes decir una cosa así? Todas las muchachas están locas por él —suspiró mirando las correctas facciones del cantante. Gill apagó el aparato—. ¡Gill!...

—No quiero que ese tipo se introduzca en mi casa para hacerte pensar lo que no debes —dijo con firmeza—. A lo mejor se te ocurre que yo me arregle la cara para que se parezca a la suya.

—¡Oh, Gill! ¿Lo harías? —exclamó Mary, extática—. Eso sería maravilloso. ¡Me parecería que estaba casada con Hebrin!

—Me lo imaginaba —Gill parecía disgustado; no había pensado que ella iba a tomar en serio su sugerencia—. Pues no voy a hacerme arreglar la cara simplemente para darte gusto.

—¡Eso es injusto!

—No, no lo es. En las antiguas épocas, un hombre nacía con una cara y seguía con ella hasta la muerte. Y las mujeres, también. No existía eso de cambiar cada pocos meses, para estar a la altura de la moda. Es... —buscó la palabra apropiada—. ¡Es inocente!

—¿Ah, sí? ... Por lo visto, tú pien-
sas que está bien que uno se vuelva vie-
jo, arrugado y feo —Mary hervía de có-

lera—. ¡Pues no lo es! Tú sí que eres indecente; tú y esos viejos libros que lees. Lo malo que te pasa, Gill, es que no te das por contento con lo que tienes. ¡Y quieres irte por ahí a pelear, a saquear, a reunir mujeres y qué sé yo cuántas cosas más! —hizo una pausa para recuperar el aliento—. ¡No eres más que un soñador!, ¡un soñador inútil y egoísta! ¡Yo te odio! Yo...

La pelea que empezó entonces, fué la peor que habían tenido los dos.

EL psicólogo era un hombre menudito, de facciones correctas y agradables, como sus manos. Probablemente no había nacido con ninguna de ellas; pero, dados los adelantos de la cirugía plástica, eso no significaba nada. Le indicó a Gill que tomara una silla, miró la tarjeta que el joven le había traído, y la comparó con otra que sacó de un archivo.

—Por su tarjeta médica veo que su supervisor le ordenó que se presentara aquí —dejó las tarjetas en el escritorio y miró a Gill—. ¿Por qué no vino usted, por propia decisión, a decir que estaba enfermo?

—No estoy enfermo.

—¿No? —el psicólogo alzó las cejas—. Bueno, quizás no; pero es mejor asegurarse —sonrió, por primera vez—. ¿Cuál es, al parecer, su trastorno?

—Poca cosa —a pesar suyo, Gill sentía atractivo por el otro hombre. Considerando el índice de simpatía del psicólogo, le habría resultado casi imposible dejar de sentirlo—. He cometido un par de errores en el trabajo; nada grave; y no duermo tan bien como dormía antes. Eso es todo.

—Es suficiente —dijo con firmeza el psicólogo. Volvió a mirar las tarjetas—. Usted está casado, no tiene hijos, vive en un departamento de la clase tres..., trabaja cuatro horas al día en una fábrica de calzado plástico... Su trabajo consiste en cargar en los camiones los cajones de productos terminados,

para su distribución y entrega. Dos veces ha calculado mal y ha dejado que la carga cayera de la grúa antes de tiempo. ¿Por qué?

—No lo sé —Gill se meneó incómodo en su asiento.

—El trabajo no es arduo —le recordó el psicólogo—: todo lo que usted tiene que hacer es sentarse en una silla y mirar una pantalla... Cuando hay que cargar un camión, aprieta un par de botones y lo carga.

—Ya lo sé —Gill se sentía cada vez más incómodo—. Creo que no estaba mirando la pantalla con toda la atención debida; o quizá el camión se movió un poco sin que yo me fijara; o mi dedo se escurrió en el botón...

—No considero esas explicaciones como de un hombre sano —comentó secamente el psicólogo—. ¿Es usted feliz en su matrimonio?

—Mi esposa me dejó hace tres días.

—¿Se divorció?

—No; se marchó simplemente, y se fué a vivir con una amiga —Gill se ruborizó—. Tuvimos una pelea.

—¿Acerca de qué?

—De Hebrin, el cantante de televisión, Mary, mi esposa, lo admira.

—Y otros diez millones de mujeres, también —manifestó el psicólogo—. Por eso está donde está. ¿Tenía usted celos de él?

—No realmente... —mintió Gill—. Uno no puede tener celos de una imagen.

—Le sorprendería a usted saber hasta qué punto se pueden tener celos —el hombrecito anotó algo en la tarjeta—. ¿Eran compatibles usted y su mujer? Nada de falsa modestia ahora. ¿Lo eran? ¿Había alguna desilusión o algún desengaño?

—No... —dijo lentamente Gill—. No creo...

—Al menos ninguna consciente —agregó el psicólogo, tomando otra nota—. ¿Cómo pasa usted sus ratos de

—Leo mucho —dijo Gill—, y...

—¿Lee?

—Sí.

—¿Libros?... ¿Libros impresos?

—Así es. Yo...

—Esos libros mil veces malditos —exclamó el psicólogo, que parecía realmente furioso—: ésa es la causa. Historias de aventuras, me imagino. ¿Batalas, asesinatos, muertes repentinas?... ¿Esa clase de libros?

—Sí —Gill miró al hombrecito, con creciente respeto—. Soy un gran apasionado de las guerras primitivas. ¿Cómo lo sabía usted?

—Es una situación muy corriente. Cada vez que un hombre no puede concentrarse en su trabajo o en su familia, la culpa la tienen los libros. Me imagino que usted piensa que está perdiendo el tiempo, que se están haciendo grandes cosas en las que usted no toma parte, y que debería haber nacido hace quinientos años. ¿Acerté?

—¿Hace tanto tiempo de eso?

—¿Del período de las guerras?... Sí —el psicólogo mordió las palabras como si le desagradara su sabor—. Usted sufre también por falta de ejercicio físico y por entorpecimiento de su facultad crítica. Privadamente considera que su esposa es una imbécil completa, y piensa que nuestra sociedad tecnocrática está llevando a la raza hacia la decadencia y la extinción final. ¿No es así?

—Bueno —contestó lentamente Gill— no había yo llegado tan lejos en mis pensamientos.

—Llegará. Como le he dicho, su situación y su problema son muy vulgares. Se siente como encerrado, y trata de escapar por medio de las historias de aventuras. Está descontento con su vida y desea las glorias del pasado. Usted —le acusó el psicólogo— es un soñador —se echó hacia atrás y sonrió—. Afortunadamente, la cura es sencilla.

—¿La cura?... —Gill agarró los brazos del sillón—. ¡Pero si no estoy enfermo!

—Eso —le contestó con paciencia el hombrecito— es un asunto que puede discutirse. Mentalmente no es normal y, por lo tanto, es un enfermo. Mire el problema desde este punto de vista: ¿cuántas personas conoce usted que pierdan el tiempo leyendo libros?... —sonrió ante el silencio de Gill—. ¡Ninguna!; en el mejor de los casos, algún desgraciado que todavía no ha sido curado. Nadie lee ahora libros; porque ahí tienen la televisión, los historietas, las páginas de fotografías y los discos. Los libros eran un recurso en el pasado, cuando la gente necesitaba escapar de algún modo al horror de su vida diaria. En esa cultura eran esenciales; en nuestra sociedad no son más que una condenada molestia. La mayor parte de las aberraciones de la gente procede de los libros. Un día, los quemaremos hasta el último de todos ellos, y entonces seremos completamente normales —tomó la tarjeta de Gill, escribió otra nota en ella y sonrió—. No tiene que preocuparse en absoluto. Le he dicho que la cura es sencilla, y, efectivamente, lo es. ¡Ya verá! ¿Tiene usted deseos de ser soldado?

—Sí.

—¿Algo más? No vacile en decirme lo que sea.

—Creo que no... —Gill frunció el entrecejo y meneó la cabeza—. No, nada más.

—Muy bien —el psicólogo apuntó algo más en la tarjeta y apretó un botón—. Entre por aquella puerta y entregue esta receta al hombre que hay en la antesala. El se encargará de usted. Adiós.

El despacho siguiente era una pieza pequeña y desnuda, que olía levemente a antisépticos. Un hombre de cara suave y estúpida, un simulacro de Hebrin, tomó la tarjeta, la miró y bostezó.

—Bueno, muchacho, súbase la manga para que lo inocule.

—¿Inocularme?



—Claro; ¿no sabe acaso lo que es? Se lo ponemos aquí y eso les ahorra trabajo a ellos y molestias a usted. Tal vez perderá el conocimiento; pero no debe preocuparse por eso —tomó una hipodérmica—. Levante el brazo, por favor, soldado.

¡Soldado!... Gill le tendió el brazo.

ERA horrible. Era algo con lo que ni siquiera había soñado en sus peores pesadillas. Su uniforme era de un color gris sucio, áspero, y le irrita-

ba la piel no curtida. Sus botas eran unos aparatos destinados a llenarle los pies de ampollas, y cada una de ellas pesaba una tonelada. Tenía las uñas rotas, le dolían los huesos de dormir en la tierra desnuda y húmeda, y el hedor de las letrinas que estaba limpiando le revolvió el estómago.

Claro está que tenía un fusil, un arma de largo cañón, que le lastimaba tan cruelmente el hombro que le daba espanto tener que dispararla, por miedo al retroceso. Tenía también una bayo-



neta, aguja de acero de aspecto mortífero, y un casco de metal y una mochila de campaña, aparte del correaje suficiente para enjaezar a un caballo. Y tenía también un sargento, que, sin duda alguna, venía directamente del infierno.

En el sargento había algo raro. Su cara le resultaba vagamente familiar; pero sus órdenes, cuando lograba separarlas de los insultos de que iban acompañadas, carecían por completo de lógica. ¿Por qué debían limpiarse los baldes de las letrinas hasta dejarlos relucientes como espejos, yo que todos sabían el uso a que se les destinaba? ¿De qué servía el sacarle brillo a los clavos de sus botas? ¿Por qué debía poner una pasta sobre el correaje, para limpiarlo cuidadosamente, si inmediatamente se ensuciaba de nuevo? ¿Y por qué tenía que pulir bien los botones de cobre de su uniforme y luego, después de cada inspección, ensuciarlos de nuevo para que no reflejaran la luz y descubrieran su posición al enemigo? ¿Y el enemigo?...

Gill no lo había visto ni oído, aparte de unos gritos frenéticos percibidos a lo lejos.

Con frecuencia, Gill pensaba en su cálido departamento, cómodo y limpio, con su televisión en todas las piezas, su esposa, su lindo dormitorio y su sencillo trabajo en la fábrica. Al compararlos con la tierra dura, la comida desagradable, el trabajo constante, la suciedad general y la incomodidad ambiente, le asomaban lágrimas a los ojos. Nunca, nunca se había imaginado que la vida de un soldado podría ser así.

De todos modos, supuso que la guerra tendría que ser así entre batalla y batalla; pero, una vez que empezaran a luchar, todo se arreglaría. Un rápido encuentro, la derrota del enemigo, y luego podría quedarse con todo el botín y las mujeres.

Rascándose distraídamente...

estaba siempre rascándose), dejó el balde que acababa de limpiar.

Alzó los ojos, y vio una cara que le sonreía con una mueca horrible.

La cara pertenecía a un cuerpo vestido de verde hoja seca (el uniforme del enemigo), y las manos sostenían un rifle con bayoneta. Mientras Gill abría la boca para dar a gritos la voz de alarma, el hombre saltó hacia él, describiendo un arco con el rifle, y la bayoneta se hincó furiosamente en su cuerpo.

El dolor fué algo que a Gill le habría parecido imposible hasta entonces. Le desgarró el cuerpo, enfermándolo hasta hacerle sentir una espantosa agonía. Con el dolor vino el terror, al comprender que estaba ensartado en una bayoneta enemiga e iba a morir. Trató de gritar, pero había perdido las fuerzas. Unas manos le recorrieron el cuerpo, de arriba a abajo, y una voz murmuró sibilante, cerca de su oído:

—¡Acaben con él! ¡Pronto!

Con el rabillo del ojo, Gill vio el resplandor de un cuchillo que se aproximaba a su garganta. Sintió en la piel un pinchazo... Sólo tuvo tiempo para arrepentirse con toda su alma, un instante, antes de que todo se desvaneciera.

El agradó? —la voz procedía del psicólogo.

Gill, después de dirigirle una mirada de incredulidad, suspiró, aliviado:

—¿Así que todo fué un sueño?

—No —le corrigió el hombrecito—.

Nada de sueños —le indicó con un gesto los instrumentos que le rodeaban—. Lo que vio, sintió y experimentó era, al menos para usted, la verdad literal. Se le dieron estimulantes exteriores mientras estaba en un trance hipnótico. Lo sugestión y la asociación de ideas se encargaron del resto. Usted vivió realmente en su mundo de sueños...

...hasta ver la expresión de Gill.

Quería usted ser soldado —le explicó—. Había llegado a un extremo en el que ya no podía satisfacerse con el presente, y quería huir al pasado ficticio de aventuras y glorias. Naturalmente, como sólo conocía ese pasado a través de las obras de imaginación, no podía darse cuenta de lo que era realmente la vida del ejército. Ahora lo sabe.

—¿La suciedad?... ¿El dolor, la brutalidad y la estupidez?... —Gill se estremeció—. ¿Es así cómo era?

—Sí, en la guerra no hay romance alguno. Le mostramos a usted la realidad. Incidentalmente, yo asumí el papel del sargento. ¿No me reconoció?

—Tenía la impresión de que lo había visto antes —admitió Gill. Frunció el ceño—. ¡Un momento! Yo estuve en el ejército más de seis meses. ¿Cómo puede haber sido usted el sargento?

—De un modo muy sencillo —dijo el hombrecito—. Simplemente aceleramos su sentido del tiempo. Pasó unos seis meses en el ejército; pero fué un tiempo subjetivo. El tiempo real no pasó de unas dos horas. La mayor parte de los estimulantes están grabados: los gritos, las órdenes, las instrumentaciones... La patada en la boca fué en realidad una mano que le rozó los labios; la bayoneta, una ligera presión sobre su estómago, y el cuchillo no fué sino la hipodérmica con que lo despertaron.

—¡Seis meses!...

De tiempo subjetivo. Afortunadamente, su caso era leve y se le pudo curar en seguida. A otros hay que tratarlos durante años enteros, naturalmente de tiempo subjetivo; pero la cura se detiene siempre, porque está basada en un principio muy elemental: déle a un hombre la cantidad suficiente de lo que cree que necesita, y en seguida se cansará de ello, especialmente si lo que cree que necesita es algo que no necesita en realidad; como usted la vida de soldado. La clase de vida que anhelaba no ha existido nunca; y ahora que lo sabe, no volverá a desearla más —

miró vivamente a Gill—. ¿Por qué se sonríe?

—¿Me sonríe?... —Gill compuso sus facciones—. Dígame, ¿trata a todos sus pacientes del mismo modo?

—Claro. Se ha notificado a su esposa que usted se ha curado de su enfermedad; y lo está esperando —el hombrecito miró fijamente a Gill—. ¡Otra vez la sonrisa!... ¿Por qué está tan contento?

—Porque lo estoy —dijo sinceramente Gill, y su sonrisa se acentuó—. Estaba pensando en algo...

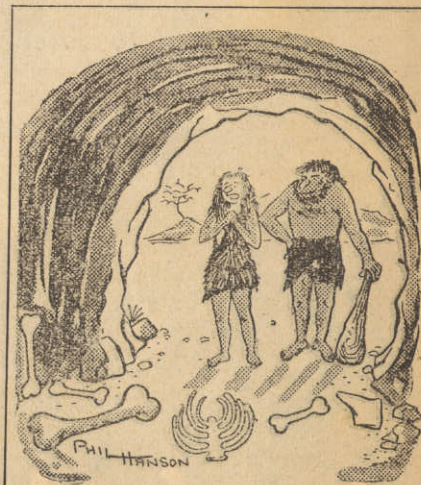
—¿Algo importante?

—Creo que sí —Gill estrechó la mano del hombrecito, le dio las gracias a sus ayudantes y salió del hospital.

Iba pensando en las aberraciones causadas por los libros, y en el método empleado para curarlas, y también en Spéncer, el librero, y en su pequeño pero selecto surtido de obras raras y exóticas: las versiones sin expurgar, naturalmente.

Su sonrisa se acentuó aun más, al pensar en ello.

La vida era ahora realmente hermosa para los soñadores.



—¡Aquí sí que hay calor de hogar!

"No concibo sino una experiencia que pueda superar en interés a una permanencia de algunas horas debajo del agua: un viaje al planeta Marte."

por Charles William BEEBE

FRANQUEAR las barreras terrestres flotar ingrávito en el espacio infinito, universo oscuro en el que brillan aquí y allá, circulando rápidos, silenciosos, cuerpos desconocidos, aterrándonos con su tamaño, extrañándonos por su pequeñez.

Atravesar la lámina vibrante, espejo que refleja nuestro cuerpo, frontera de dos mundos; anverso y reverso.

360 millones de Km.²; 1 billón 300 millones de Km.³; abismos de 10.790 metros de profundidad; presiones de 1.780 Kg. por cm.². Mundo extraño, tridimensional, ingrávito, poblado de seres desconocidos, rodeado de un elemento 770 veces más pesado que el aire, donde la vida se desarrolla superpuesta en un volumen, prolífica, misteriosa, gigantesca, infinitesimal.

Parajes de extraña belleza, donde la vegetación crece enmarañada hasta alturas desconocidas para nuestros ojos terrícolas, rodeándonos, envolviéndonos en su abrazo, dificultando nuestros movimientos. Vegetación traicionera de donde surgen silenciosos y veloces seres terroríficos y sanguinarios; mundo inexplorado donde rige la ley del más fuerte.

El habitante de la tierra que penetre allí llevará encima la pesada carga de su herencia terrestre; atavismos que harán que su cerebro desconcertado ante los erróneos mensajes de sus sentidos genere movimientos reflejos, inútiles ante lo inexplicable de sus sensaciones. Su oído externo podrá por primera vez "sentir" el silencio, sólo quebrado a veces por sonidos indescriptibles, incomparables. Su oído interno perderá "la sensación del equilibrio", flotará independiente de su posición.

De la frente hasta sus pies no existirá un solo punto de su cuerpo que no pueda encontrar reposo, placer de

tenderse, extensión perfecta, benignidad horizontal. Sus movimientos antes bruscos parecerán pasos de ballet.

La vista lo engañará, verá todo como a través de un lupa, falsificación de distancias y tamaños, objetos situados a 4 metros le aparecerán a 3, su propio cuerpo habrá aumentado ante sus ojos en un tercio de su tamaño normal, las masas se impondrán con una autoridad que no poseen en la Tierra. Con un mínimo esfuerzo podrá levantar objetos cuyo peso le habrían impedido moverlos un centímetro en la Tierra. Una sacudida de sus pies y se elevará 20 ó 25 metros franqueando abismos, volando como se vuela en los sueños; el mito de Icaro se habrá cumplido, y a sus dimensiones de ancho y largo se habrá agregado la altura. Mirará suspendido en el vacío, sustentado por la masa, los más aterradores abismo o practicará las evoluciones hasta ahora reservadas a los pájaros.

Mundo de peligros, de sorpresas más espantosas que las cimas y los abismos, mundo del vértigo del vacío, a 30 metros de profundidad, en un cielo azul, sin horizontes, nubes ni sol. Mundos sin sombras, donde la luz emana del mismo fluido que lo rodea; el infinito también es una trampa, la mirada no tiene dónde posarse, la inmensidad uniforme barrena sus ojos, un "muro azul" lo rodea por doquier, desconcertándolo, confundándolo, sus ojos no reconocerán más los colores, el rojo y el amarillo habrán huído para ser suplantados por los verdes y los azules en todos sus matices; su visión será la de una película monocroma, pronto su espíritu se desconcentrará como la vista, alrededor de él, el muro se cierra; tan solo será un ser errante perdido en una pesadilla... El hombre, anciano pez, se habrá reencontrado. ♦

atención de FLECHE S.R.L.

CARLOS PELLEGRINI 942 - B. AIRES, T. E. 41-2315 - R. ARGENTINA

ARTICULOS PARA LA CAZA Y PESCA SUBMARINA

detrás del espejo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

por PETER GREEN

Mísero astronauta

Tenía miedo hasta de la belleza plateada del cohete, pero su cuerpo había recuperado la energía.

ilustrado E. I. del L.

ROGER Fulton bajó la escala de salida del cohete en medio de un calor pegajoso. Se sintió como un alma condenada que regresara de las entrañas del infierno, caminando sobre un alambre frágil y tenso.

Puso un pie sobre tierra firme y luego el otro. Se quedó allí de pie, sin creer realmente que estaba de regreso, dejando que el fresco suave y estimulante que emanaba del suelo le subiera por las piernas y espalda. Aspiró una larga y honda bocanada de aire nocturno, mezclado con el débil y seco gusto del humo que quedaba de la

combustión, con el enfermizo aroma del aceite y la penetrante dulzura del olor del pasto recién cortado. Se dejó envolver, acariciar y abrazar por aquellos efluvios terrestres.

Necesitaba un cigarrillo.

—¿Tienes un cigarrillo, Mac?

El empleado comenzó a protestar, pero miró el rostro de Fulton y cambió de parecer. Sacó un cigarrillo.

Fulton lo tomó como si se tratara de un pomo de incienso, de una droga o narcótico para matar los dolores que recorrían su sistema nervioso. Sacó el encendedor; notó el metal caliente entre

sus dedos. Su fuerte respiración apagó dos veces la llama. Prendió el cigarrillo. El humo era refrescante, placentero y al mismo tiempo detestable.

El campo estaba tranquilo ahora, después del increíble ruido del aterrizaje. Una multitud de pajarillos volaron hacia los árboles lejanos. Todo estaba calmo. Se sintió como si hubiera liberado su cuerpo de una hoguera inquisitorial.

Caminó hacia el hall de recepción, recordando que debía dedicar una buena sonrisa para la chica del mostrador.

—¡Cuánto me alegro de verlo, capitán Fulton! ¿Tuvo buen viaje?

¿Buen viaje? ¡Por Dios! ¡Con aquella prisión implacable que le sujetaba el cuerpo, clavándolo contra el asiento!... En el momento más crítico, la ansiedad le había nublado la vista, con chorros de sudor que le escurrían por debajo de la venda. En realidad todos los momentos eran críticos: responsabilidad, espantoso conocimiento de que estaba solo, de que era el único comando, el señor de todo cuanto veía.

Rió. Un sirviente, un esclavo rastreo y completamente servil de la máquina; eso es lo que él era: rey del espacio con la cara cubierta de sudor y el cuerpo agonizante.

—Sí, sí; magnífico —dijo con una risotada—. Desde luego, un buen viaje.

—¡Ustedes, caballeros del espacio, ven la vida! Yo debería haber nacido hombre.

La frase le hizo sonreír, imaginando lo importante que era él en aquel momento.

—¡Qué pérdida habría sido! —dijo guiñando un ojo mientras avanzaba sobre las baldosas heladas, en dirección a la oficina.

La chica pestañeó, azorada, mientras él sentía ganas de vomitar. Encontró el retrete. Se inclinó convulsionado, sobre la vasija de porcelana. Un escalofrío recorrió su cuerpo de arriba aba-

jo, apretándole la carne y convirtiendo su estómago en un remolino. Se frotó la boca.

¡Domínate! Esta es la Tierra. El vacío del espacio está lejos, detrás de una confortable capa de aire.

Se incorporó buscando débilmente una toalla. Hizo su composición de lugar: éste era su último viaje. De ahora en adelante no iba a exponer ni lo blanco de una uña.

¡Claró! siempre decía lo mismo después de cada recorrido en cohete...; pero esta vez era en serio.

Que busquen a otro; algún otro desgraciado, deslumbrado por las estrellas, que se lance con ese cachivache hacia la estación del espacio y logre regresar. Había muchos de esos jóvenes, barbilampiños, con una afeitadora eléctrica en sus valijas, lista para ser usada el año próximo o el subsiguiente, según las circunstancias: ilusos que soñaban con llevar un pájaro metálico fuera de las barreras que los ataban a esta pelota de barro... Sí, pelota de barro. Rió. ¡Adorable, divino, maravilloso barro! Chapalearía en él durante el resto de su vida.

Se arregló el uniforme. Limpió las manchas. Salió del retrete con la cabeza alta. Retornaron los saludos militares, el chocar de las manos, las reverencias... El representaba el piloto del espacio, el jockey triunfador, el hombre que conducía los cohetes. ¡Por supuesto!..., lo estaba olvidando..., era una especie de héroe.

DENTRO de la oficina del comandante Samson se sintió disminuido a su verdadera categoría. Allí estaba Samson, con su mechón de pelo blanco que escasamente lograba cubrir la cicatriz de la herida que se le produjo cuando el *Nova* se sepultó en el desierto australiano. Samson era el hombre que conocía las características más recónditas de sus pilotos.

—¡Siéntese, Roger! ¿Un cigarrillo?

—Gracias.

¿Dónde se le había caído el otro cigarrillo? No tenía importancia. ¡Qué prendiera fuego al condenado espacio-puesto! No estaría mal... Basta de horribles despertares en las noches, soñando que se está viajando en cohetes que rehusan responder. Se movió en la silla, incómodamente. Sintió que los músculos de su mejilla izquierda se contraían y temblaban. Trató de serenarse. La oscuridad crecía a su alrededor, cada vez más a medida que su ojo izquierdo se cerraba. Una llamarada de sangre le subió al rostro; y, con una fuerza que no supo de dónde le venía, consiguió abrir el ojo. Se sentó, muy erguido, aparentando que no le ocurría nada. ¡Había que sonreír!

—Tiene que ir al médico más pronto esta vez, Roger —dijo Samson mirándolo con una expresión que quería significar: "Fulton, estás destrozado".

—Muy bien, comandante. Pero estoy fuerte. Ahora mismo podría volver a conducir cualquiera de esos cohetes, como quien lleva a un niño en un cochecito.

Esa era la forma: hablar a lo grande, con confianza, seco, con esa eficiencia que tanto le elogiaban los escritores del suplemento dominical. Pasó por un terrible instante cuando creyó que se iba a desmayar y a caerse de la silla.

El temor lo mantuvo firme. ¿Qué estaba diciendo Samson?

—Tiene dos días, Roger. Después irá usted a la estación cuatro, en vuelo de rutina.

—¿A la cuatro?... Es un recorrido bravo, mi comandante. Alrededor del globo en ángulo inclinado...

—Lo sé, Roger. Por eso lo elegí a usted para ese trabajo. La cuatro necesita abastecimiento y se ha mantenido en su ruta regular respecto a su punto de partida. Disponemos, pues, de todos los detalles para el vuelo.

La mirada fija de Samson le hizo comprender cómo debía comportarse. Aspiró el cigarrillo. Los músculos de su boca estaban tan contraídos que casi se negaban a obedecer.

Con calculada lentitud, sacó el cigarrillo de la boca y se reclinó en la silla, una pierna sobre la otra, completando el movimiento antes de tener tiempo de pensar qué habría hecho si sus piernas no hubieran obedecido los dictados de su cerebro. Sonrió con expresión de fría competencia y serenidad.

—Llamó su esposa, Roger. Quería que yo autorizara a la oficina de pagos para que le adelantase...

—Está muy bien, comandante —interrumpió rápidamente, embarazado y fastidiado por esta abierta intromisión en su vida privada—. ¿Autorizó usted el adelanto?

—¡Oh, desde luego! Sabía que usted conduciría perfectamente de regreso el cohete. De todos modos, se le debían todavía algunos pagos.

—Gracias.

¿Debía ahora comunicarle a Samson la verdad?: ¿decirle que se iba, que no conduciría el cohete a la estación cuatro? Todavía no. Primero quería recrearse en su íntima satisfacción de que terminaría con todo aquello; sentarse y divertirse con ese pensamiento. Más tarde telefonaría a Samson, desde su casa; mejor dicho, desde la casa de su mujer.

Así sería más fácil.

Samson estaba arreglando unos papeles sobre su escritorio. Acercó la mano al teléfono.

—Perfectamente, Roger. Entonces, quedamos en que lo veremos dentro de dos días. Buen descanso. ¡Ah!, y mis saludos a su esposa.

—Gracias, comandante. Lina los apreciará.

Y ahora, levantarse, salir del despacho, conservar la sonrisa, mantener esa fatua y estúpida entereza, hacerles ver



qué tipo de hombre fuerte y viril es un piloto de cohetes. Todos sus admiradores decían que darían sus ojos por volar en el espacio; por conducir un guinapo de vida muerta a las alturas infinitas. Su mejilla derecha volvía a contraerse, y la maldita venda volvía a oscurecerle la visión.

Taconeo fuerte sobre las baldosas, directamente hacia afuera, hacia la noche, a la maravillosa y dorada noche terrestre.

TAXI!

El autogiro, brillante y poderoso, lo elevó sobre la Tierra. Por un momento deseó haber tomado su coche terrestre. La Tierra se veía muy lejana.

¡Cuán cerca parecía la Tierra desde la estación! Era como una pelota de fútbol, envuelta en nubes por el vaho de los jugadores. Cuán cerca la profunda curva del globo, mientras la estación volaba sobre las líneas latitudinales.

El autogiro tembló, preparándose para saltar hacia el enorme bosque de cemento donde se afanaban diez millones de hormigas humanas. Más allá, a lo lejos, sobre la pista del espaciopuerto estaba un cohete detenido como un dedo admonitorio que arengara a los dominios del espacio. Los últimos rayos del sol acariciaban el casco ojival, arrojando matices purpúreos sobre los tubos en serie. Aquel sería Joe Pzinacki, rudo y rústico Joe, con su estatura de 1,50 metros; sacando la lanzadera hacia esos mundos que él acababa de

abandonar; marchando hacia extraviadas rutas de burlesco heroísmo. El cohete era como un signo de admiración señalando la estupidez de todo eso; la locura de los hombres que esperaban conservar su humanidad en la inhumanidad del espacio.

Las llamas salían de los tubos, como último tributo de rosas encarnadas sobre una urna funeraria. Roger podía ver claramente, sin necesidad de ojos, lo que estaba ocurriendo dentro del cohete. Podía imaginarse en el lugar de Joe, acomodado sobre el asiento, con los nervios tensos y ya destrozados por tener que seguir allí, aceptando la presión, el dolor, la deprimente pérdida del propio respeto. Y luego levantarse, salir lanzado de la despreciable bola de barro, en medio de grandiosas ondas de fuego... ¡Bah!, cualquier cosa que en ese momento estuviera sintiendo Joe, Roger sabía que aquel piloto no podía seguir compartiendo esos gloriosos, altos y perfectamente estúpidos sueños.

El cohete despegó majestuosamente, con calma y serenidad. Era majestuoso aquel desafío a las leyes naturales. Recordaba vagamente haber creído en ello tiempos atrás. Tenía la extraña idea de que alguna vez él mismo había conducido cohetes con la misma expectación, sin temor, sin reproches a sí mismo sobre la agonizante espera del fin inevitable.

Joe condujo el aparato perfectamente. De pronto un estampido de fuego

contra la oscuridad crepuscular.

La explosión se expandía en un enorme hongo de llamas, humo y calor. El ruido y el viento rodearon al autogiro.

—¡Santo Dios! —exclamó el conductor del autogiro mostrando su cara pálida y asustada a Fulton. Estaba verde y tembloroso, como si aquello fuera la condenación del mundo.

El capitán Fulton no pudo hablar. Joe estaba allí. El cohete había vuelto a caer como uno de esos peces voladores que emergen un momento del mar, para volver a sumergirse inmediatamente.

La pared metálica del autogiro era dolorosa bajo la presión de sus dedos. Tenía la cara paralizada. No podía mover un músculo. Trató de abrir la boca, de hablar, de romper el silencio.

Horriblemente, las palabras salieron.

—Ese es un riesgo que todos afrontamos. El cayó hoy; yo caeré mañana. ¡Vamos! ¡Quiero ver el brillo de las luces!

—Sí, capitán. Ya bajamos.

El conductor les diría a sus camaradas cuán bravos y rudos eran estos muchachos de los cohetes.

La ironía de todo esto provocó el deseo de comenzar a cantar a gritos una canción loca.

Entonces recordó...

Por supuesto, él ya estaba libre de todo aquello. Telefonaría a Samson, tan pronto como llegara al departamento de Lina. Gracioso... Ese sería su departamento de ahora en adelante. Tendría que encontrar un trabajo, algo, cualquier cosa. A Lina le gustaban los regalos que él le compraba.

Pagó el taxi. Caminó hasta el edificio. Buscó el timbre. Tocó.

—¡Roger! ¡Querido!

Una oleada de ruidos, música, risas; botellas descorchándose; gente bailando estrechamente, tirándose entre las

mesas y las sillas; sensación de calor, y el sofocante aire de humo y emanaciones alcohólicas...

—Lina. ¡Qué alegría de verte!

Sonríe, muchacho. Continúa representando.

—Bueno. Pasa, Roger. Tenemos una fiesta en honor de Basil. Diseñó el vestido más extraordinario para el ballet. ¡Ah!, pero tienes que verlo.

Era Lina: Lina con sus cabellos flameantes, sus labios carnosos, su cuerpo muelle como un volcán cubierto de nieve: Lina, su Lina, la suya.

—¿Qué tal, Roger?

—¿Cómo anda el asunto de Guy Fawkes, eh?

—¡Todavía aquí! ¡Qué suerte tienes!

—¡Oh, no le des importancia, querido! —Lina sonreía, expresándole la bienvenida. Después se aproximó Basil, con el ceño fruncido y forzada sonrisa, como si se sintiera zaherido.

—¡Hola, hola, Roger! Formidable te nerte de regreso. ¿Por mucho tiempo?

¡Como si él no lo supiera! Basil debía de pensar que él era un ciego imbecil... ¿Pero lo era, no es cierto?... Ciego para todas las cosas de la vida que para esta gente significaban más que todo lo que pudiera extenderse en los espacios vacíos interestelares.

Sonríe.

Seguro; nunca más volvería; nunca más. Y Basil tendría que buscar alguna otra esposa a quien diseñarle trajes de baile.

—No lo sé, Basil —dijo soltándole la mano, que se apartó como un pescado cartilaginoso—. ¿Te estás divirtiendo?

—Seguramente —dijo Basil, mirando de soslayo a Lina, con ojos de insolente posesión.

Conténte, muchacho. Esto no durará mucho tiempo. Basil y Lina podrían irse..., pero no; eso era un falso sueño: el fantasma de lo que podría ocurrir.

Lectura para ciegos

EN Estados Unidos se está perfeccionando un aparato electrónico que permitirá a los ciegos la lectura directa de cualquier impreso. El artefacto consiste en una célula fotoeléctrica que recibe un rayo de luz reflejado en el papel impreso, al cual recorre línea por línea. La corriente emitida por la célula hace funcionar un mecanismo selector que elige en distintos discos fonográficos el sonido articulado correspondiente a la letra sometida al recorrido luminoso. De esta manera se convierte en hablada la palabra escrita.

Lina se inclinó y lo besó. Luego se incorporó riendo con tono embarazado. El licor se diseminaba por todas partes.

—¿Quieres un trago, Roger?... ¡Ah, no, claro!..., tú no bebes, ¿no es así?

Durante un segundo tuvo el salvaje ímpetu de tomar un vaso lleno y be-bérselo íntegro. Eso terminaría con él, por descontado. No, no estaba acos-tumbrado a tales excesos. ¡Cómo se reirían de él todos los amigos de su mujer!

Lina era un rayo de plata luminoso, que alumbraba a sus huéspedes. Fulton quedó olvidado, abandonado, pregun-tándose si ella se dignaría hablarle otra vez aquella noche. Vió el brazo de Bá-sil rodear el talle de su mujer. Cerró los puños. Le temblaban... Serenidad, serenidad. Basil es un hombre du-ro, de peso pesado. Sería una masacre.

Lina hundió su cabeza en el pecho de Basil. Encuadraban perfectamente: macho y hembra, perfectamente com-binados. Formaban una pareja inde-structible. Fulton sacó un cigarrillo de su pitillera de plata y comenzó a bus-car fuego. Ahora sus manos estaban firmes.

Ella *tendría* que irse. No quedaba otro camino ante ellos. Las paredes del cuarto se estrechaban sobre él, como una cámara de torturas, achicándose cada vez más; con luces brillantes y vasos de alcohol en vez de hojas de

espadas, pero tan hirientes como el acero.

Encontró el balcón. Una bocanada de aire fresco golpeó contra su rostro afiebrado. Aire limpio para barrer los miasmas que había en el ambiente. Un grito:

—¡Cierra esa condenada ventanal! ¡Nos moriremos de frío!

Obediente, cerró los cristales detrás de él. ¿Qué sabrían ellos de frío ni de muerte? Allí arriba, las estrellas titi-laban indiferentes. Una vez, hacía mu-cho tiempo, él había estado así, ima-ginando volar hacia aquellas regiones, entre las innumerables chispas de fue-go, buscando la gran aventura que sig-nifica el espacio. Hacía muchísimo tiempo.

Y aquí estaba, ahora, endurecido ve-terano del servicio regular de cohetes; tan endurecido que vomitaba cada vez que subía a bordo; tan avezado que el simple pensamiento de volver a con-ducir el cohete le arrancaba gritos de angustia; tan rudo que el solo hecho de imaginarse su cuerpo comprimido contra la butaca de aceleración lo im-pulsaba a rasgar sus vestiduras y arro-jarse por el balcón.

¿Qué diría Lina si él abandonaba el servicio del espacio? ¿Qué haría cuan-do no pudiera seguir llamando por telé-fono para que le enviaran dinero?

Todavía estaba en el balcón, bas-tante frío por cierto, aunque él no lo

El hombre reivindicado

HACE 151 años Cuvier trató de calcular los primeros coeficien-tes de inteligencia, dividiendo el peso del cerebro de diferentes especies de animales por el peso del organismo total. El resultado no era muy alentador que digamos: para el hombre salía 1/39 mientras que el gorrión se llevaba la palma con 1/29, aunque su cerebro no llegara a pesar un gramo. Ultimamente se han retomado estas investigaciones, calculando un nuevo coeficiente con la re-lación entre el cuadrado del peso del cerebro y el peso total. Te-temos así cierto motivo para consolarnos, porque el hombre se co-locó a la cabeza de la tabla.

sentía, cuando el último huésped se retiró, y Basil, despechado y frustrado, fué despedido.

LINA lo llamó. El acudió rápida-mente. Fué hacia el dormitorio, odiándose a sí mismo por su propia de-bilidad y sabiendo que no podía luchar contra semejante claudicación.

Lina era un veneno para su sangre; una droga; un soporífero. ¿Por qué se había casado con él?... ¡Oh, por su-puesto, el dinero! ¡Pero, diablos!, ella podía obtener mucho más que lo que él le daba si hiciera lo que a ella le gustaba hacer. Su carrera había sido entregarse con facilidad... Quizá no le gustaba el trabajo. El no lo sabía, y no le preocupaba.

Llegara por la mañana, por la tarde o por la noche, siempre había alguna fiesta. Nunca se molestó en averiguar a qué obedecían tales reuniones. Sabía que no era en su homenaje.

Todavía no le había dicho que aban-donaría el servicio astronáutico. Y pre-tendía borrar de su imaginación aque-lla idea; pues vagamente intuía que, si hacía eso, también perdería a Lina... Al principio fué una intuición vaga; pero fué creciendo y tomando forma, aunque él sabía que, en su ausencia, Basil monopolizaría a Lina.

Conserva esa sonrisa en tu rostro, mu-chacho. Hazle ver a Lina lo animoso que eres. No olvides: eres un miembro del servicio astronáutico, un caballero del cohete, un rudo y duro capitán. Sonríe, muchacho. Sonríe.

Era feliz y no le agradaba la idea de tener que irse a la mañana siguiente. Lina estaba acostada en el enorme le-cho, sonrojada y con los ojos cansados. Lo observaba vestirse, sin darle impor-tancia y comiendo bombones, con cara de aburrida.

—¿Cuándo vuelves, Roger? —le pre-guntó

—No tengo idea. Tal vez no vuel-

va..., quiero decir..., si me deci-do... Aún no había telefonado a Samson.

—¿Qué pasa, Roger? ¿Estás enfer-mo o algo por el estilo?

—Estoy muy bien.

Hay que ser breve y cortante; no preocuparse por las reacciones de Lina; decirle directamente: "Terminé con el espacio. Conseguiré un trabajo en la Tierra. Dile a tu amigo Basil que no vuelva más por aquí". Ese era el cami-no: incisivo, como una corrección cuan-do se ha agotado la paciencia. Pero dijo:

—Creo que iré más temprano al as-tropuerto. Quiero llegar a tiempo de revisar el cohete.

—Muy bien, Roger. Por un minuto he dudado de si... Pero no hagas caso. Era una tontería.

Roger salió, todavía un poco des-orientado. Pero los músculos de su cara obedecían a su voluntad. Se encontra-ba mejor. Nada de cara triste y de sen-tirse flojo, débil y oprimido como si hubiera metido la cabeza en un com-presor de frutas.

Sólo estaba un poco asombrado. ¿Por qué no se lo había dicho a Lina? ¿Por



qué no había telefonado a Samson? No lo sabía. Tendría que decirse a éste, tan pronto como llegara al espacio.

Vaciló al pensarlo. Decíselo a Samson..., creyó ver el rostro incrédulo del comandante al oírlo y dudó. Pero no, debía ser fuerte y hacerlo. Se decidió al fin. Ya no le era posible resistirlo más. ¿Cómo lo diría?

De una cosa estaba seguro: no podría seguir afrontando el desesperante terror de introducirse en una de aquellas naves metálicas y brillantes. Eso había terminado.

¿Era un cobarde? ¡Diablos, no! Sólo que..., bueno, había navegado bastante; estaba cansado... Pero su cuerpo había recuperado la energía después de dos noches de reposo. Sus músculos obedecían los dictados de su mente. Se sintió fuerte y a la cabeza del mundo. No, no estaba cansado. No podía atribuirse a la fatiga el modo como se sentía. ¿Entonces, qué?

Afréntalo, muchacho, afréntalo..., y sigue sonriendo...

Pero tenía miedo hasta de la plateada belleza de los cohetes.

EL comandante Samson estaba de pie cuando él entró. Los agudos ojos de Samson penetraron a través de la máscara del piloto espacial. El propio Samson había sido piloto. El mobiliaje de su despacho estaba diseñado para pilotos del espacio, sin concesiones para el gusto del resto de la humanidad. El comandante preguntó:

—El informe médico es bueno, Roger? Eso está bien. La estación cuatro necesita el material que usted tiene a bordo —le alargó la mano, fuerte y dura, que le hizo recordar la mano cartilaginosa y resbaladiza de Basil—. ¡Buena suerte, Roger!

Roger se mordió los labios. ¡Al fin llegó el momento!

—Yo no... —se paró y suspiró—

Yo rescindo... —volvió a enmudecer. Samson sonrió. Y Fulton continuó: —Lina le envía sus saludos, comandante. Gracias por haberle adelantado aquella cantidad.

—¡Olvídelo!

El psicológico Samson no se sorprendió por el giro que tomaba la conversación. Fulton intentó explicarle todo al comandante. Tenía que decirse ahora mismo. Pero ¿realmente quería hacerlo?... Diablos, ¡no iba a subir a otro cohete por nada del mundo! Se rió. Era un buen chiste: cuando se estaba allá arriba se tenía el mundo entero en la palma de la mano.

Y por fin dijo:

—¡Hasta la vista, comandante! Desearía que pudiera venir conmigo.

El misero astronauta subió por la escala del cohete, se sentó en la cabina aguardando la polvareda que lo elevaría más allá de la Tierra..., y aún no podía explicarse por qué. ✦

Un librito entretenidísimo para los chicos

LOS 10 NEGRITOS

de la
**BIBLIOTECA
BOLSILLITOS**

PÍDALO A SU CANILLITA O A SU LIBRERO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

MAS ALTA

3

nuevos éxitos

de la

COLECCION NEBULAE

Jefferu Lloyd Castle

SATELITE T-1

Francis Carsac

LOS HABITANTES DE LA NADA

Arthur Clarke

PRELUDIO DEL ESPACIO

otros títulos de
RECIENTE APARICION

David Duncan - EL PLANETA NEGRO
Isaac Asimov - YO, ROBOT
Fredric Brown - UNIVERSO DE LOCOS
A. E. Van Vogt - RAZAS DEL FUTURO
Isaac Asimov - REBELION EN LA GALAXIA
Fredric Brown - AMO DEL ESPACIO
Robert A. Heinlein - TUNEL EN EL ESPACIO

DISTRIBUCION
EXCLUSIVA

LIBRECOL

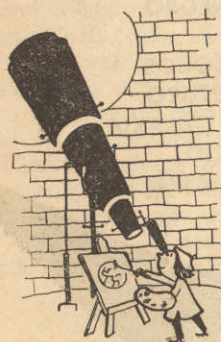
HUMBERTO 1º 545
BUENOS AIRES

cada volumen \$ 25.-

EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS

spaciotest

Aquí tiene usted un desafío a su memoria y a su cultura. Si usted es un asiduo lector de **MÁS ALLÁ**, le resultará más fácil responder a este **ESPACIOTEST**. Indique en los cuadritos de la derecha las letras que corresponden a las respuestas que le parecen correctas. Compare los resultados en la página 71 de este volumen. Si no ha cometido ningún error, puede estar muy orgulloso. Si sus aciertos han sido 4 ó bien 5, sus conocimientos son superiores al promedio de las personas cultas. Si ha contestado correctamente 3 preguntas, el nivel de sus conocimientos corresponde al promedio. Si ha acertado 2 ó menos, no se aflija y siga leyendo **MÁS ALLÁ**, que le proporcionará un sinfín de conocimientos serios sin las molestias del estudio.



Pregunta Nº 1:

☐

Pregunta Nº 2:

☐

Pregunta Nº 3:

☐

Pregunta Nº 4:

☐

Pregunta Nº 5:

☐

Pregunta Nº 6:

☐

1 El primer dibujo de Marte basado en observaciones telescópicas data del año:

- A) 203.
- B) 1001.
- C) 1636.
- D) 1804.
- E) 1875.

2 ¿Cuál de las siguientes afirmaciones es cierta?

- A) Los ejes mayores de las órbitas de los planetas se encuentran sobre la misma recta.
- B) No hay ninguna ley en la orientación de los ejes mayores.

3 ¿Por la desaparición de cuál de las siguientes enfermedades aumentaría más el promedio de vida humana?

- A) Lepra.
- B) Sífilis.
- C) Cáncer.
- D) Obesidad.
- E) Sarna.

4 Entre las explosiones atómicas y el estado general del tiempo:

- A) Hay una estrecha relación.
- B) No hay ninguna relación.
- C) No se sabe si hay o no relación.

5 ¿En cuál de los siguientes países es más alto el número de nacimientos de mellizos?

- A) Australia.
- B) Bélgica.
- C) Argentina.
- D) Estados Unidos.
- E) Dinamarca.

6 ¿Cuál de los siguientes vegetales es más rico en proteínas?

- A) Trigo.
- B) Arroz.
- C) Algas.
- D) Avena.



COMPLETE SU COLECCION

de
más allá

adquiriendo los números que le faltan
al precio de m\$.n. 6 cada uno (m\$.n. 10
argentinos o US\$ 0.40 en el exterior).

**Sólo por este mes, si Vd. compra más
de 6 ejemplares, le concederemos un
descuento especial del 10%**

Marque con una cruz los ejemplares que le faltan y recorte el cupón por la línea de puntos.

	1953	1954	1955	1956
Enero.....		8	20	32
Febrero.....		9	21	33
Marzo.....		AGOTADO	22	34
Abril.....		11	23	35
Mayo.....		12	AGOTADO	36
Junio.....	1	13	25	37
Julio.....	2	14	26	38
Agosto.....	3	15	27	39
Septiembre.....	4	16	28	40
Octubre.....	5	17	29	
Noviembre.....	6	18	30	
Diciembre.....	7	19	31	

Total \$.....

EDITORIAL ABRIL S. A.
Alem 884 - Buenos Aires



Envíe cheque o giro a la orden de Editorial Abril S. A.
El franqueo de los ejemplares corre por nuestra cuenta.

Nombre.....
Dirección.....
.....

en busca
del tiempo
perdido



La historia que conocen los hombres es muy especial. En sus anales está cuidadosamente registrado el día en que la princesa Fulana se recluyó en sus habitaciones, víctima de una fuerte jaqueca; pero poco o nada nos dicen sobre la época en que miles de personas murieron de hambre en países azotados por la sequía.

Cuando en nuestros días queremos conocer estos incidentes en el pasado de la especie humana, no tenemos más remedio que recurrir a los testigos presenciales. Pero, ¿acaso existen? Sí, existen. La cuestión es saber cómo interrogarlos. La ciencia de este original interrogatorio es la dendrocronología. Los testigos, algunos todavía vivos, son los árboles.

Cada año, con la llegada de la primavera, se forma en el tronco de los árboles una capa de células grandes y claras, de paredes delgadas: es el tejido de crecimiento, el cámbium. A medida que avanza la estación, las células se hacen más pequeñas, más gruesas sus paredes, y el color más oscuro. En invierno, el crecimiento se interrumpe, para recomenzar en la primavera siguiente con las células claras. De esta manera, cada año que pasa deja su huella en forma de un anillo.

El recuento de estos anillos nos permite conocer la edad del árbol. Pero mucho más nos puede decir su

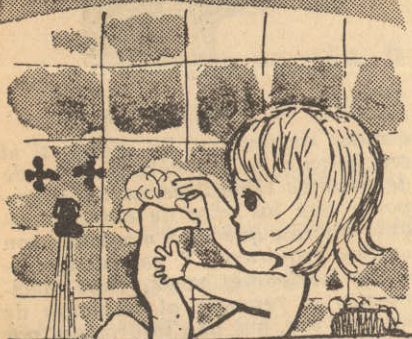
estudio sistemático. En efecto, si el crecimiento de las células depende de factores climáticos, es lógico suponer que los años de extrema sequía habrán quedado marcados con anillos raquíticos. Y así es: las sequías norteamericanas, cuyo nacimiento se remonta al comienzo de nuestra era, nos han informado, por ejemplo, que los años 1280, 1283, 1286, 1288, 1295 y 1299 fueron años de hambre y desolación.

No son sólo éstos los servicios que nos puede prestar la dendrocronología. Los especialistas han comenzado a adjudicar a cada tipo de anillo un número. Supongamos, por ejemplo, que en un árbol aparece la sucesión 3, 8, 6, 4, 7, 10, correspondiente a los años 1721-1726 (el período puede identificarse descontando años a partir de la actualidad). Si en la misma región se encuentra una viga de madera en cuyos anillos aparece representada la misma sucesión seguida de cinco números más, se puede afirmar con casi absoluta seguridad que la viga pertenece a una construcción realizada en 1731. Aún más, si la viga presenta anillos anteriores, éstos nos permitirán remontar el pasado hacia épocas todavía más lejanas.

Justamente con este procedimiento ha podido determinarse el año 1475 como fecha de una construcción realizada por los indios en el poblado de Oraibi, a orillas del río

HOY APARECIO

¡a bañarse,
CLAUDIA!



para hacer más felices a
los nenes de 2, 3 y 4 años

un nuevo libro de la

COLECCION

2, 3 y 4

con 16 preciosas láminas a todo color

PÍDALO A SU CANILLITA

Colorado. "Encadenando" diversos datos, pudo establecerse la cronología de una civilización que arranca del año 11 de nuestra era. Si el pequeño espesor de los anillos acusa la acción de la sequía, lo contrario no resulta cierto: años como los de 1867 y 1868, que los archivos meteorológicos caracterizan como sumamente lluviosos, no produjeron anillos excesivamente robustos. Esto, que ya era el principio de un enigma, se complicó más con otro hecho: los espesores de los anillos se van repitiendo cada 11 años. ¡Y éste es el período de las manchas solares!

¿Cómo explicar esta vinculación entre cosas aparentemente tan poco afines como las manchas solares y el crecimiento de los árboles?

La respuesta fué proporcionada finalmente por investigaciones que nada tenían que ver con la dendrocronología: se observó que el nivel de las aguas de los lagos africanos también varía periódicamente con las manchas solares. Y allí estaba la clave: la actividad solar, estrechamente ligada a las manchas, es la que produce la evaporación, tanto de las aguas de los lagos como de la humedad de las plantas.

De esta manera la dendrocronología demostró que también podía ser útil a la astronomía. Gracias a ella se pudo saber que no siempre el período de las manchas solares fué de 11 años. Un investigador norteamericano encontró que los árboles de Arizona mostraban irregularidades indicadoras de una ausencia casi total de manchas solares durante los años 1645 a 1715. La cosa movió a perplejidad. Hasta que, varios años después, a un astrónomo inglés se le ocurrió desenterrar los viejos anales del Observatorio Real de Greenwich, para descubrir que sus colegas de aquella época estaban tan sorprendidos como el dendrocronólogo de Arizona por la ausencia de

F

¡acaba de aparecer!

Otro cuidado libro de la colección FANTACIENCIA, con la versión íntegra, escrupulosamente traducida e impecablemente presentada, de

LA AGUJA DEL DOCTOR COSTIGAN

por Jerry Sohl

El resurgimiento de una civilización, tras un viaje hacia lo desconocido.

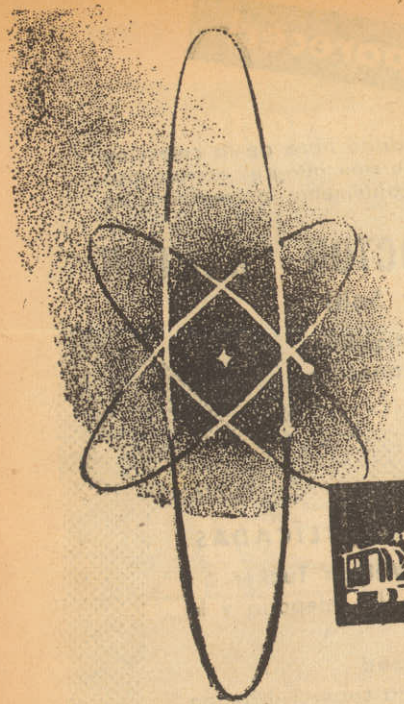
OTRAS FANTACIENCIAS PUBLICADAS:

- **PODER EXTRAÑO** por Wilson Tucker
La gran novela de la telepatía y la teleportación.
- **EL FENIX** por Harold Mead
La elección entre una supercivilización y la vida primitiva.
- **LAS HAPLOIDES** por Jerry Sohl
El fantástico proyecto de una sociedad sin hombres.
- **LOS AMOS DEL TIEMPO** por Wilson Tucker
La influencia de dos seres siderales en la historia de la humanidad.
- **PARTIDA** por Cyril Kornbluth
El punto de partida de una nueva cronología.

Pida estas FANTACIENCIAS en las buenas librerías

FANTACIENCIA es la marca registrada que distingue las novelas de ficción científica que publica

JACOBO MUCHNIK - EDITOR - BUENOS AIRES



el átomo

PILAS ATÓMICAS

Hace más de trece años que, en el mayor secreto, tuvo principio la era atómica. Cuando la primera bomba estalló en Hiroshima tenía ya, en efecto, tres años de edad. Era el secreto mejor guardado del mundo. El 2 de diciembre de 1942 los diarios neoyorquinos anunciaron: "Un formidable ataque aéreo en Túnez debilita al Eje Berlín-Roma". Pero no sabían nada de la misteriosa conversación telefónica que se mantuvo en Chicago ese mismo día:

—El navegante italiano ha desembarcado en el Nuevo Mundo.

uno de los interlocutores entonces.

—¿Y cómo encontró a los indígenas?

—preguntaron del otro lado de la línea.

—Muy bien dispuestos.

Este enigmático diálogo significaba que el célebre físico italiano Enrico Fermi y sus colaboradores habían logrado producir la primera reacción en cadena y que ésta era controlable. Tal triunfo marcaba la fecha de uno de los más grandes acontecimientos en la historia de las ciencias: se acababa de demostrar experimentalmente que era posible transformar la masa en energía,

por G. H. MARTIN,
DANIEL MARGIONE
y CLAUDE MASSOT

a sus órdenes

V PARTE

tal como Einstein lo había asegurado en 1905 en su famosa fórmula: $E = m.c^2$. Para el hombre de ciencia, el 2 de diciembre de 1942 habría sido una jornada memorable aún si la demostración de Chicago no hubiese tenido ninguna aplicación práctica.

El átomo pacífico, ese desconocido

La primera pila atómica del mundo funcionó sólo algunos minutos, mientras los físicos que la habían construido, febriles y excitados, clavaban los ojos en los tableros de control. La energía máxima lograda ese día fue de dos vatios, lo necesario para encender una linterna de bolsillo.

Era el resultado de tres años de pacientes trabajos, para los que el gobierno norteamericano había acordado al principio un presupuesto de sólo 5.000 dólares. Se han gastado después, en tales investigaciones, más de quinientos mil millones de dólares. Actualmente el "Tío Sam" dedica dos mil millones por año a la energía atómica,

más de la mitad de los cuales está reservada a las investigaciones pacíficas. Además, son incalculables las sumas que gastan los industriales para la construcción de reactores.

Trece años después de la primera reacción en cadena, se ve ya la realización práctica de las predicciones que, ayer apenas, parecían utópicas o al menos muy lejanas.

En primer lugar: el "Nautilus", primer submarino atómico, navega. Las primeras calderas atómicas funcionan y la industria encuentra todos los días nuevas aplicaciones para los átomos. Gracias a éstos, se han hecho extraordinarios descubrimientos en biología, psicología, química y medicina. Una ciudad de Idaho, Arco, es enteramente iluminada por la electricidad atómica... Y no hay en la actualidad un solo país importante que no prevea en su presupuesto fondos para investigaciones para el desarrollo pacífico de la energía atómica.

Y sin embargo, si bien los problemas referentes a las armas atómicas son ya familiares para el gran público, las apli-

caciones pacíficas de la energía nuclear son muy poco conocidas. El "Institute of Social Research", de la Universidad de Michigan, bajo la dirección del Señor Stephen B. Whitney, ha sondeado a este respecto la opinión pública. He aquí algunas de sus conclusiones:

Uno de cada tres norteamericanos no tiene la menor idea de alguna aplicación que no sea la bomba atómica. Uno de cada seis pueden enumerar tres aplicaciones de la energía nuclear, pero siempre en el terreno bélico. Las tres cuartas partes de la población ignora de qué se trata cuando se habla del "Nautilus". Un séptimo menciona la posibilidad de la aplicación de la energía atómica a los medios de transporte. Los dos campos que más interesan al público son la medicina y la calefacción doméstica. Las aplicaciones en la agricultura, la investigación científica, la alimentación, son desconocidas.

Motivos de la general ignorancia

¿Cuáles son las razones de esta aparente apatía del público? El señor Whitney señala varias:

1) Hace solamente un año que se habla seriamente del empleo pacífico de la energía atómica. Hasta entonces, ésta era asociada únicamente a la guerra y a la destrucción.

2) Las informaciones son a menudo desconcertantes por el carácter demasiado técnico de las descripciones a propósito de la energía atómica y del empleo de los radionúclidos.

3) Finalmente, no ha habido todavía, para concitar el interés de todos, suficientes descubrimientos sensacionales que revolucionen la vida de todos los días. El motor del coche del norteamericano no marcha con uranio; su trabajo, su alimentación, su casa y sus placeres no han sido transformados por el desarrollo de la energía atómica...

La industria norteamericana se lanza sobre el átomo

Pero si bien esto es cierto hoy, no hay ninguna duda de que, en un porvenir próximo la vida de los estadounidenses, como la de los demás pueblos, será totalmente revolucionada por el átomo. Hace tan sólo un año se calculaba que transcurrirían entre 10 y 50 años antes que la energía atómica industrial fuera una realidad práctica. Hoy las casas de Arco están iluminadas con electricidad atómica al precio irrisorio de diez centavos de moneda nacional argentina el kilovatio. En el estado de Nueva York un reactor produce luz y dentro de unos meses la ciudad de Pittsburgh también tendrá energía eléctrica producida por la fisión del uranio. Conviene recordar que Pittsburgh es uno de los grandes centros industriales de los Estados Unidos y que está situado en el centro de una región carbonífera. Los progresos técnicos son tan rápidos que el reactor de Pittsburgh, todavía en construcción, ya parece anticuado a los expertos.

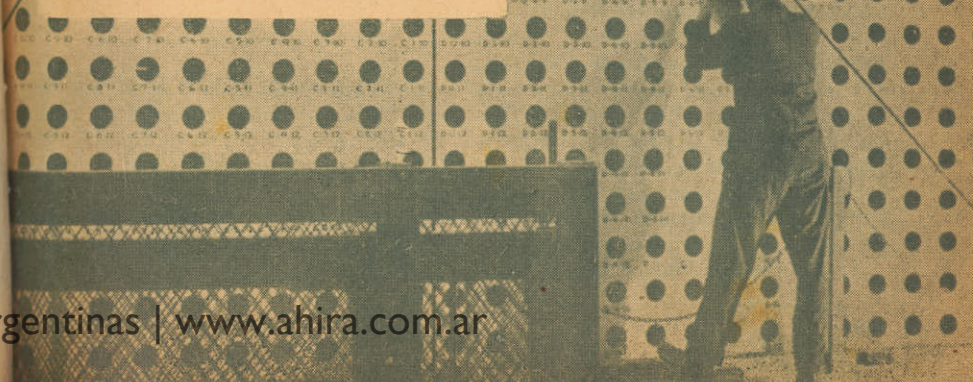
Uno de los hombres importantes de Wall Street nos decía hace muy poco tiempo: "Serán menester cinco años todavía para que la industria americana se decida a invertir dinero en la obra de transformar los motores convencionales en motores atómicos." En efecto, el programa de la Comisión Atómica prevé, durante tal lapso la construcción de cinco reactores de modelo o tipo diferente. Al cabo de los cinco años se podría determinar cuáles son los más apropiados para los diversos usos industriales a que se los destina. Así pues, es verdad que estamos en el período experimental. Sin embargo, la industria norteamericana invierte ya miles de millones de dólares para construir laboratorios de investigaciones y pilas experimentales, y construye fábricas atómicas de todas clases.

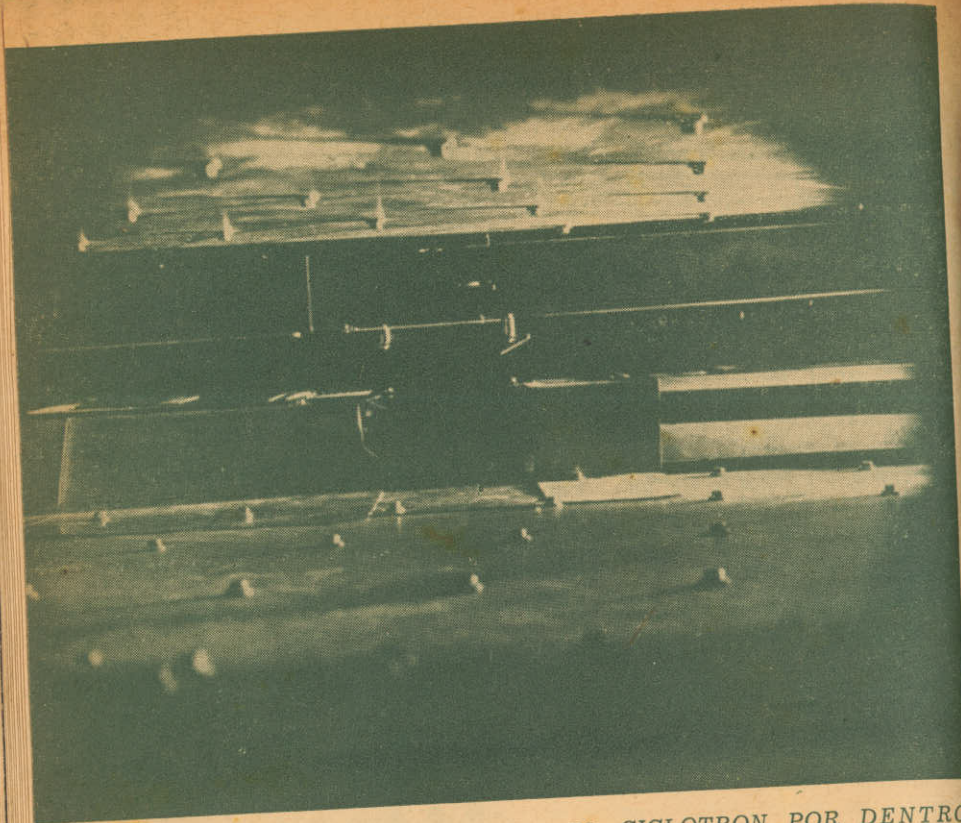
Todos los días, los diarios anuncian

nuevos proyectos. La compañía Westinghouse está edificando un centro de investigaciones sobre los reactores que, según lo dice la empresa, será la capital atómica del mundo. Se ha previsto un presupuesto de varios millones de dólares; los seis primeros servirán para construir un reactor experimental con una potencia de 10.000 kilovatios, que empezará a funcionar dentro de dos años.

Dos días después de la publicación de esta noticia, se anunciaba en Washington que cuatro grupos de compañías eléctricas privadas habían decidido construir reactores en sendas regiones distintas: Chicago, Detroit, Nebraska y Massachussets. La producción total de electricidad será de 445.000 kilovatios, los gastos se elevarán a ciento cincuenta millones de dólares (más de cinco mil millones de pesos argentinos). El 99 % de dicha suma provendrá de los capitales privados. Con esas cuatro nuevas instalaciones y la usina que va a construir la Consolidated Edison Co. para proveer de electricidad a la ciudad de Nueva York, se producirán, en total,

REACTOR ATOMICO. — El reactor es el corazón de todas las aplicaciones pacíficas de la energía atómica. Por cada uno de sus orificios se introducen las barras de uranio —petróleo de la era atómica—. El técnico que aparece en la fotografía controla constantemente el funcionamiento del gigantesco aparato, parado sobre un ascensor que lo lleva al nivel deseado.





705.000 kilovatios, y los gastos serán de 205 millones de dólares (cerca de 8.000.000.000 de pesos argentinos).

El mismo día en que la Comisión de Energía Atómica anunciaba sus nuevos proyectos, se dió a publicidad la noticia de que un grupo de 33 compañías privadas, bajo el nombre de "Atomic Power Development Associates", habían duplicado su presupuesto de 1955. Pocos días después, Kaiser Engineers, Glenn L. Martin Co., American Lachine y Foundry Corporation anunciaban ampliaciones de un 300 % en sus laboratorios atómicos. Los nuevos presupuestos representaban hasta el cuádruple de los anteriores.

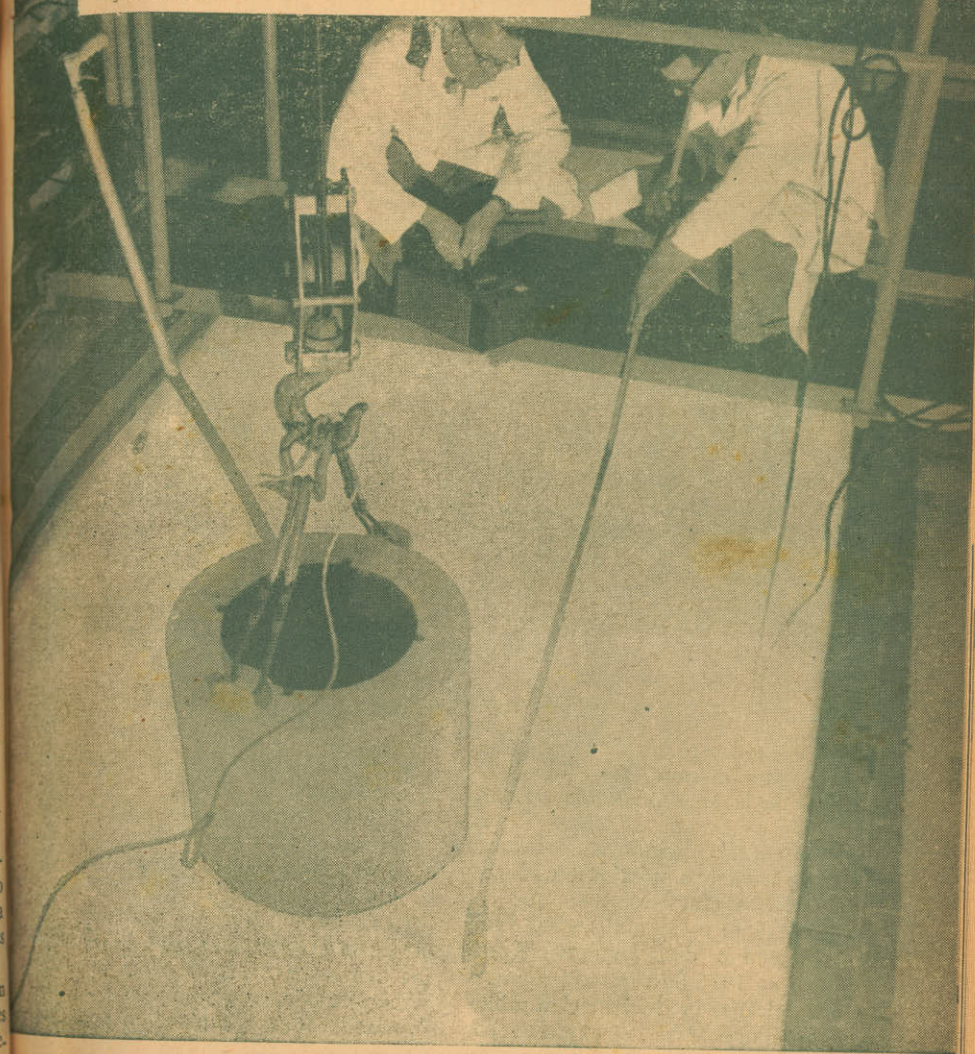
En Hartford (Connecticut), la "Pratt

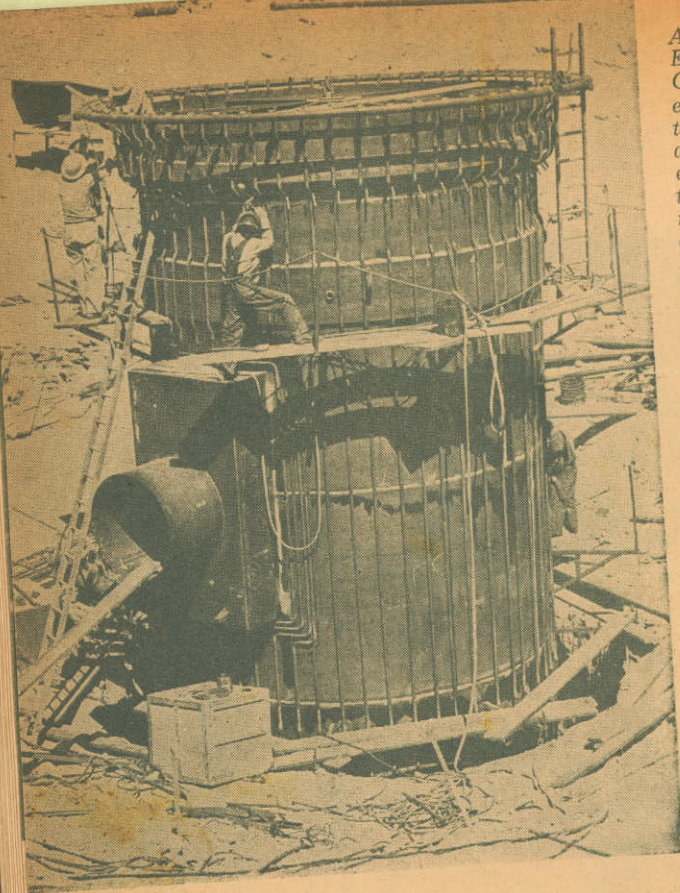
EL CICLOTRON POR DENTRO
Esta foto, nada común, muestra la cámara donde se mueven los electrones dentro del ciclotrón. Aquí se coloca la sustancia que será bombardeada, sostenida por el sostén que se ve en el centro. El piso y el techo son partes de piezas magnéticas.

and Whitney Division", de la compañía United Aircraft, comenzó en julio de 1955 la construcción de una fábrica atómica donde se fabricarán aviones atómicos.

A principios de abril, se reunieron en una conferencia quinientos hombres de negocios, ingenieros y físicos prove-

PESCA ATOMICA. — O. Kuhl (dcha.) levanta desde 5 m. una lámina de cobalto radiactiva para trasladarla a un recipiente de acero de 5 toneladas, en el Laboratorio Nacional de Brookhaven, Upton, N. Y. El recipiente es el primer "estuche" de esta clase designado especialmente para uso del material atómico en investigaciones industriales. El doctor Bauman controla con un detector Geiger las emanaciones de los mortales rayos Gamma.





ATOMOS PARA LA ELECTRICIDAD. Obreros trabajando en la instalación del tubo interior del reactor nuclear que se encuentra en construcción en las Montañas Santa Susana, en las cercanías de los Angeles. El nuevo reactor es parte del programa de la Comisión de la Energía Atómica a fin de lograr energía eléctrica de la energía nuclear. Cuando se encuentre terminado, la planta podrá generar cerca de 7.500 kilowatts de electricidad.

nientes de todas partes de los Estados Unidos, para discutir las aplicaciones pacíficas de la energía atómica. Todos estuvieron de acuerdo en decir que quizás transcurran algunos años todavía antes que la energía atómica se traduzca en beneficios tangibles, pero que las perspectivas son extraordinarias. Uno de los miembros de la conferencia predijo que en 1975 las centrales atómicas norteamericanas producirán cien millones de kilovatios de electricidad por año, es decir el 25 % del consumo total

de los Estados Unidos. "Jamás —dijeron— han sido tan grandes las posibilidades de inversión".

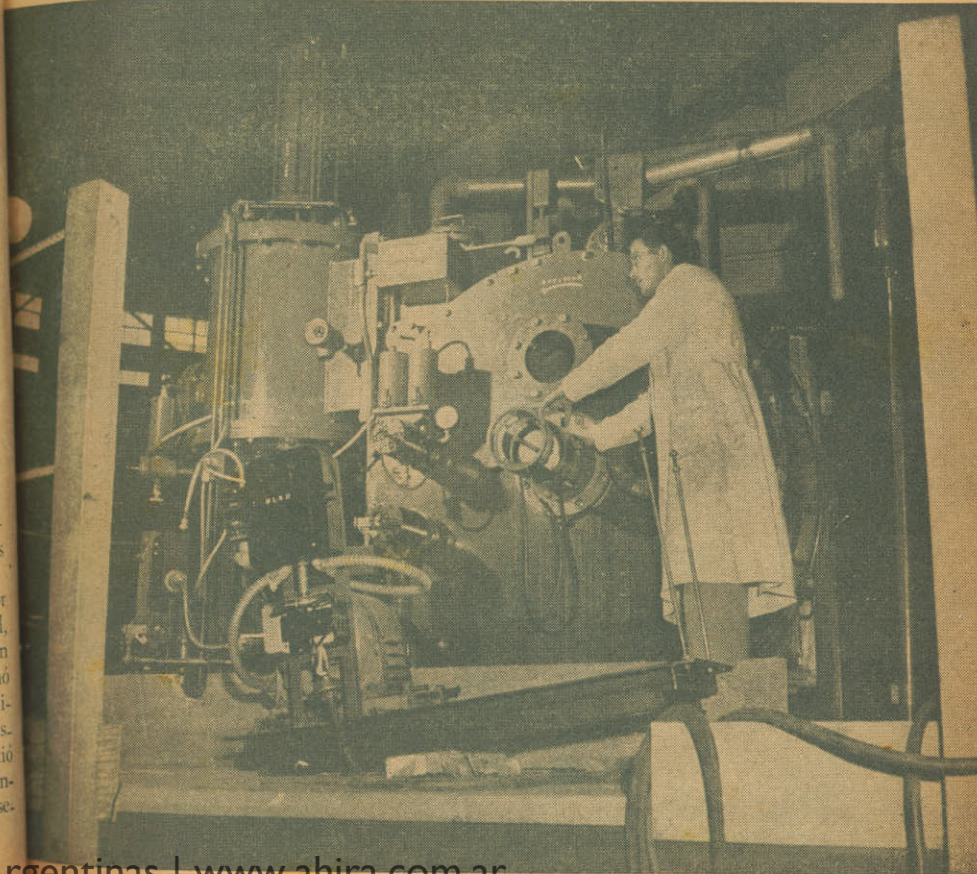
El gran interés de la industria por la energía atómica empezó, en realidad, el 1º de septiembre de 1954, fecha en la que el Presidente Eisenhower firmó la revisión del Acta Atómica y dió libre curso a la iniciativa privada. Al mismo tiempo, la firma del Acta permitió revelar al público gran número de informaciones técnicas hasta entonces se-

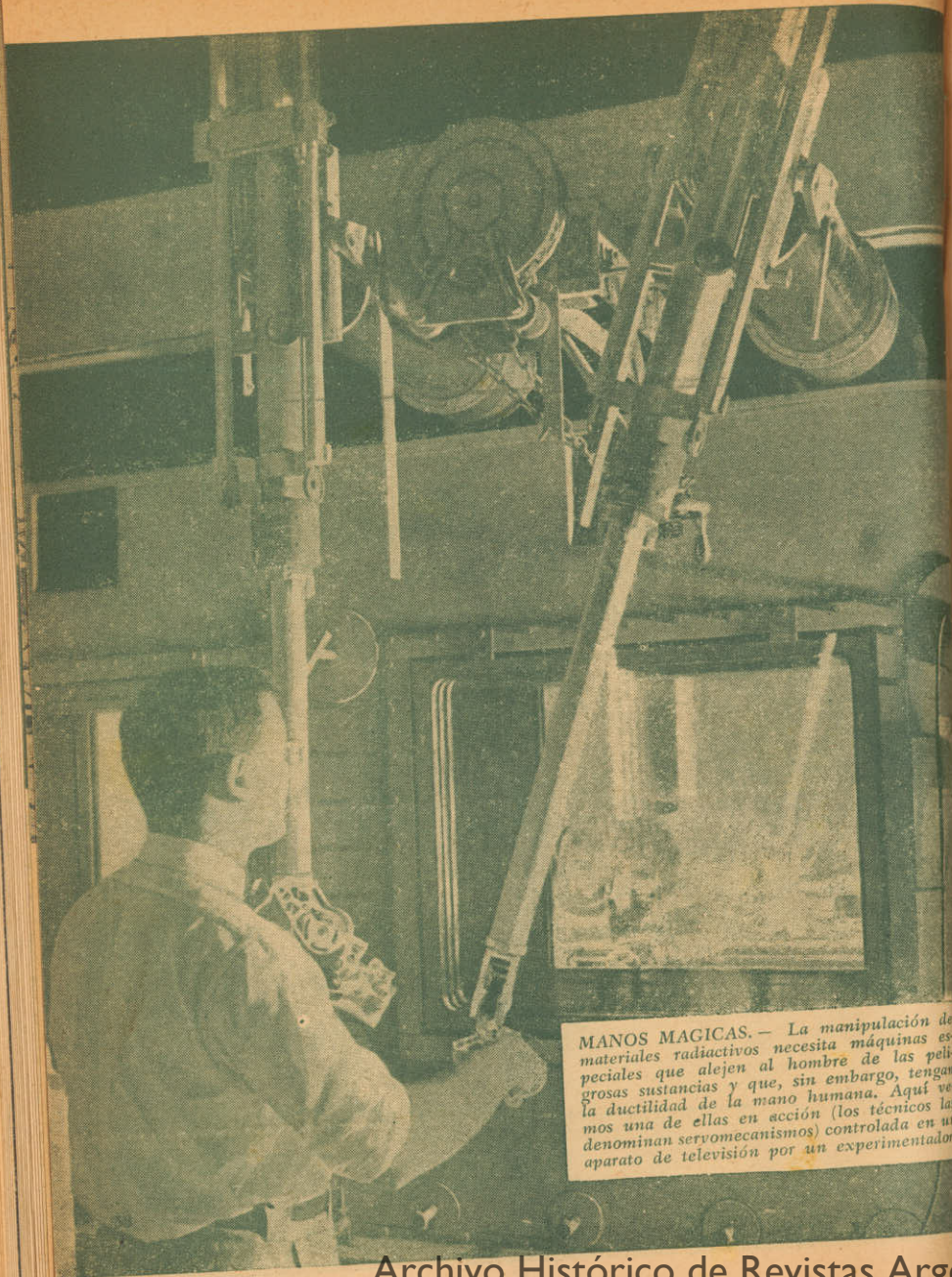
Un Kg. de uranio = tres millones de Kg. de carbón

El número de pilas atómicas del mundo entero se calculaba hace algunos meses en cuarenta y dos, veintinueve de las cuales se hallaban en los Estados Unidos. Pero si a ese número se agregan todas las pilas en construcción, se lo puede casi duplicar. En realidad, nadie podría saber el total exacto de las pilas atómicas en vías de construcción. Por otra parte, tal número carecería de

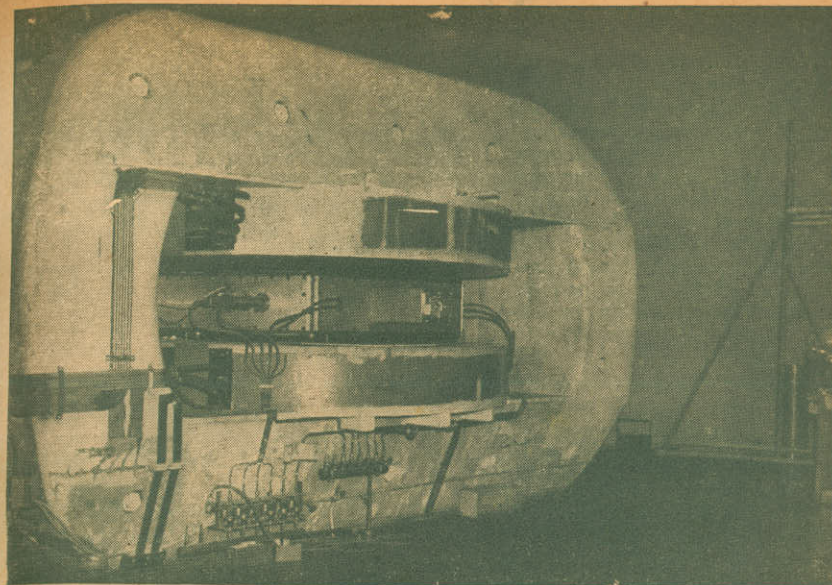
significación, pues hay muchas clases de reactores. Por ejemplo, está el reactor de investigaciones, como el de la Universidad de Carolina del Norte, de una potencia de 10 kilovatios, y hay otros como el que está construyendo la compañía Edison en Nueva York, cuya

DIAL DEL CICLOTRON. — Este gigantesco dial, sirve para variar las frecuencias de las partículas que se mueven en el campo magnético del ciclotrón. La utilización de frecuencias moduladas, ha significado un avance decisivo en este aspecto de las investigaciones atómicas.





MANOS MAGICAS. — La manipulación de materiales radiactivos necesita máquinas especiales que alejen al hombre de las peligrosas sustancias y que, sin embargo, tengan la ductilidad de la mano humana. Aquí vemos una de ellas en acción (los técnicos las denominan servomecanismos) controlada en un aparato de televisión por un experimentador



PLANTA ATOMICA FRANCESA. — Vista general del ciclotrón de disgregación del átomo de la planta de investigaciones atómicas de Saclay, en las cercanías de París.

potencia alcanzará los 200.000 kilovatios.

En cuanto a la descripción de los diferentes tipos de reactores, ¿cómo hacerla sin entrar en detalles técnicos difíciles?

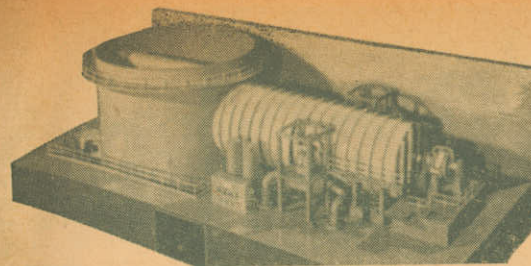
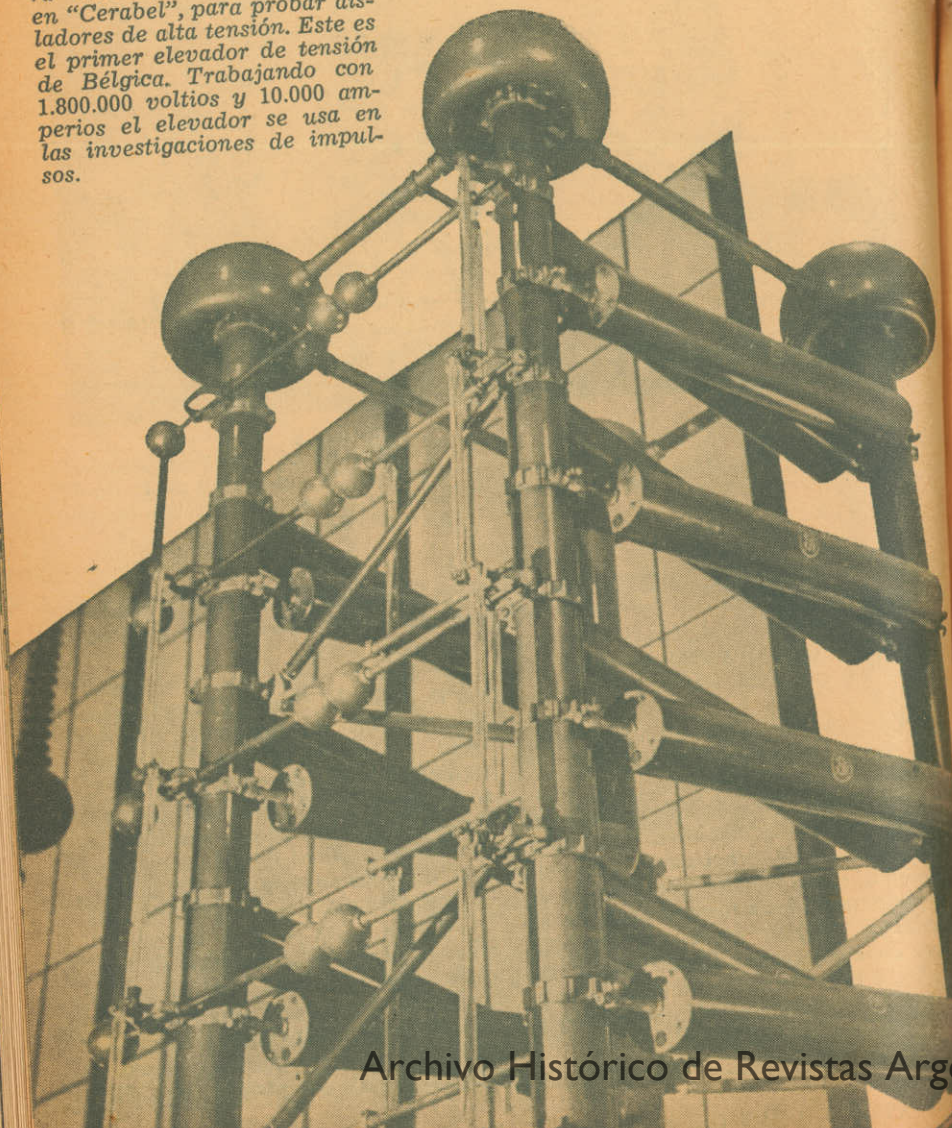
El reactor tiene tres elementos principales y variables: el combustible, el moderador y el refrigerante. El combustible puede ser líquido o sólido —torio, uranio, plutonio o bien una combinación de dichos metales. El moderador es la materia que absorbe el excedente de los neutrones que, de lo contrario, harían estallar al reactor: por ejemplo, grafito. El refrigerante es agua, o bien algún otro líquido. La caldera y el protector pueden estar hechos de diferentes metales.

El más "milagroso" de todos los reac-

tores parece ser el "breeder", o productor, que produce más materia de la que consume.

La energía se produce en el reactor por la fisión del átomo. El átomo como todos sabemos es minúsculo. El número que expresa cuántos de ellos entran en una gota de agua, por ejemplo, se escribe con un 6 seguido de 21 ceros. Para dar una idea de esta cantidad astronómica, digamos que el mismo número de gotas de agua podrían alimentar las cataratas del Niágara durante 2.000 años... A pesar de ser tan minúsculo, el átomo se compone de partículas más pequeñas aún: protones, neutrones, electrones y otras. Los protones y los neutrones forman el núcleo del átomo, mientras que los electrones, a la manera de los planetas alrededor

Bélgica produce el 60% de la producción mundial de uranio. Este país ha construido el primer laboratorio europeo para investigaciones nucleares en "Cerabel", para probar aisladores de alta tensión. Este es el primer elevador de tensión de Bélgica. Trabajando con 1.800.000 voltios y 10.000 amperios el elevador se usa en las investigaciones de impulsos.



SUBMARINO DE TIERRA FIRME. — Modelo del reactor utilizado en el submarino "Nautilus". El tanque de la izquierda es llenado con agua de mar para simular exactamente las condiciones de trabajo reales del reactor.

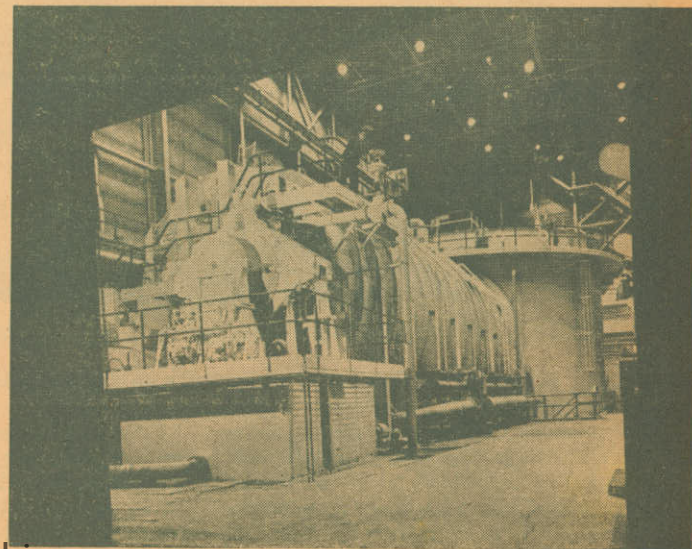
del sol, giran en torno a dicho núcleo. Hay átomos muy simples, como el del helio, que no contiene más que dos protones, dos neutrones y dos electrones; los otros son más complejos. El más complicado de todos es el del uranio.

Estas diversas partículas están ligadas unas con otras por una fuerza extraordinaria y misteriosa. Para producir la energía atómica hay que romper dicha fuerza. Esto es lo que se llama fisión.

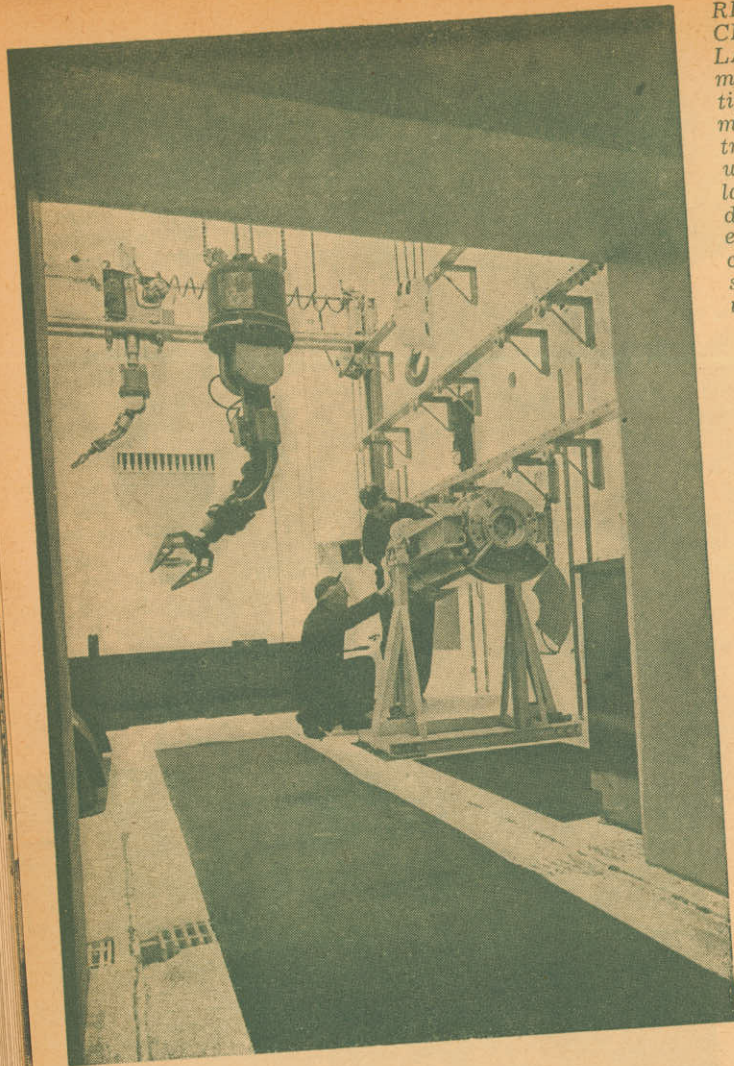
Los protones y neutrones, que no pueden estar sueltos, tratan de reagruparse. Para ello, los neutrones "bombardean" otros átomos, que a su vez se vuelven

inestables y pierden sus neutrones, que van a "bombardear" otros átomos. Esta es la reacción en cadena, o sea, la transformación de masa en energía, según la fórmula de Einstein.

La reacción, que se produce en el reactor, se controla mediante un moderador. Las radiaciones se detienen con un protector de plomo o de otro material. La energía, de igual modo que la combustión del carbono, se desprende en forma de calor. Dicho calor hace hervir el agua, que se convierte en vapor. El vapor acciona una turbina que, a su vez, produce electricidad.



El reactor ilustrado por el modelo.

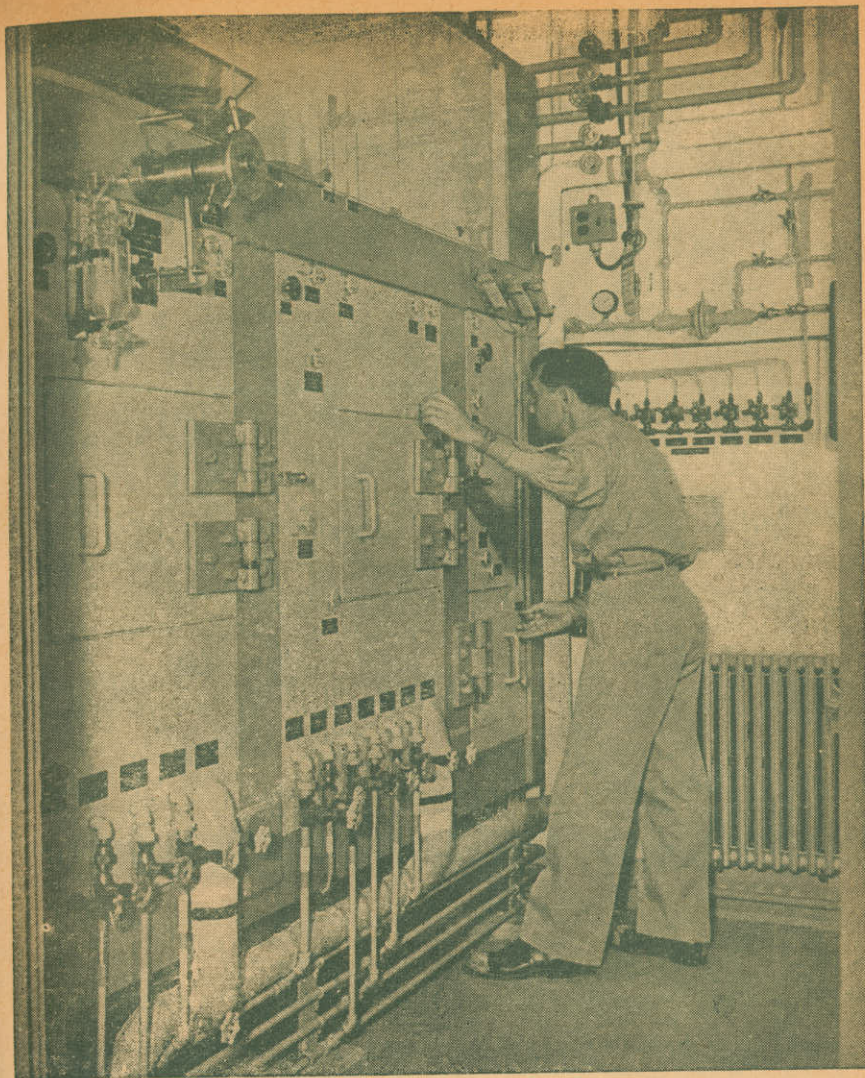


REFRIGERACION DE PILAS. — Este inmenso lago artificial, de ocho millones de metros cúbicos, es utilizado para la refrigeración de un reactor experimental, cuyo destino será la popa de un submarino.

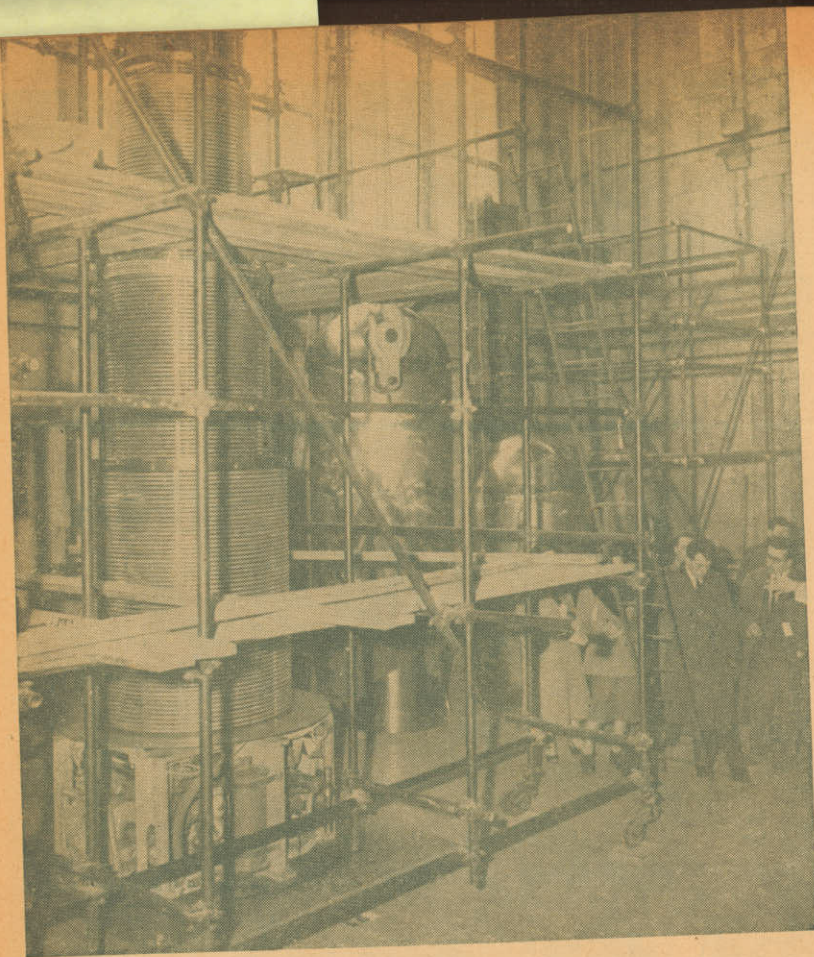
Luego, la energía atómica no es directamente utilizable; simplemente, nos proporciona un nuevo medio de transformar el agua en vapor. Pero la diferencia es espectacular: un solo kilo de uranio hace el trabajo de tres millones de kilos de carbón.

La pila para países pobres

Existe en la actualidad un prototipo de reactor que, según los expertos, va a revolucionar la economía del mundo. Es el reactor desmontable, que podrá ser transportado e instalado en cual-



RADIOISOTOPOS. — La purificación final de la yodine 131 radiactiva es manejada por control remoto. La celda en que se realizan dichas operaciones es de gruesas paredes de concreto y plomo, para proteger al personal de las radiaciones emitidas por la yodine 131. Este obrero aparece manipulando los controles y observando el funcionamiento que se refleja en el espejo instalado en la pared de plomo.



PLANTA ATOMICA FRANCESA.—Periodistas franceses examinan un acelerador moderno en la planta francesa atómica de investigación en Saclay, cerca de París.

quier lugar. El primer modelo de este tipo, enviado por avión, se encuentra actualmente en Ginebra. Es el "swimming pool reactor". Sus placas de uranio están colocadas a una profundidad de alrededor de tres metros en un estanque de agua de paredes muy espesas. Sin embargo, quedan todavía por resolver dos problemas planteados por el reactor "portátil". El primer

se refiere a la protección contra las radiaciones; está parcialmente resuelto con el estanque de agua, pues es ésta la que absorbe los rayos peligrosos. El segundo problema es el de la producción en serie, que puede por sí sola hacer bajar el precio de los reactores y proporcionar cantidades suficientes de aparatos como para satisfacer las actividades mundiales.



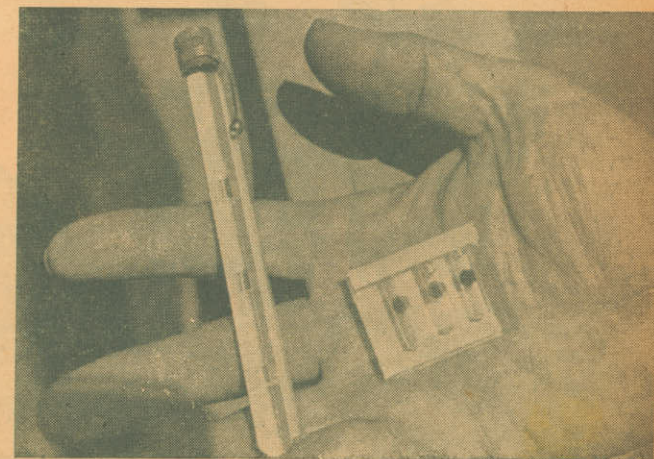
RATAS RADIATIVAS.— Nueva York: mientras comprueban la efectividad del Contador Geiger en la medición de la radiactividad, científicos de la Asociación Científica para la Educación Atómica, usan dicho instrumento para determinar cuál de las ratas de la jaula ha sido contaminada con yodo radiactivo.

Las ventajas del reactor transportable son numerosas. En primer lugar, no hay problema de transporte de combustible: se lo puede instalar en cualquier parte. Este mismo reactor serviría, también, para refinar los minerales. Existen en todo el mundo, y sobre todo en África y en los países de América Latina muchos yacimientos sin explotar, precisamente por falta de energía.

Por otra parte, no sólo se trata de la

explotación de minas: la "pequeña estación atómica" que producirá sin duda de 3 a 5 mil kilovatios, es suficiente para abastecer de corriente eléctrica a una pequeña ciudad. Es fácilmente concebible la importancia de este aporte de energía, si se considera que la población de América del Sur, por ejemplo, se duplicará de aquí a una treintena de años, y que ya se hace sentir la falta de materias primas, de agua, de combustibles, etc. Cuatro o cinco "peque-

CONTADOR GEIGER PARA POBRES.— Un indicador de radiación de bolsillo de bajo costo, ha sido desarrollado recientemente en la Universidad de California. Su utilización es tan sencilla que cualquier persona puede aprender su manejo en contados segundos.



ñas estaciones" bastarían para alimentar a un país de 25 millones de habitantes. La construcción de estos aparatos demandará muy poca mano de obra: de 150 a 200 especialistas. Estas pilas permitirán, entonces, a los países pobres, alcanzar directamente un elevado nivel de vida sin pasar por todas las fases de la evolución económica, y adquirir de golpe una industria modernísima.

Catadores de uranio

Cuando Charlie Steen se pasea con paso enérgico por las calles de Moab (Utah), uno respira radiactividad. Su historia es hoy una de las leyendas del Oeste norteamericano. Su nombre es un símbolo para los millares de busca-

LA FIEBRE DE URANIO. — Cuatro estados de los Estados Unidos son testigos en este momento de una fiebre análoga a la del oro en Alaska a principios de siglo. Los buscadores provienen de todos lados: cowboys, indios, hombres de ciencia, ingenieros, aventureros. Todos concurren a las desoladas regiones con la esperanza de que algún día el ansiado "clic-clic" del contador los transforme en millonarios.



dores de uranio que recorren bajo un sol implacable las 30.000 hectáreas desiertas de Utah, Colorado, Nuevo México y Arizona. Este paseante, que oculta su mirada dura tras unos anteojos negros de carey, recuerda a los habitantes de Moab que ahora, como en el tiempo de los "pioneros", un hombre pobre puede hacerse millonario en un día con un poco de suerte.

De no ser por la voluntad y el valor de Steen, los Estados Unidos seguirían comprando el uranio al Congo Belga, al África del Sud, al Canadá, y a ciertos países de América del Sud. Steen es el descubridor de la primera gran mina de uranio de los Estados Unidos. El valor de su fortuna alcanza actualmente a unos 150 millones de dólares, o sea, seis millones de pesos argentinos.



PERFORADORA RODANTE. — El nuevo tipo de perforadora que ilustra la fotografía ha sido desarrollado especialmente para la búsqueda de Uranio.

La escondida riqueza del desierto

Cuando una mañana de julio de 1952 Steen volvió a su casa, en Grand Junction, anunciando que su contador Geiger había oscilado, un verdadero frenesí se apoderó de miles de aventureros. Era el principio de la "fiebre del uranio".

En 1948, por razones de defensa na-

cional, previendo que un día los Estados Unidos podrían ser aislados de los países productores de minerales atómicos, la Comisión de Energía Atómica norteamericana decidió fomentar el cateo de tales metales en el territorio nacional. Se crearon entonces oficinas de informaciones que daban a todos los interesados en dicha búsqueda indicaciones precisas sobre el mineral, su aspecto, su color, y la clase de terrenos en los que los cateadores tenían mayores probabilidades de descubrirlo.

A tal efecto, dichas oficinas prepararon mapas de las regiones más desérticas de los Estados Unidos e imprimi-



MINA DE URANIO.— Escena en el interior de la mina de Monticello, Utah, donde el óxido de uranio se separa del mineral.

mieron 100.000 manuales para uso de los improvisados cateadores. La Comisión de Energía Atómica ofreció premios importantes a quienes encontraran uranio: en esa época, únicamente se explotaban tres minas en el territorio norteamericano, de las que se extraía apenas 100.000 toneladas de una tierra amarilla cuya riqueza en uranio era ínfima.

Miles de cazadores, de aventureros, de mendigos, vieron en las garantías ofrecidas por la Comisión un medio de hacer fortuna rápidamente. Por centenares, hombres mal equipados, mal vestidos, se pusieron a recorrer kilómetros y kilómetros en busca del precioso metal. Bajo un sol sofocante, sobre una tierra rocosa, entre cactus achaparrados, serpientes venenosas y escorpiones, caminaban y caminaban, los ojos fijos en la aguja de sus contadores Geiger, siempre con la esperanza de verla oscilar alguna vez...

A partir del momento en que la aguja se mueve, todo es simple. En los Estados Unidos, al revés de lo que ocurre en la Argentina, el subsuelo no pertenece al Estado. Es propiedad del primero que reclame el derecho de explotarlo, desde luego, siempre que no se trate ya de una propiedad privada. Para ser autorizado a explotar el subsuelo, basta con depositar un dólar por acre de terreno en el que se quiera abrir una mina. Para que el derecho sea válido, es también necesario que el interesado pase allí 30 días y 30 noches...

Como buscaban de modo desordenado, sin ningún método ni el menor conocimiento geológico, los aventureros no encontraron, al principio, más que minerales demasiado pobres en uranio para que valiese la pena explotarlos. Muy pronto su entusiasmo se debilitó, muchos se cansaron y volvieron a sus casas más pobres de lo que habían salido.

La sorpresa de un mecánico

No obstante, algunos perseveraron. Entre ellos se encontraba Charles Steen. El sol de julio brillaba en el cielo incendiado de Utah; el termómetro marcaba 45 grados a la sombra. Cubierto de un polvo amarillento que se le pegaba a la piel, Charles Steen miraba trabajar su perforadora, que penetraba penosamente, centímetro por centímetro en el suelo rocoso. El medidor de profundidad indicaba 55 metros. Se oyó una especie de quejido y la mecha dejó de girar. La perforadora acababa de romperse. Steen lanzó un voto. Para él, la búsqueda de uranio terminaba con el lamentable incidente. Había gastado los últimos dólares que le quedaban en hacer llenar el tanque de su "jeep". La perforadora no era de él; la había pedido prestada a un amigo, Charles McCormick. Desde hacía un año, su esposa y su madre no dejaban de acosarlo para que renunciara a su esperanza. Steen, descorazonado, decidió allí mismo cambiar de oficio.

Desarmó la perforadora, echó en desorden en la parte de atrás del coche la mecha rota y algunas muestras del terreno en el que, según él creía, habían terminado sus ilusiones, y emprendió el regreso. En el camino se detuvo en una estación de servicio para verificar la provisión de agua del radiador. El mecánico, también apasionado por el cateo de uranio, pasaba su contador Geiger sobre algunas muestras de tierra. Al detener, por casualidad, el contador sobre los especímenes que llevaba Steen, comprobó asombrado que la aguja no oscilaba, sino que se volvía loca súbitamente. "¡God damn it!" —exclamó— "Hay radio ahí".

Ex profesor de geología, Steen comprendió. Sin darse cuenta, había cavado durante todo el día en capas de terreno que contenían uranita, uno de

los minerales más ricos en uranio. De pronto, la fortuna lo favorecía.

Steen subió a su "jeep" de un salto. A toda costa quería anunciar la buena nueva a su mujer, quien, desde hacía varios meses, había aceptado seguirlo, abandonar su departamento y vivir en una pequeña casa rodante sin comodidades. Como desde dos días antes no les quedaba más dinero para comprar leche, la señora de Steen daba té a sus hijos. Estaba llorando, cuando vió entrar a su marido como un loco en la única pieza de la casa rodante. Hacía ocho días que no tenía noticias de él y creía que el desierto lo había vencido.

—¡Querida, querida! —le gritó él— ¡Somos millonarios! Encontré uranio.

Steen ignoraba aún cuántas dificultades tendría que vencer antes de cavar la primera galería de su mina.

Sin perder más tiempo, tomó las latas de conserva que quedaban todavía en la casa rodante y un viejo pedazo de tela que había de servirles como tienda.

Temiendo que alguien se hubiera enterado de su hallazgo y se apoderara del "terreno fubuloso", se instaló en "Mi Vada", nombre que había puesal lugar de su descubrimiento.

Fantasías de nuevo rico

Entonces, cuando ya todo parecía ganado, Steen tuvo que vencer las peores dificultades a fin de obtener el dinero necesario para comenzar la explotación. Los banqueros, que se habían vuelto desconfiados por los disgustos de los años anteriores, no querían arriesgar ni un centavo en "Mi Vada". Steen tuvo entonces una idea: ofreció el relato de su aventura al diario "Denver Post". Este lo publicó. Al día siguiente, tal como Steen lo esperaba, dos lectores le propusieron asociarse con él.

Uno de ellos, Charles McCormick, que había prestado la perforadora, le envió quince mil dólares; el otro, treinta y cinco mil. Así fué fundada la "Utex Exploration Corporation".

En el siguiente mes de Diciembre, los primeros cartuchos de dinamita explotaban en el suelo amarillo de "Mi Vada". Ocho meses más tarde, los beneficios de esta compañía alcanzaban ya a un millón de dólares (40 millones de pesos).

El prodigioso descubrimiento de Steen fué el primer cuento de hadas de la era atómica. Un azar milagroso había hecho un millonario del aficionado a la geología y a los cateos. Actualmente, todos los estadounidenses conocen sus eventuras. Revistas, diarios, libros y hasta una película cuentan los menores detalles de su vida, y también sus fantasías. Nadie ignora, por ejemplo, que como es imposible captar las ondas de televisión en Moab, Steen ha arreglado un bimotor como salón de televisión; cada vez que le interesa un programa, llama por teléfono a su piloto, toma el avión y vuela al otro lado de las montañas que rodean Moab, formando una barrera infranqueable para las ondas de T.V. . . Se sabe también que Steen usa los servicios de un pastor para repartir sus donaciones a diferentes obras de beneficencia.

La repentina publicidad que se hizo acerca de Steen ha desencadenado la avalancha hacia el uranio. En pocos meses, 8.000 catadores, unos provistos de un simple azadón y un contador Geiger, otros munidos de camiones, de grúas o hasta de pequeños aviones, se instalaron en las mesetas del Colorado, de Utah y de México. Han creado verdaderas poblaciones, como Moab Grand Junction y Monticella, y decubrieron ya 560 minas en un país donde no se pensaba encontrar ni el menor rastro de uranio.

Pilas atómicas

Hace algunos meses se publicaron en Nueva York los resultados de un censo internacional de la energía atómica; revelan que existen hoy en el mundo entero cuarenta y dos pilas atómicas oficialmente reconocidas.

Tal encuesta, realizada por la sociedad "Atomic Industrial Forum", abarcó las actividades atómicas de los treinta y dos países que se ocupan de la energía nuclear.

Las pilas atómicas están distribuidas de la siguiente manera: 29 en los Estados Unidos, 5 en Inglaterra, 2 en Francia, 2 en Canadá, 1 en Noruega, 1 en Suecia, 1 en Suiza y 1 en la Unión Soviética. Aclaremos que la pila situada en Suiza fué construída en Ginebra por los norteamericanos en ocasión de la conferencia atómica, y que los datos que se reconocen sobre la de la Unión Soviética son muy incompletos.

La encuesta nos indica, además, que se están construyendo unas veinte nuevas pilas: 9 en los Estados Unidos, 3 en Francia y una, por lo menos, en cada uno de los países siguientes: Australia, Bélgica, Canadá, India y la Unión Soviética.

Por otra parte, existe una tercera categoría de pilas atómicas: aquéllas cuya construcción no se ha comenzado aún, pero para las que hay proyectos definitivos. Gran Bretaña está al frente en este cotejo de planes para el futuro, con 22 proyectos de pilas atómicas. Le siguen los Estados Unidos con 15 pilas, y Francia con 3, mientras que Bélgica, Canadá, Italia, Holanda, Suecia, Suiza y la República Federal Alemana están en igualdad de condiciones, con una pila nueva por país.

Diecisiete países poseen yacimientos explotables de uranio, y sólo cuatro tienen torio, otro precioso combustible atómico.

Inglaterra a la cabeza

He aquí un panorama de la situación atómica en el mundo, según hemos podido establecer a través de nuestras informaciones.

Aparte de las 29 pilas norteamericanas que se hallan en funcionamiento, el balance de la energía nuclear arroja los siguientes resultados en los principales países del mundo.

Gran Bretaña

Gran Bretaña tiene un adelanto de dieciocho meses respecto de los Estados Unidos. La razón de este esfuerzo es que sus necesidades de energía industrial son considerables: en efecto, Inglaterra ve consumirse rápidamente sus minas de carbón. Para encontrar combustible hay que descender cada vez más en las minas; los Ingleses se ven obligados a importar carbón de Norteamérica en condiciones económicamente desventajosas. Al mismo tiempo, el consumo de electricidad aumenta continuamente; se ha duplicado en los diez últimos años, y en los próximos diez probablemente se duplique nuevamente.

Los ingleses fueron los primeros en producir calor por medio de reactores atómicos: desde hace cuatro años, la pila de Harwell calienta los diversos edificios y laboratorios del establecimiento.

Se prevé para los diez próximos años la construcción de doce nuevas pilas industriales. Este programa costará, por lo menos, 840 millones de libras esterlinas (unos ochenta y cuatro mil millones de pesos argentinos).

Este año será terminado el primer reactor atómico industrial, en Caller Hall, Cumberland. Proporcionará 50.000 kilovatios a la red nacional de electricidad. Se está construyendo en Dounreay, en Escocia, una pila "bre-

eder"; ésta producirá al mismo tiempo electricidad y combustible fisionable, (plutonio).

Las doce nuevas centrales atómicas producirán juntas entre un millón y medio y dos millones de kilovatios, y consumirán alrededor de 400 toneladas de combustible atómico por año. Los expertos británicos estiman que en 1957 sus centrales atómicas van a producir 15 millones de kilovatios, es decir, cerca de un cuarto de la cantidad total de electricidad que necesitará el país en esos momentos. Un miembro de la Cámara de los Lores se oponía a un presupuesto de seis millones de libras para la construcción de una nueva pila atómica. Lord Salisbury, en nombre del Gobierno, le respondió que aquéllo no era sino un "modesto comienzo"... "En el año 2000 —dijo—, la mayor parte de la energía eléctrica la obtendremos de los combustibles atómicos."

Los expertos británicos estiman que el costo de la electricidad producida por los reactores será más o menos el mismo que el de la electricidad proveniente del carbón.

Se contruirán las primeras centrales atómicas a una cierta distancia de las aglomeraciones humanas, con el fin de evitar, en lo posible, los peligros que pudieran derivarse de las reacciones nucleares.

Francia es el único país de Europa que produce uranio

Del mismo modo que Inglaterra, Francia ve en el desarrollo de la energía atómica la solución del problema planteado por la disminución de sus recursos carboníferos y la insuficiencia de los de petróleo y de "hulla blanca" (energía hidroeléctrica).

Francia posee en la actualidad dos reactores experimentales que funcionan con agua pesada: uno en Chavillon

(1948), y el otro, más importante, en Saclay (1949). En el transcurso de los cinco próximos años, se construirán cerca de Grange, en Marcoule, dos nuevos reactores, que producirán entre 40.000 y 10.000 kilovatios de electricidad.

Francia es el único país de Europa occidental que extrae uranio de su subsuelo. Hay en el centro del país cuatro minas en explotación: la primera en Lachaux, yacimiento ya antiguo y hoy casi agotado; otro en los Bosques Negros, cerca del anterior; un tercero se encuentra en La Crouzille, en el Lencournais, región donde los yacimientos de uranio son muy numerosos; el cuarto está situado en Gruy: su rendimiento es aún pequeño, pero se espera mejorarlo por medio de ciertos procedimientos químicos. La Vendée da también muchas esperanzas. Los cateos comenzaron en 1954, pero se cree que los dos yacimientos de Clisson y Montagne-sur-Sèvre tendrán un rendimiento considerable.

Madagascar es rica en torianita, mineral compuesto de uranio y de torio. Indudablemente, esa gran isla es una de las regiones donde el torio es más abundante.

Francia utiliza ya cincuenta mil millones de kilovatios de electricidad por año, y se estima que dentro de diez años tal demanda se habrá duplicado. Para entonces, la energía atómica será muy útil.

Suiza

Tres sociedades industriales suizas van a construir juntas, cerca de Zurich, una pila de un rendimiento de 10.000 kilovatios. Costará alrededor de veinte millones de francos suizos (unos veintiséis millones de nuestra moneda), y el gobierno federal participará del costo con algo más de la mitad. Por otra parte, el Centro Europeo para la Investigación Nuclear ha emprendido en

Ginebra la construcción de un sincrociclotrón que, como el de Brookhaven, producirá 25.000.000.000 de electron-voltios (eV).

Bélgica

Desde 1922, la mina de Sinkolobwe, en el Congo Belga, es la fuente de radio y uranio más importante del mundo. Perteneció a la Unión Minera del Alto Katanga, principal proveedora de uranio de los Estados Unidos. En Bélgica propiamente dicha, están construyendo un reactor experimental en Mol. Lo terminarán este año y producirá 2.000 kilovatios.

Holanda y Noruega forman equipo

Desde hace tres años funciona en Kjeller un laboratorio atómico noruego provisto de un reactor experimental. Noruega es rica en agua pesada, que constituye un excelente elemento moderador, pero carece de uranio. Holanda por el contrario, no tiene agua pesada, pero posee varias toneladas de uranio, que compró en época de los primeros descubrimientos atómicos. Por esto, los dos gobiernos han decidido reunir sus esfuerzos. El reactor de Kjeller es de pequeña capacidad: sólo 300 kilovatios, y sirve sobre todo en las investigaciones y en la producción de radiosótopos. No obstante, Noruega prepara los planos de un reactor que podría accionar una unidad de su flota mercante.

Los suecos han construido su reactor experimental en el subterráneo rocoso de un gran parque público de Estocolmo. Esta pila, con un rendimiento de sólo 100 kilovatios, es útil únicamente para los trabajos de investigación. Muy próximamente se empezará la construcción de otro reactor, que producirá 10.000 kilovatios.

Canadá

Desde 1947 hasta 1952, el Canadá tuvo, en Chalk River, el reactor indus-

trial más poderoso del mundo: producía 30.000 kilovatios de electricidad. El 12 de diciembre de 1952 fué parcialmente destruido por el más grave de los accidentes atómicos de la historia: la pila estalló y 4.000.000 de litros de agua radiactiva se desparramaron por todo el edificio. Por encima de la planta generadora se formó una nube contaminada. Después de dos días de trabajo, se consiguió limpiar el edificio de sustancias radiactivas y retirar la parte central del reactor, que actualmente se encuentra de nuevo en condiciones de funcionar. Se está construyendo otro reactor, más poderoso todavía.

Se hallan en vías de explotación tres minas de uranio, una de las cuales es de propiedad de capitales privados. La producción del precioso mineral se ha triplicado desde el fin de la guerra.

Italia, Alemania y Australia

Italia es el único país donde la industria atómica comenzó desde una base puramente privada. En 1946 se creó el CISE (Centro Informazioni Studi Esperienze), con el objeto de hacer investigaciones atómicas. Actualmente, el Instituto de Física Nuclear, subvencionado por el Gobierno, construye un ciclotrón. Hasta tanto estén en condiciones de construir pilas, los italianos consagran sus esfuerzos a las tareas auxiliares: la purificación del uranio, la producción del agua pesada y la formación de ingenieros especializados.

En Alemania, 16 compañías van a unirse para construir una pila capaz de proporcionar 10.000 kilovatios de electricidad.

En cuanto a Australia, terminará este año sus primeros laboratorios atómicos y su reactor inicial a unos veinte kilómetros al sur de Sydney. Costará alrededor de quinientos millones de pesos argentinos. ♦

UN CUENTO DE
FELIPE K. DICK

ILUSTRÓ
ORNAY

CONVENDRIA explicar lo que Córland estaba haciendo antes que sonara el timbre.

En su alegre departamento de la calle Leavenworth, donde la colina Russa baja hasta la extensa playa del norte, para llegar finalmente hasta la misma bahía de San Francisco, David Córland estaba sentado, leyendo una serie de informes de rutina, con los datos técnicos resultantes de toda una semana de experiencias en el monte Diablo. Como encargado de investigaciones de Pinturas Pesco, Córland se interesaba personalmente en la resistencia comparativa de varias pinturas de superficie fabricadas por su empresa. Las muestras habían sido evaporadas y desecadas durante quinientos sesenta y cuatro días, bajo el calor de California. Había llegado el momento de examinar cuáles eran los pigmentos que mejor soportaban la oxidación, para en consecuencia ajustar la producción.

Absorbido por los intrincados datos analíticos, Córland, al principio, no oyó el timbre. En uno de los rincones de la sala, su combinado Bogen de alta fidelidad, estaba tocando una sinfonía de Schumann. Su mujer, Fay, estaba en la cocina, preparando la cena. Los chicos, Bobby y Ralf, ya estaban durmien-

servicio de reparaciones

Si usted posee un suiblo, nunca tendrá que preocuparse por problemas de lealtad.



do en sus camas. Para buscar su pipa, Córntland se inclinó un momento sobre el escritorio, pasándose la mano sobre los cabellos, y..., entonces oyó el timbre.

—¡Diablos! —exclamó, y vagamente se preguntó cuántas veces habrían llamado ya; pues tenía un confuso y subconsciente recuerdo de que repetidamente alguien había intentado atraer su atención. Ante sus ojos cansados, el conjunto de apuntes se movía y agitaba. ¿Quién diablos sería? En su reloj eran solamente las nueve y media...

—¿Quieres que atienda? —preguntó Fay, desde la cocina.

—No. Yo iré.

Con muestras de cansancio, Córntland se levantó, se puso los zapatos y recorrió el cuarto, pasando el sillón, la lámpara de pie, el revistero, el fonógrafo, la biblioteca, hasta llegar a la puerta.

Córntland era un técnico de mediana edad, a quien no le gustaba que lo interrumpieran cuando trabajaba.

En el hall encontró a un desconocido.

—Buenas noches, señor —dijo el visitante; examinando atentamente un portafolio—. Siento incomodarlos.

Córntland miró agriamente al joven. Vendedor, probablemente. Flaco, rubio, con camisa blanca y traje azul, el joven permaneció empujando su portafolio en una mano y una valija negra y voluminosa en la otra. Sus facciones simpáticas expresaban seria concentración. Lo rodeaba un aire de estudiada confusión; cejas fruncidas, labios apretados... Los músculos de sus mejillas comenzaron a temblar preocupadamente. Levantando la vista, preguntó:

—¿Es Leavenworth 1846, departamento 3 A?

—Eso es —respondió Córntland, con la infinita paciencia debida a un retardado.

Las arrugas de la frente del muchacho se suavizaron un poco.

—Bien, señor —dijo con su tono nervioso, echando una ojeada al departamento, por encima de Córntland—.

Como digo, siento molestarlo por la noche, cuando usted está trabajando; pero, como usted probablemente sabrá, estuvimos bastante ocupados los últimos días. Esa es la razón por la cual no contestamos antes a su llamada.

—¿Mi llamada? —repitió Córntland, y bajó su cuello desabotonado, comenzó a enrojecer. Indudablemente era algún asunto en que Fay lo habría enredado; algo que ella pensaría que él debía examinar; algo vital para la comodidad hogareña—. ¿De qué diablos está usted hablando? —preguntó—. Vamos, explíquese.

El joven se sonrojó, respiró hondo, trató de sonreír y luego contestó apresuradamente:

—Señor, soy el reparador que usted solicitó; vengo a arreglar su suiblo.

A Córntland se le ocurrió esta graciosa respuesta, que más tarde deseó haber usado: "Puede ser que yo no quiera que mi suiblo funcione. Puede ser que me guste mi suiblo tal como anda". Pero no dijo nada de eso. En cambio, empujó un poco la puerta y preguntó:

—¿Mi qué?...

—Sí, señor —insistió el joven—. El registro de la instalación de su suiblo ya nos había llegado, por supuesto. En general, nosotros hacemos sistemáticamente una inspección de ajuste; pero su llamada se nos adelantó. Por eso he venido con el equipo completo de reparaciones. Ahora, en cuanto a su queja particular... —el joven buscó, frenético, entre el revoltillo de papeles de su portafolio—. Bien, no tiene importancia. Usted me lo podrá explicar oralmente. Como usted sabrá nosotros no formamos oficialmente parte de la corporación de ventas... Tene-

mos lo que suele llamarse un tipo de seguro que entra en vigor automáticamente cuando se realiza su compra. Desde luego, usted puede cancelar su contrato con nosotros —hizo un débil intento de sonrisa—. Sabemos que hay mucha competencia en el negocio de reparaciones... —en seguida recobró su seriedad, levantándose un poco sobre la punta de los pies—. Pero permítame decirle que nosotros estamos en el negocio de reparaciones de suiblos desde que el viejo R. J. Wright introdujo el primer modelo experimental.

Durante un rato, Córntland permaneció callado. Las ideas más fantásticas atravesaban su cerebro: pensamientos casi técnicos inverosímiles; complejos cálculos, y ecuaciones sin importancia. Así que los suiblos se descomponían, ¿no?... Grandes operaciones financieras: envío de un reparador, tan pronto el negocio se agotaba... Tácticas monopolistas: quiebra de la competencia, antes de que pudieran tener una oportunidad. Pases entre las empresas conectadas.

Pero ninguno de sus pensamientos iba al fondo del asunto. Con enorme esfuerzo dirigió de nuevo su atención hacia el serio jovencito que aguardaba nerviosamente en el hall, con su gran valija de reparaciones y su portafolio.

—No —dijo Córntland enfáticamente, no. Usted se ha equivocado de dirección.

—¡Oh, señor! —el muchacho se inclinó gentilmente, mientras una ola de decepción ensombreció sus facciones—. ¿Dirección equivocada?... ¡Dios mío, tener que volver a desandar el camino!...

—Es mejor que vuelva a mirar sus papeles —dijo Córntland, empujando la puerta—. Sea lo que sea un suiblo, no tengo ninguno; y, además, yo no lo llamé a usted.

Mientras cerraba la puerta, percibió el último horror que se pintó en la cara del muchacho. Después, la superficie de madera brillantemente pintada hizo desaparecer aquella visión, y Córntland volvió cansadamente a su escritorio.

Un suiblo... ¿Qué diablos sería un suiblo?

Sentándose cómodamente, trató de continuar lo que había interrumpido; pero la dirección de sus pensamientos estaba en otra parte.

No existía nada que se llamara suiblo. Y él estaba bien familiarizado con el lenguaje industrial. Leía las *Noticias de Estados Unidos* y el *Diario de Wall Street*. Si existiera un suiblo, habría oído o leído algo acerca de él, salvo que el suiblo fuera algún implemento para el hogar. Puede ser que fuera eso.

—Escucha —le dijo a su mujer, cuando ésta apareció momentáneamente en la puerta de la cocina, con un repasador y una fuente azul en las manos—. ¿Qué asunto es ese de los suiblos? ¿Sabes tú algo de eso?

Fay movió la cabeza.

—No sé nada.

—¿Tú no encargaste un a.c.-d.c. suiblo cromado y plástico en la casa Macy's?

—Seguro que no.

Tal vez fuera algo para los chicos; quizá la última locura de la escuela primaria: el balero contemporáneo o las cartas mágicas o el juego de visitas... Pero las cosas que compran los chicos de nueve años no necesitan un reparador con una tremenda valija de herramientas; por lo menos, no pueden comprarlas teniendo una entrada de cincuenta céntimos semanales.

La curiosidad suplantó a la aversión. Tenía que enterarse de lo que era un suiblo. Saltando de la silla, Córntland corrió hacia la puerta del hall y la abrió.

No había nadie. El ojeón había desaparecido. Había un débil olor a colonia masculina y a transpiración, pero nada más.

Nada más, excepto un pequeño fragmento de papel que había caído del portafolio del joven. Courtland se agachó y lo recogió. Era la copia carbónica de una instrucción de recorrido, que daba una identificación en clave: el nombre de la compañía de reparaciones y la dirección del cliente.

Calle Leavenworth 1846, S. F. Llamada v., recibida por Ed Fuller, 9.20 p. m., 28-5. Suíblo 30s15H (de lujo). Sugiere revisar la toma lateral y reemplazar la parte neural. AA w 3-6.

Tanto los números como la información no significaban nada para Courtland. Cerró la puerta y volvió lentamente a su escritorio. Volviendo a mirar la hojilla de papel, releó las extrañas palabras, ansiando extraer algún significado de ellas. Las letras impresas decían:

INDUSTRIA DE REPARACIONES ELECTRONICAS

CALLE MONTGOMERY 455, SAN FRANCISCO 14. Rr8-4456N EST. EN 1963

Ahí estaba el misterio... en la escueta explicación impresa, que decía: "Establecida en 1963". Temblándole las manos, Courtland buscó mecánicamente su pipa. No cabía duda: eso explicaba por qué él nunca había oído nada sobre los suíblo; explicaba por qué no tenía él ninguno... por qué, no importa cuántas puertas golpeará en el edificio de departamentos, el joven reparador nunca encontraría a nadie que lo tuviera.

Los suíblo no se habían inventado aún.

DESPUES de un gran rato de estrujarse el cerebro, Courtland levantó el tubo del teléfono y marcó el número de la casa de su subordinado en los laboratorios Pesco.

—No me importa —dijo precaviéndose— lo que pensarás hacer esta noche. Voy a darte una lista de instrucciones, y quiero que las cumplas en seguida. En el otro extremo de la línea, Jack Húrley contestó fastidiado:

—¿Esta noche?... Escucha, David: la compañía no es mi madre. Yo tengo algo de vida propia que me pertenece...

—Este asunto no tiene nada que ver con Pesco. Quiero un dictáfono y una filmadora con lentes infrarrojos. Quiero que traigas un taquígrafo oficial. Quiero uno de los electricistas de la compañía; tráelo tú mismo. Y quiero que venga Anderson, de la sala de ingenieros. Si no lo encuentras, consíguelo a cualquiera de nuestros diseñadores. ¡Ah!, y consígueme algún viejo mecánico que conozca su oficio: que realmente sepa de mecánica.

Con indecisión, Húrley dijo:

—Bien, tú eres el jefe; por lo menos eres jefe de investigaciones; pero creo que esto debe ser aclarado en la compañía. ¿Te importaría si paso por encima de ti y solicito el visto bueno de Pesbroke?

—Hazlo —decidió rápidamente Courtland—. Y aun mejor será que lo llame yo mismo; quizá convenga que él sepa lo que pasa.

—¿Qué pasa? —preguntó Húrley, con curiosidad—. Nunca me has hablado en ese tono... ¿Alguien ha descubierto una pintura que se pinte sola?

Courtland colgó el tubo, aguardó durante un torturador intervalo y después marcó el número de su superior, el propietario de Pinturas Pesco.

—¿Tiene un momento libre? —le preguntó agitadamente, cuando acudió Pesbroke, a quien su esposa había levantado de su sobremesa y llevado al teléfono—. Estoy metido en algo importantísimo. Quiero hablar con usted acerca de ello.

—Tiene algo que ver con pintura...



ras? —murmuró Pesbroke, entre risueño y serio—. Si no...

Cóurtland lo interrumpió. Hablando lentamente, le dio una información completa de su conversación con el reparador de suiblos.

Cuando Cóurtland terminó, su empleador guardó largo silencio.

—Bien —dijo finalmente—. Temo caer en algo demasiado rutinario; pero usted me ha interesado. Muy bien; lo financiaré. Pero —agregó sencillamente—, si esto es un perdedero de tiempo, estoy dispuesto a hacerle cargar a usted con las cuentas por el uso de personal y equipo.

—¿Por perdedero de tiempo quiere usted decir si nada aprovechable sale de esto?

—No —dijo Pesbroke—. Quiero decir si usted *sabe* que es un cuento: si usted anda conscientemente con un estafador. Tengo un espantoso dolor de cabeza y no quiero saber nada. Si usted habla en serio, y si realmente cree que puede salir algo bueno, cargaré los gastos en los libros de la compañía.

—Hablo en serio —dijo Cóurtland—. Tanto usted como yo, ya somos demasiado viejos para jugar.

—Bien —reflexionó Pesbroke—; cuanto más viejo sea usted, tanto más capacitado estará para aclarar asuntos profundos; y éste parece bastante profundo —hablaba en tono decidido—. Telefonaré a Húrley para darle el visto bueno. Obtendrá usted todo cuanto necesite... Supongo que buscará al reparador y averiguará qué clase de persona es.

—Eso es lo que quiero hacer.

—Suponga que el hombre es honesto. ¿Qué hará usted entonces?

—Bien —dijo Cóurtland con cautela—, entonces trataré de descubrir qué es un suiblo. Eso como punto de partida. Puede ser que después...

—¿Cree usted que volverá ese hombre?

—Puede ser. No encontrará la dirección correcta; eso es seguro. Nadie de la vecindad ha solicitado un reparador para un suiblo.

—¿Qué le importa a usted lo que es un suiblo?... ¿Por qué no intenta descubrir cómo retrocedió ese hombre hasta nuestra época?

—Creo que él sabe lo que es un suiblo, y no creo que sepa cómo vino él hasta aquí. Ni siquiera sabe que está aquí.

Pesbroke asintió.

—Eso es razonable... Si voy ahí, ¿me dejará usted entrar? A mí me gustaría observar.

—Seguro —contestó Cóurtland, mientras mantenía la vista clavada en la puerta del hall—. Pero tendrá que observar desde el otro cuarto. No quiero ninguna perturbación... Nunca más tendremos otra oportunidad como esta.

DE mal humor, el equipo de jurados entró en el departamento y permaneció aguardando las instrucciones de Cóurtland. Jack Húrley, con camisa y zapatos de sport, se acercó rencorosamente a Cóurtland y agitando su cigarrillo en la cara le dijo:

—Aquí estamos. No sé lo que le dije a Pesbroke, pero seguramente lo convenciste —echó una ojeada al departamento—. ¿Puedo preguntar qué es lo que haremos ahora? Poco es lo que esta gente puede hacer, si no sabe de qué se trata.

En la puerta del dormitorio estaban parados los dos hijos de Cóurtland, con los ojos casi cerrados por el sueño. Fay, nerviosamente, los llevó de nuevo a la cama. En la sala, los hombres y mujeres presentes adoptaron extrañas posiciones, con las facciones tensas, manifestando intranquila curiosidad, a la vez que aparentaban indiferencia. Anderson, ingeniero diseñador, estaba apartado y demostraba hastío. MacDówell, el gordo y barrigón tornero, observaba, con resentimiento proletario,

los costosos muebles del departamento, hasta que cayó en embarazosa apatía cuando se dio cuenta de lo ridículo que quedaban en ese ambiente sus botas y su pantalón engrasado. El especialista en fonorregistros estaba extendiendo los cables de sus micrófonos hasta la cocina, donde se había colocado el dictáfono. Una joven delgada y esbelta, la taquígrafa, estaba sentada confortablemente en una silla. Sobre el sillón, Párkinson, el electricista de emergencia, estaba hojeando un ejemplar de la revista *Fortune*.

—¿Dónde está el equipo cinematográfico? —preguntó Cóurtland.

—Ya viene —contestó Húrley—. ¿Estás tratando de pescar a alguien que te hizo el cuento del tesoro español?

—No necesitaría a un ingeniero y a un electricista para eso —respondió Cóurtland, secamente, y comenzó a pasearse por la sala—. Probablemente no vuelva ese hombre. Tal vez haya regresado a su propia época, o ande divagando Dios sabe por dónde.

—¿Quién? —gritó Húrley, soplando una bocanada de humo en creciente agitación—. ¿Qué es lo que pasa?

—Un hombre llamó a mi puerta —le informó Cóurtland, brevemente—. Habló acerca de cierta maquinaria; de un equipo del que nunca he oído hablar... Algo llamado suiblo.

Alrededor del cuarto se intercambiaron miradas perplejas.

—Tratemos de adivinar qué es un suiblo —continuó Cóurtland—. Anderson, usted empieza. ¿Qué podrá ser un suiblo?

Anderson sonrió.

—Un anzuelo para pescar.

Párkinson sugirió otra respuesta:

—Un auto inglés, de una sola rueda. Refunfuñando, Húrley siguió:

—¡Hum!, algo raro...: una máquina para robar animales domésticos.

—Una nueva tela plástica —propuso la taquígrafa.

—No sé —murmuró MacDówell, con desagrado—. Nunca oí nada por el estilo.

—Muy bien —convino Cóurtland, mirando su reloj pulsera, con histérica impaciencia. Había pasado una hora, y el reparador no daba señales de vida—. No sabemos..., ni siquiera podemos adivinar de qué se trata. Pero algún día, dentro de nueve años, un hombre llamado Wright va a inventar el suiblo, y ese invento se convertirá en un gran negocio. La gente va a fabricarlo, a comprarlo, a pagar por él... Los reparadores subsanarán las averías de esa máquina.

SE abrió la puerta. Pesbroke entró en el departamento. Llevaba el abrigo al brazo, y su sombrero Stetson ladeado sobre una oreja.

—¿Apareció? —sus ojos alertas recorrieron el cuarto—. Todos ustedes parecen dispuestos a marcharse...

—Ni rastros de él —dijo Cóurtland, secamente—. ¡Maldito sea!... Yo mismo lo despedí. No lo comprendí hasta que él se fué.

Luego, le mostró a Pesbroke la copia carbónica.

—Ya veo —comentó Pesbroke, devolviéndosela—. Y si vuelve, usted está dispuesto a registrar todo lo que diga y a fotografiar todo el equipo instrumental que él traiga —indicó luego a Anderson y a MacDówell—. ¿Para qué esta otra gente? ¿Para qué los necesita?

—Quiero que haya quien pueda formular las preguntas que correspondan —explicó Cóurtland—. De otro modo no conseguiríamos las respuestas. El hombre, si vuelve, permanecerá solamente un tiempo limitado. Durante ese tiempo, tendremos que descubrir... —se calló cuando su mujer se acercó a él—. ¿Qué pasa?

—Los chicos quieren ver —dijo Fay—. ¿Pueden venir? Prometen no hacer rui-

do... A mí —agregó ansiosamente— también me gustaría mirar. ¿Nos lo permites?

—Permitido —dijo Courtland, lúgubremente—. Tal vez no haya nada que mirar.

Mientras Fay servía café, Courtland siguió con sus explicaciones:

—Primero de todo, queremos saber si este hombre es sincero. Nuestras primeras preguntas serán orientadas para hacerle dar un traspie. Quiero que estos especialistas trabajen sobre él. Si es un charlatán, probablemente lo descubrirán en seguida.

—¿Y si no lo es? —preguntó Anderson, con una mirada curiosa—. Si no lo es, usted dice que...

—Si no lo es, eso significa que pertenece a la próxima década, y quiero que se lo sondee para ver qué explicaciones nos da. Pero... —Courtland hizo una pausa— dudo mucho que consigamos ninguna teoría. Tengo la impresión de que él no sabe nada de eso. Lo mejor que podremos hacer, probablemente, es conseguir una serie de datos sobre su trabajo específico.

—¿Y usted cree que él nos dirá lo que hace para vivir? —preguntó Pesbroke—; porque... eso está relacionado con lo otro...

—Seremos afortunados si viene —dijo Courtland; se sentó en el sofá, y comenzó a golpear su pipa contra el cenicero—. Todo lo que podemos hacer es esperar. Cada uno de ustedes piense bien lo que va a preguntar. Traten de imaginarse cuáles son las preguntas que quisieran que un hombre del futuro, que ignora que es del futuro, les contestara.

—Estoy espantada —dijo la taquígrafa, con la cara pálida y los ojos muy abiertos, mientras la taza de café temblaba en sus manos.

—Yo estoy harto —murmuró Húrley, entre dientes, con los ojos fijos en el suelo—. Esto es pura palabrería.

Y precisamente en ese momento, el reparador de suiblos regresó y, una vez más, golpeó tímidamente la puerta del hall.

EL joven estaba aturdido, y cada vez se turbaba más.

—Perdón, señor —comenzó—. Me doy cuenta que usted está en compañía; pero... he recorrido toda la ruta que indican mis instrucciones, y... esta es *absolutamente* la dirección correcta. Además... Discúlpeme, señor, pero he preguntado en otros departamentos, y nadie sabía de qué estaba hablando.

—Pase —dijo Courtland, y condujo al joven hacia la sala.

—¿Es éste el muchacho? —preguntó Pesbroke, dudando, mientras sus ojos verdes se achicaban.

—Hace seis años y tres meses —dijo Courtland no le hizo caso.

—Siéntese —pidió al joven reparador. Con el raballo del ojo vió a Anderson, Húrley y MacDówell, que se acercaban. Parkinson arrojó rápidamente su *Fortune* y se incorporó. En la cocina, el ruido del dictáfono al ponerse en marcha, fué claramente audible... Toda la habitación parecía en actividad.

—Puedo volver en cualquier momento —dijo el muchacho, observando el cerrado círculo de gente—. No quiero molestarlo, señor, cuando tiene visitas. Apoyado contra el brazo del sofá, Courtland dijo:

—Este momento es tan bueno como cualquier otro. En realidad, es el mejor de los momentos —una sensación de alivio lo embargó, y quiso aprovechar la oportunidad—. No sé qué me pasó —continuó rápidamente—. Me confundí... Desde luego que tengo un suiblo. Está instalado en el comedor.

La cara del reparador se contrajo en un espasmo de risa.

—¡Ah! —exclamó—. ¿En

el comedor? Es lo más chistoso que oigo desde hace semanas.

Courtland miró a Pesbroke. ¿Qué tendría aquello de gracioso? Después, la carne empezó a ponerse de gallina; un sudor frío le brotaba de la frente y de la palma de las manos. ¿Qué diablos era el suiblo? Tal vez lo mejor

sería descubrirlo en seguida. Quizá estuvieran ante algo mucho más profundo de lo que ellos se imaginaban. ¡Quizá... Y el pensar esto no le gustó demasiado. Era mejor continuar como ignorándolo.

—Estoy un poco confundido —dijo— por su nomenclatura. Nunca pensé en



eso llamándolo suiblo... Sé que ese es el nombre popular —añadió cautelosamente—; pero, con la cantidad de dinero que significa, prefiero llamarlo por su nombre legítimo.

El joven pareció completamente confundido. Cúrtland se dió cuenta de que había cometido otro error: aparentemente, suiblo era su nombre correcto.

Entonces habló Pesbroke: —¿Cuánto tiempo hace que usted está reparando suiblos, señor?... —aguardó, pero no hubo respuesta de ese rostro delgado y perplejo—. ¿Cuál es su nombre, joven? —preguntó entonces.

—¿Mi qué?... —el muchacho se incorporó—. No entiendo, señor.

Cúrtland pensó que el asunto iba a ser bastante más difícil de lo que él y los demás habían pensado.

Muy contrariado, Pesbroke dijo:

—Usted debe de tener un nombre... Todo el mundo tiene un nombre.

El joven tosió y se puso a mirar la alfombra, con la cara roja como un tomate.

—Todavía estoy en el grupo cuarto de reparadores, señor. Por consiguiente, aún no tengo nombre.

—Vamos a ver —dijo Cúrtland, pensando en qué clase de sociedades asignan nombres como privilegio estatutario—. Quiero asegurarme de que usted es un mecánico competente. ¿Cuántos años lleva usted reparando suiblos?

—Hace seis años y tres meses —dijo el reparador—. En la escuela secundaria obtuve la máxima calificación por mis aptitudes para el mantenimiento de suiblos —suspiró hondo—. Soy un hombre suiblo innato.

—Formidable —asintió Cúrtland, con inquietud.

No podía creer que la industria fuera tan importante que hasta se hicieron pruebas de ella en las escuelas secundarias. ¿Era el mantenimiento de suiblos considerado un talento básico?

como la habilidad manual o el conocimiento de los símbolos químicos? ¿El trabajo de reparación de suiblos se habría convertido en algo tan fundamental como el talento musical o la capacidad para concebir relaciones interesaciales?

—Bien —dijo bruscamente el reparador, tomando su valija de herramientas—, estoy listo para comenzar. Debo regresar pronto a la oficina... Tengo muchos pedidos.

BRUSCAMENTE, Pesbroke se colocó frente al delgado joven.

—¿Qué es un suiblo? —preguntó.

Ya estoy cansado de tantos estúpidos rodeos. Usted dice que trabaja en esas cosas... Bueno, pues, ¿qué son? Esta es una pregunta bastante simple. Los suiblos deben ser algo.

—Pues... —dijo el muchacho, titubeando— es difícil de contestar. Suponga... Bien, suponga usted que me pregunta qué es un gato o un perro. ¿Cómo podría responderle?

—Así no vamos a ninguna parte —interrumpió Anderson—. El suiblo se fabrica, ¿no es cierto? Usted tendrá ahí algunos croquis. Por lo tanto, démelos. El joven reparador tomó su valija de herramientas, defensivamente.

—¿Qué diablos pretende usted, señor? ¿Es ese su modo de gastar bromas? —se volvió hacia Cúrtland—. Me gustaría comenzar a trabajar... Realmente, no tengo mucho tiempo.

Parado en un extremo del cuarto, con las manos bien metidas en los bolsillos, MacDowell dijo lentamente:

—He estado pensando en adquirir un suiblo. Los chicos piensan que debemos tener uno.

—¡Oh!, seguramente —asintió el reparador, mientras los colores le volvían a las mejillas—. Me sorprende que todavía no tenga uno. En realidad, no puedo imaginar qué es lo que pasa con todos ustedes. Todos actúan... raros.

—¿De dónde se me permiten pre-

guntar, vienen ustedes? ¿Por qué están ustedes tan... tan poco informados?

—Esta gente —explicó Cúrtland— viene de una zona del país donde no hay ningún suiblo.

Instantáneamente, la cara del reparador se ensombreció con una sospecha.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Y qué zona del país es esa?

Nuevamente Cúrtland se había equivocado; de inmediato se dió cuenta. Mientras buscaba alguna explicación, MacDowell se aclaró la garganta y continuó inexorablemente:

—De todos modos —dijo—, estábamos hablando de conseguir uno. ¿Tiene algún catálogo encima? ¿Dibujos de diferentes modelos?...

El reparador respondió:

—Na traigo, señor; pero, si usted me da su dirección, le haré enviar informaciones por el departamento de ventas. Y si lo desea, un corredor puede visitarlo e instruirlo en las ventajas de poseer un suiblo.

—El primer suiblo... ¿fué puesto en funcionamiento en 1963? —preguntó Húrley.

—Eso es —las sospechas del reparador habían momentáneamente desaparecido—; y bien a punto, por cierto. Si Wright no hubiera hecho funcionar su primer modelo, no habría quedado vivo ningún ser humano. Ustedes, que no poseen suiblos, no pueden saber que... y ciertamente actúan como si no supieran... Pero si ustedes viven, es por el viejo R. J. Wright. Es el suiblo lo que permitió que el mundo siguiera andando.

Abriendo su valija negra, el reparador sacó un complicado aparato, compuesto de tubos y cables. Llenó un tambor con un fluido claro, lo cerró y apretó el émbolo.

—Comenzaré con un bombardeo de dx. Es lo que generalmente lo vuelve a poner en funcionamiento.

—¿Qué es dx? —preguntó Anderson rápidamente.

Sorprendido por la pregunta, el reparador respondió:

—Es un alimento sintético, con alta concentración de proteína. Nosotros descubrimos que el noventa por ciento de las primeras llamadas para reparaciones, eran el resultado de una dieta impropia. La mayor parte de la gente no sabe conservar sus nuevos suiblos.

—¡Dios mío! —dijo Anderson febrilmente—. Es algo que tiene una.

Las ideas de Cúrtland cambiaron en ese momento. Se había equivocado: no era precisamente un reparador quien estaba preparando el equipo. El hombre había venido a arreglar el suiblo; pero su trabajo era algo diferente de lo que Cúrtland había supuesto. No era un reparador; era un veterinario.

SACANDO instrumentos y medidores, el joven explicó:

—Los nuevos suiblos son mucho más complejos que los primeros modelos. Necesito todo esto antes de poder siquiera comenzar. Pero la culpa es de la guerra.

—¿La guerra? —repitió aprensivamente Fay Cúrtland.

—No la primera guerra, sino la grande: la del 75. La pequeña guerra del 61 no fué muy grave. Ustedes saben, supongo, que Wright fué originariamente un ingeniero militar que actuaba en... bueno, entonces la llamaban Europa. Creo que la idea le fué sugerida por la cantidad de refugiados que pululaban a lo largo de la frontera... Sí, estoy seguro de que fué así. Durante la pequeña guerra del 61, entraban por millones. Y también había otros que salían. La gente se lo pasaba yendo y viniendo de un campo al otro. Aquello era un torbellino.

—No ando demasiado bien en historia —dijo Cúrtland—. Nunca presté mucha atención en la escuela...

¿La guerra del 61 fué entre Rusia y América?

—¡Oh! —exclamó el reparador—. Fué entre todo el mundo. Rusia encabezaba el oriente, desde luego; y América, el occidente; pero todo el mundo intervino en ella. Fué, sin embargo, una guerra pequeña: no tuvo importancia.

—¿Pequeña?... —preguntó Fay, horrorizada.

—Bueno —admitió el reparador—, concedo que el tiempo que duró parecería interminable. Pero lo que quiero decir es que al final quedaron todavía bastantes edificios en pie. Y sólo duró algunos meses.

—¿Quién... ganó? —gruñó Anderson.

El reparador rió entre dientes.

—¿Ganó?... ¡Qué pregunta tan rara! Bueno, quedó más gente viva en el bloque del este, si es eso lo que usted quiere saber. De todos modos, la importancia de la guerra del 61 (y estoy seguro que así lo habrán registrado los historiadores) fué que aparecieron los suiblos. A Wright se le ocurrió su invento al observar la cantidad de gente que en aquella guerra se pasaba de uno a otro campo. Por eso, cuando en el 75 estalló la verdadera guerra, nosotros teníamos muchos suiblos. En realidad, yo diría que la verdadera guerra fué promovida por los suiblos. Fué la última guerra..., y estalló entre la gente que quería suiblos y los que no los querían. No hace falta decir que nosotros ganamos —concluyó con aire de satisfacción.

Después de un rato, Cúrtland se atrevió a preguntar:

—¿Qué les ocurrió a los otros? A los que no querían los suiblos.

—Pues —contestó el reparador, lentamente—, que los suiblos los dominaron.

Muy conmovido, Cúrtland comenzó a fumar su pipa.

—Yo no sabía nada de eso —confesó.
—¿Qué quiere usted decir? —preguntó a su vez Pesbroke, tragando saliva—. ¿Cómo los dominaron? ¿Qué hicieron los suiblos?

ASOMBRADO, el reparador movió la cabeza.

—No creí que existiera tal ignorancia en algunos círculos —era evidente que el papel de sabio le agradaba; pues sacando pecho, procedió a dar una verdadera conferencia a todos aquellos ignorantes sobre puntos fundamentales de la historia—. El primer suiblo atómico de Wright era primitivo, desde luego, pero sirvió para su propósito. Desde el principio pudo diferenciar a los fugitivos en dos grupos; aquellos que realmente habían visto la luz de la que realmente habían visto la luz de la verdad, y aquellos que no eran sinceros..., que iban a volver a evadirse, que no eran verdaderamente leales. Las autoridades querían saber quiénes de los refugiados habían venido de co-razón al oeste, y quiénes eran espías y agentes secretos. Esa fué la función original del suiblo. Pero aquello no era nada comparado con la actualidad.

—No —asintió Cúrtland, pasmado—, no tenía..., nada que ver...

—¡Claro que no! —ratificó llanamente el reparador—. Para nada sirve un procedimiento tan ingenuo. Es absurdo esperar hasta que un individuo haya aceptado la ideología contraria, y entonces confiar en que pueda arrepentirse de ella. Pero, después de la guerra del 61, sólo quedó una ideología opuesta: la de los enemigos de los suiblos —rió satisfecho—. Por consiguiente, los suiblos diferenciaron a aquellos que no querían ser diferenciados por suiblos. ¡Aquello sí que fué una buena guerra!..., porque no consistió en el disparate de arrojarse bombas y gastar combustibles. Fué una guerra científica; nada de exterminios al azar. Lo que pasó fué que los suiblos iban has-

ta los lugares más recónditos (celdas, ruinas, escondites), y descubrían a los enemigos uno por uno..., hasta que los capturamos a todos. Por eso, ahora —concluyó recogiendo su equipo—, no tenemos que preocuparnos acerca de guerras o tragedias por el estilo. Nunca más existirán conflictos, ya no tenemos ideologías contrarias. Como Wright demostró, no tiene ninguna importancia la clase de ideología que tengamos; es indiferente que se trate de comunismo, liberalismo, socialismo, fascismo o esclavismo. Lo que importa es que cada uno de nosotros esté completamente de acuerdo; que todos seamos absolutamente leales. Y mientras nosotros conservemos nuestros suiblos..., no, como nuevo poseedor del suiblo, ya habrá usted descubierto sus ventajas; ya conocerá la sensación de tranquilidad y satisfacción que produce el estar seguro de que su ideología coincide con la de todo el mundo. No hay ninguna posibilidad de que usted se descarrie, ni de que nadie pueda llegar a engañarlo.

MACDOWELL fué el primero que se puso en circunstancias.

—Sí —dijo con ironía—. Ciertamente eso parece como lo que los chicos y yo queremos.

—¡Oh, usted debería tener un suiblo propio! —urgió el reparador—. Considere que, si tiene su propio suiblo, éste lo reajustará automáticamente; lo mantendrá en la buena senda, sin ninguna clase de problemas ni contratiempos. Siempre sabrá usted que no está equivocado. Recuerde la propaganda del suiblo: ¿Por qué ser *semileal*? Con su propio suiblo, sus probabilidades serán mejoradas sin mayor esfuerzo... Pero si usted aguarda, si usted simplemente confía en estar en la buena senda..., bueno, pues, uno de estos días entrará en casa de un amigo, y su suiblo lo descubrirá y lo destruirá. Desde luego —reflexionó—, algún suiblo que ande

por ahí, puede ser que llegue a tiempo para corregirlo a usted y salvarlo. Pero generalmente es demasiado tarde: generalmente... —sonrió—, generalmente los incautos ya no tienen redención posible, cuando el suiblo los descubre.

—Y su trabajo —murmuró Pesbroke—, consiste en mantener al suiblo funcionando?

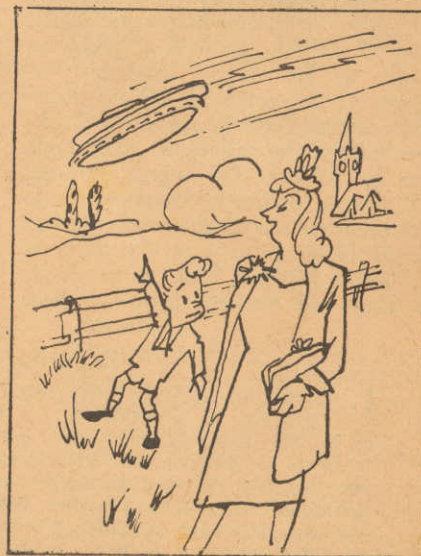
—A veces se desajustan..., si no se los cuida.

—¿No es eso una especie de paradoja? —replicó Pesbroke—. Los suiblos nos mantienen reajustados, y nosotros los mantenemos reajustados... Es un círculo vicioso.

El reparador contestó perplejo:

—Sí, ésa es una forma interesante de expresar la idea. Pero, naturalmente, debemos tener control sobre los suiblos, para que no mueran o..., algo peor.

—¿Morir? —preguntó Húrley, todavía sin entender—. Pero si son fabricados... —levantó las cejas—. ¿Son máquinas u organismos vivos? ¿Qué son?



—Ya te he dicho que no me gusta que señales con el dedo.

Pacientemente, el reparador les explicó algunos elementales principios de física.

—El suiblo es un fenotipo orgánico, envuelto en un medio protéico bajo condiciones controladas. El tejido neurológico director del suiblo está vivo, naturalmente, en el sentido de que éste crece, piensa, se alimenta, y excreta la materia residual. Sí, es eminentemente vivo. Pero el suiblo, como conjunto funcional, es un artículo manufacturado. El tejido orgánico es insertado en el cuerpo principal y queda encerrado. Por supuesto, yo no reparo eso. Yo le doy los elementos nutricios necesarios para restaurar un equilibrio dietético correcto, y procuro eliminar los organismos parasitarios que puedan invadirlo. Trato de mantenerlo ajustado y saludable. El resto del organismo es, desde luego, totalmente mecánico.

—¿Tiene el suiblo acceso directo al cerebro humano? —preguntó Anderson, fascinado.

—Naturalmente. Es un metazoario telepático, artificialmente evolucionado. Con él, Wright resolvió el problema básico de los tiempos modernos: la existencia de grupos ideológicos diversos y antagónicos; la presencia de disenso y deslealtad. Digámoslo con las palabras del famoso aforismo del general Stéiner: "La guerra es la extensión de una desavenencia que va desde la urna de votación hasta el campo de batalla". Y el preámbulo de la Carta de Servicio Mundial dice:

Regando al "vesre"

LA antigua y tradicional regadera tiene todas las razones para caer en el descrédito. La llegada del agua arriba modificadamente se ha encontrado una interesante solución a este problema: consiste en un sistema de tuberías enterrado a 40 cm. de profundidad, con tubos porosos a intervalos de un metro. De esta manera se evitan las pérdidas por evaporación, bastante importantes en otros casos, y la capa superficial se mantiene seca. En unas cinco horas se puede hacer llegar una cantidad de agua equivalente a la que se haría en 10 mm.

"La guerra, si es que ha de ser eliminada, debe eliminarse de la mente de los hombres, porque es en la mente humana donde los resquemores comienzan". Hasta 1963, el problema era insalvable.

—Gracias a Dios —dijo Fay, claramente.

EL reparador no escuchó: estaba demasiado entusiasmado con sus propias palabras.

—Mediante el suiblo —continuó—, hemos conseguido que el problema sociológico básico de la lealtad se transforme en un asunto de rutina técnica: la simple función de mantenimiento y reparación. Lo único que nos concierne es mantener los suiblos funcionando correctamente; el resto les corresponde a ellos.

—En otras palabras —insinuó Cúrtland—, ustedes, los reparadores, son las únicas influencias de control sobre los suiblos. Ustedes representan a la totalidad de la humanidad en lo que respecta a esas máquinas.

El reparador reflexionó.

—Supongo que sí —admitió modestamente—. Sí, así es.

—Excepto a ustedes, los suiblos dirigen a toda la raza humana, ¿no es cierto?

El pecho del reparador se ensanchó complaciente, lleno de orgullosa confianza.

—En efecto, puede usted afirmar que es así.

—Vea —dijo Cúrtland secamente, apretando el brazo del muchacho—. ¿Cómo diablos puede usted estar seguro? ¿Los controlan ustedes realmente?

Una loca esperanza surgía en lo íntimo de su ser: en tanto que los hombres tuvieran poder sobre los suiblos, habría una oportunidad para volver las cosas al estado anterior. Los suiblos podrían ser desarmados, desmontados, pieza por pieza. Mientras los suiblos tuvieran que subordinarse a la reparación humana, no estaría todo perdido.

—¿Qué, señor? —preguntó el reparador—. Desde luego que mantenemos el control. No se preocupe —firmemente se desató de los dedos de Cúrtland—. Dígame, ¿dónde está su suiblo? —echó una ojeada alrededor del cuarto—. Tendré que actuar de prisa: no me queda mucho tiempo.

—Yo no tengo suiblo —negó Cúrtland.

Una expresión de extrañeza y asombro cruzó el rostro del reparador.

—¿No tiene suiblo?... Pero si usted me dijo...

—Habrá sido un error —interrumpió Cúrtland, bruscamente—. Aquí no hay ningún suiblo. Es demasiado pronto... Aún no se han inventado, ¿comprende? ¡Usted ha venido demasiado pronto!

El joven parpadeó, tomó su equipo, dio dos pasos vacilantes y abrió mucho la boca antes de hablar.

—¿Demasiado..., pronto? —y entonces comprendió. Súbitamente pareció más viejo, mucho más viejo—. ¡Ya me extrañaba a mí! Todos estos edificios..., estos muebles arcaicos. En la máquina de transmisión deben haberse alterado las fases —la ira enrojeció su rostro—. Este servicio instantáneo... Yo sabía que el despacho debía volver al viejo sistema mecánico. Les había dicho que perfeccionaran las pruebas. ¡Oh, Dios, cuánto habrá que pagar! Si

alguna vez salimos de este embrollo, me sorprenderé, me sorprenderá...

Agachándose, furioso, recogió rápidamente todo su equipo; lo metió en la valija, la cerró de golpe, se levantó e hizo una leve inclinación hacia Cúrtland.

—Buenas noches —dijo fríamente, y desapareció.

El círculo de observadores no tenía ya nada que observar. El reparador de suiblos había regresado al lugar de donde había venido.

DESPUES de un rato, Pesbroke se volvió y se dirigió al hombre que estaba en la cocina.

—Ya puede cerrar el grabador —murmuró—. No hay nada más que grabar.

—¡Dios bendito! —dijo Húrley, temblando—. ¡Un mundo dirigido por máquinas!

Fay estaba temblando.

—No puedo creer que ese muchachito tenga tanto poder. Yo supuse que sería un empleado subalterno.

—Tiene todo a su cargo —interrumpió Cúrtland, secamente.

Hubo un silencio.

Uno de los chicos empezó a cabecear. Fay se volvió bruscamente hacia ellos y los envió a la cama.

—Ya es tiempo de que los niños vayan a dormir —dijo con falsa alegría.

Protestando, los dos chicos desaparecieron y cerraron la puerta tras sí. Gradualmente, la sala volvió a entrar en actividad.

El encargado del dictáfono comenzó a guardar las cintas grabadas. La taquígrafa recogió sus notas y guardó los lápices. Húrley encendió un cigarrillo y se puso a fumar, con el semblante oscuro y sombrío.

—Supongo —dijo Cúrtland, finalmente—, que todos lo aceptamos; que damos fe de que no se trata de una burla.

—En verdad —puntualizó Pesbroke—, el hombre desapareció. Eso es bastante prueba. Y todo ese cargamento que sacó de su valija...

—Faltan solamente nueve años —Pákinson, el electricista, dijo pensativamente—. Wright ya debe de estar vivo. Vamos a buscarlo y darle un buen golpe.

—Ingeniero militar, R. J. Wright —dijo MacDówell—. Será posible localizarlo. Puede ser que logremos evitar que ocurra tal fenómeno.

Fay temblaba violentamente. —Parece espantoso. Ciertamente me alegro de que no ocurra hasta dentro de algún tiempo.

—¡Oh, tú y el reparador!... —protestó Cúrtland, amargamente—. Mientras no te afecte a ti...

Los nervios sobreexcitados de Fay hicieron crisis.

—Discutiremos más tarde —dijo, y sonrió amablemente a Pesbroke—. ¿Más café? Puse más a calentar.

Girando sobre sus talones, salió de la sala en dirección a la cocina.

Mientras estaba llenando de agua la sílex, sonó el timbre de la puerta. Todo el mundo se quedó helado. Se miraron unos a otros, mudos y horrorizados.

—Está de vuelta —dijo Húrley secamente.

—Puede ser que no sea él —sugirió Anderson, débilmente—. Tal vez sean los cameramen, que al fin llegan.

Un motor cohete atómico.

EL cohete compuesto que lanzaría el satélite artificial de la Tierra sería impulsado por energía atómica. Esta noticia ha sido confirmada en los medios oficiales estadounidenses. El período preparatorio de la era interplanetaria, que va desde 1949 hasta 1957, ha sido encuadrado por dos acontecimientos esenciales: a) el lanzamiento de cohetes a la exosfera, más allá de 400 km. de altura; b) la producción norteamericana de un motor atómico para cohetes. Estos dos acontecimientos, mantenidos en riguroso secreto, se han producido, gracias a ellos podemos hablar ahora seriamente de la abstracción que se llama cohete atómico.

Pero ninguno de ellos se movió hacia la puerta. Después de un rato, el timbre volvió a sonar, más largo y más insistente.

—Tenemos que abrir —dijo Pesbroke, roncamente.

—Yo no —trinó la taquígrafa.

—Este no es mi departamento —puntualizó MacDówell.

Cúrtland fué rigidamente hacia la puerta. Aún antes de empuñar el picaporte, sabía lo que sería: un despacho, usando un nuevo equipo de transmisión instantánea; algo que enviaba a los equipos y a los reparadores directamente a sus estaciones. Así el control de los suiblos sería absoluto y perfecto; así nada andaría mal.

Pero algo había andado mal. El control había fallado. Había trabajado con las fases en sentido contrario. Aunque fútil y equivocado, era demasiado perfecto. Tomando la manija, Cúrtland abrió la puerta.

Parados en el hall había cuatro hombres. Usaban simples uniformes y gorras grises. El primero de ellos se quitó la gorra, miró una hoja de papel escrita, y luego, inclinándose gentilmente ante Cúrtland:

—Buenas noches, señor —dijo. Era un hombre forzudo, de grandes espaldas, con un mechón de pelos castaños colgando sobre su frente cubierta de sudor—. Nosotros..., esto..., nos perdimos, creo. Tardamos un poco en llegar.

Mirando al departamento, se ajustó el cinturón de cuero, guardó la carta de ruta en el bolsillo, y juntó sus manos rústicas y grandes.

—Está abajo, en el camión —anunció dirigiéndose a Cúrtland y a todos los presentes—. Díganme dónde lo

quieren y así lo traemos directamente. Necesitamos un buen espacio. Aquel lado, cerca de la ventana, puede servir —se dirigió con sus compañeros hacia el ascensor de servicio—. Estos últimos modelos de suiblos —dijo— ocupan mucho espacio. ♦

Respuestas a las preguntas del Espaciotest

Respuesta Nº 1: C. — Su autor fué Francisco Francesco, de Nápoles. No se conoce el día exacto de la observación.

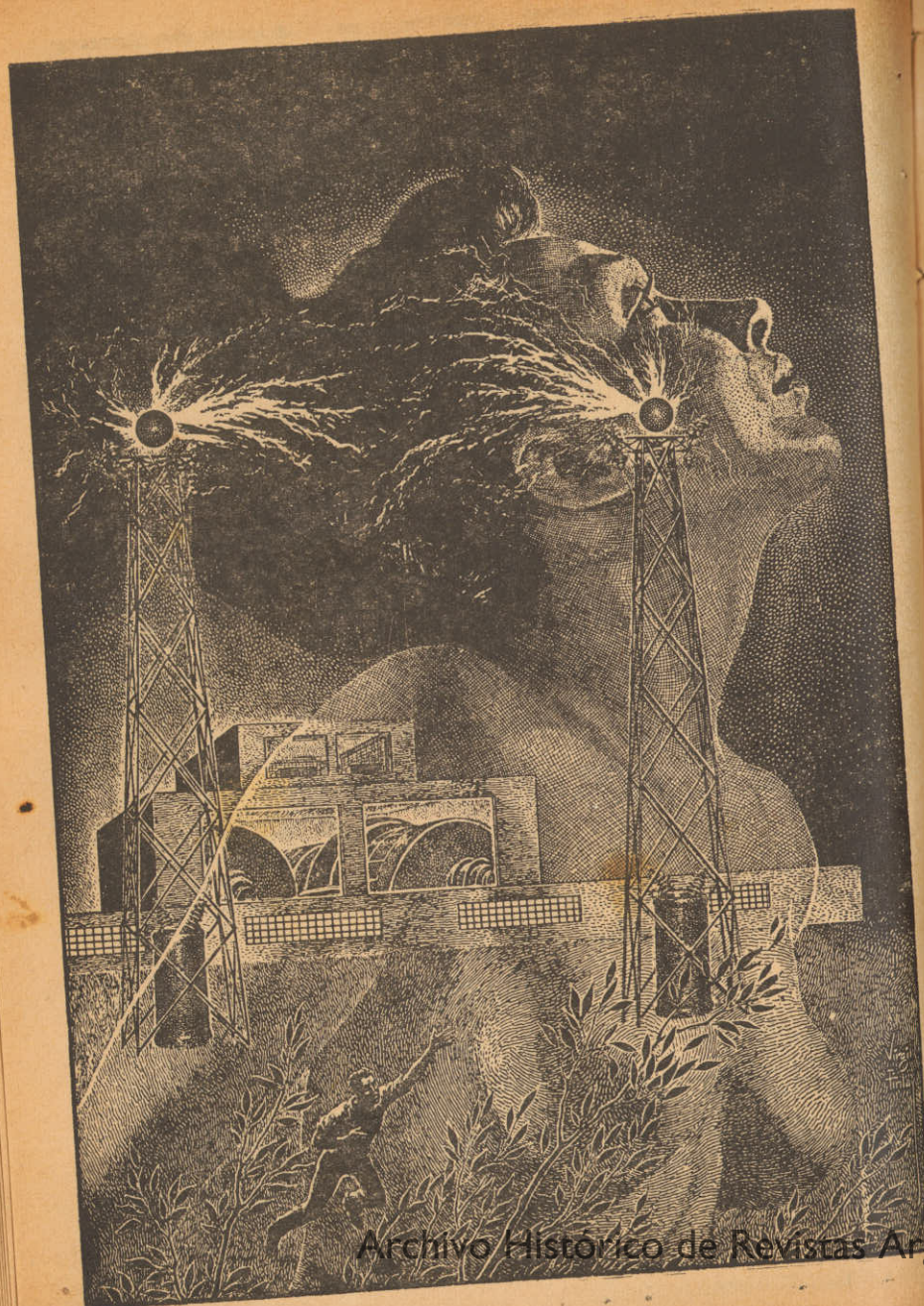
Respuesta Nº 2: B. — La distribución de los ejes mayores de las órbitas de los planetas no obedece a ninguna ley conocida.

Respuesta Nº 3: D. — La obesidad es en nuestros días uno de los males más nocivos para la humanidad. Si no hubiera cáncer, el promedio de vida de la humanidad aumentaría en un año, si no hubiera gordos, en cinco años.

Respuesta Nº 4: C. — Para algunos sabios la relación debe existir, por razones teóricas. Para otros, también por razones teóricas, dicha relación no puede existir. Todavía no hay ninguna experiencia que decida en uno u otro sentido.

Respuesta Nº 5: E. — Según las estadísticas, el país donde nacen más mellizos es Dinamarca con un porcentaje de 1,59 sobre el total de nacimientos. Estados Unidos ocupa uno de los últimos con el 1,42 por ciento.

Respuesta Nº 6: C. — Las algas son vegetales más ricos en proteínas, con una proporción de estas últimas de alrededor del 50 por ciento. Los otros vegetales alcanzan en el mejor de los casos a sólo un 20 por ciento.



LA DIMENSION

FATAL

Por HARRY BATES

Nadie sabe cómo actuarán sobre la vida las fuerzas naturales, en nuevas condiciones de tiempo, espacio, materia y gravedad.

AHORA todos sabemos que fué algo nuevo lo que ocurrió hace dos semanas en el campo de Long Island.

A muchos nos ha asustado. A otros muchos nos ha conmovido y aturdido. ¿Y por qué no? Las cuatro dimensiones del espaciotiempo nos han traicionado. Siempre fueron inseparables, y ahora ha ocurrido lo imposible.

Durante mucho tiempo, las dimensiones extra han sido conceptos abstractos usados por los matemáticos, ¡pero qué impresión nos produjo des-

cubrir que tenían realidad! ¡Qué impresión ver que los símbolos podían matar..., y matar de un modo tan fantástico!

Nunca se ha guardado tanto un secreto. Los principales científicos de la Tierra han invadido el área mortal, pero no nos dicen nada. He dicho *nos*. Soy ingeniero electricista de los laboratorios Wilson, donde ocurrió; trabajo en ellos desde que terminé mi carrera, en febrero, y sigo cobrando un sueldo; fuí el único testigo del primer fenóme-

no, y testigo principal del tercero... y aún así, ni siquiera me dejan entrar allí. Después de haberles contado lo que sé, no les sirvo actualmente de nada; no haría más que molestarlos. Por eso, aunque conozco la disposición general del campo y estoy muy al tanto de los experimentos eléctricos que se realizan en él, sé, en cambio, lo mismo que ustedes acerca de los experimentos dimensionales que ahora se llevan allí a cabo.

Ni tampoco puedo explicarme mejor que ustedes lo que sucedió allí.

Pero sí sé, y soy el único que la sabe, la historia completa del impacto de la "nueva cosa" en un ser humano, y quiero contar aquí esa historia.

Ustedes han leído ya los nombres de las víctimas. A Mary de Séllers la conocí desde niña. Me crié con su esposo Tom, del cual era su mejor amigo. Estaba en el campo con ellos, en el momento de la muerte de Mary, cuando lo "desconocido" asestó su golpe.

Eran aproximadamente las nueve y veinte de una noche muy serena. La luna llena nos permitía ver claramente los detalles más grandes del área. A unos cuantos cientos de metros de distancia, hacia el oeste, en la dirección de Nueva York, se hallaba el grupo de edificios que componían la parte interior de los Laboratorios Wilson. Entre ellos se extendía el campo empleado para los experimentos exteriores: superficie rectangular de unas tres hectáreas, campo de trigo en otros tiempos, ahora llanura cubierta de hierbas y surcada irregularmente por profundas trincheras. En un gran óvalo se erguían media docena de altas torres de hierro enrejado, y en el centro de ellas, dos más altas aún: era el área del misterio. No puedo dar más detalles. El campo estaba rodeado por una alta alambrada, donde se veían, a intervalos regulares, unos carteles que decían: No acercarse. EXPERIMEN-

TOS ELÉCTRICOS. PELIGROSO.

Cuando aquello ocurrió, yo me encontraba en el borde de una trinchera del extremo oriental del campo. Debajo de mí, en la trinchera, corría un nuevo tipo experimental de conductor eléctrico. Treinta metros más allá, trabajaban dos electricistas, en la trinchera del extremo este, asomando sólo la parte superior de las cabezas por el borde de la trinchera. Eran dos hombres encargados de anotar las alteraciones del conductor que había en aquella trinchera.

Tom y Mary se encontraban en el campo, a unos veinte metros más o menos de distancia de los hombres de la trinchera, entre ellos y yo. Hablaban en voz baja. Yo no podía oír sus palabras; pero, por sus movimientos, me dio la impresión de que había cierta tensión entre ellos; no una pelea, pero sí alguna discrepancia. Vi que Tom daba media vuelta ladeándose y que Mary pasaba por delante de él, a la luz de la luna, como si insistiera en verle la cara. El siguió apartándose, y al cabo de un momento, ella se alejó.

Cruzó el campo en dirección oeste, como si se dirigiera a la trinchera más próxima; volvió la cara para verlo; atravesó la trinchera por el puentecillo de nuevos gruesos tabloncillos; se volvió de nuevo, momentáneamente, hacia él, y después siguió por el caminito que atravesaba la ancha planicie. Tom se quedó mirando su figura que se alejaba. Cuando Mary llegó a un lugar situado entre las dos torres centrales, se volvió por última vez. Levantó muy alto el brazo y agitó la mano. La vi con toda claridad. Tom permaneció inmóvil, mirándola. Ella dejó caer el brazo. Durante un segundo, los dos permanecieron así; durante un terrible segundo, mientras el espacio-tiempo se enroscaba en torno a Mary para descargar su golpe inicial, tan inesperado y tan fantástico...

CONVENDRA que les cuente ciertos detalles acerca de Tom y Mary.

Los tres nos criamos juntos en Big Pond, pequeña ciudad de Longs Island, situada dos kilómetros al este de los laboratorios Wilson.

De niños Tom y yo éramos inseparables. Su padre tenía una granja de patos en las afueras de la ciudad. La granja era un campo de juegos inagotable. Todos los días nos entregábamos en ella a una nueva empresa de tremenda importancia: hacíamos arcos y flechas para matar gorriones (creo que nunca le dimos a ninguno); cavábamos la tierra, en busca de esqueletos indios (insistíamos en que no eran huesos de oveja); construíamos barquitos de madera, para aventurarnos entre las grandes flotillas de patos..., y otras muchas actividades más. Mary vivía cerca, pero por aquella época no era amiga nuestra; era simplemente esa criatura peculiar llamada chica; diferente, inferior, cobarde, y que sólo nos servía para divertirnos de cuando en cuando, tirándole de las trenzas. Nos bastaba amenazarla con hacérselo, para mantenerla alejada de las arenas de nuestra actividad masculina.

Cuando Tom tenía aproximadamente ocho años, su padre le regaló un caballo. En seguida le puso de nombre Pinto y lo llamaba "él". Pinto no era ni mucho menos un pinto, sino un roano rojo, un vulgar caballo de granja, y además era yegua. Desde el momento en que Tom montó en sus lomos, encaramándose por la valla, los inseparables no fuimos más Tom y yo, sino Tom y Pinto. Los dos recorrían todo Long Island. Tom no permitía que ninguno de los chicos montáramos en su caballo, porque decía que no teníamos experiencia..., que Pinto era un mestizo indomable, peligroso para todos excepto para él.

Yo monté una vez en Pinto. Había

sostenido una larga pelea a puñetazos con Tom. El no tenía razón, pero, impetuoso como siempre, se me había echado encima, levantando los puños. Aquella noche, el padre de Tom le hizo ver la verdad y envió a Tom a mi casa a pedirme perdón. El lo hizo francamente, llorando mientras hablaba..., y al día siguiente vino galopando a casa e insistió en que diera un paseo en Pinto, para hacer las paces. Fué su gesto más generoso.

El Tom adolescente era demasiado inquieto para ser buen estudiante, y después de terminar la escuela superior se convirtió en aprendiz de electricista y, más tarde, consiguió un empleo en Wilson. Yo seguí estudiando en la universidad, me gradué de ingeniero electricista, y me empleé también en Wilson. Mientras estudiaba en la universidad, el padre de Tom perdió su granja y luego murió, y Tom se fué a vivir a la ciudad. Pinto dormía en el garage de una casa vacía, en uno de los extremos de la ciudad, y pastaba en el trozo de tierra que había detrás. Tom iba a pie a su trabajo, o alguien lo llevaba en su auto.

Un buen día, Tom miró a Mary y la vió de diferente manera. Sin saber por qué, se había convertido en una Mary distinta..., retraída, misteriosa, con un repentino poder de hacer latir con fuerza su corazón. La cortejó con su impetuosidad habitual. Se casaron y alquilaron la casita del garage donde dormía Pinto. Loco de felicidad, atravesó con Mary en los brazos el umbral de la casita, entrando en una nueva vida. De eso hacía un año. Desde hacía unos meses esperaban un hijo... Yo nunca había visto un hombre tan feliz y orgulloso como él.

SE había iniciado en Wilson una serie de experimentos nuevos, y, la noche fatal, Tom trabajaba horas extraordinarias en el campo. Yo me ha-

llaba en el edificio principal cuando telefoneó el guardia nocturno, diciendo que Mary estaba allí. Vi que había venido montada en Pinto, para traerle café a Tom. ¡Estaba de un humor magnífico! Resplandecía de felicidad. Yo mismo la llevé a donde él estaba. Desde lejos, Mary llamó a Tom. Le vi salir de la trinchera y dirigirse hacia nosotros. Entonces me quedé a cierta distancia, por discreción.

Desde el lugar donde me encontraba los miré. Se abrazaron y hablaron. Me di cuenta de que había cierta tensión entre ellos. Vi que Mary le besaba en la nuca, cuando él volvió la cabeza. Tom giró sobre sus talones y le habló con viveza. Al parecer, ella aceptó su derrota; lo dejó; se dirigió hacia el caminito que atravesaba el campo, y se volvió dos veces hacia atrás. Cuando se encontraba entre las dos torres centrales, se volvió por última vez y lo saludó con la mano; pero Tom no respondió. Ella bajó el brazo y, durante un segundo, permaneció inmóvil a la luz de la luna, mirándolo. Al final de aquel segundo ocurrió la nueva cosa, y la vida de Tom quedó hecha añicos.

En el lugar donde Mary se encontraba se oyó un ligero crujido y una nubecilla como de niebla apareció en el aire. Se dispuso rápidamente, pero el cuerpo de Mary no estaba allí.

Tom y yo, desde nuestras distintas posiciones, nos quedamos mirando el lugar, con ojos muy abiertos.

Una masa ambigua fluctuaba en el lugar donde había estado antes el cuerpo de Mary. Lentamente pareció crecer. La miré, consternado. La vi redondearse. Pareció que rotaba, porque los reflejos de su superficie cambiaban a la luz de la luna. Me dirigí hacia ella; Tom hizo lo mismo, y los dos nos acercamos. Sentí que Tom, como yo, estaba terriblemente excitado; pero ninguno de los dos dijimos nada; sólo miramos y seguimos adelante.

El objeto fué creciendo lentamente. Yo me di cuenta de que venía hacia nosotros. Extendí la mano y agarré a Tom del brazo, deteniéndolo, y los dos lo vimos aproximarse.

De repente, lo reconocimos. Mis cabellos se pusieron de punta. ¡Rígidamente, vimos acercarse el objeto! ¡Era una cabeza sobre una masa indistinta de vapores a modo de cuerpo!

¡Mis ojos me decían que el objeto tenía los contornos de Mary! Estaba aislado del suelo. No cayó. Flotó hacia nosotros, a unos dos metros de elevación. La cabeza parecía sólida, substancial. Se acercó lentamente, a veces bajando medio metro o cosa así, a veces bajando otro tanto. Llegó a nosotros. Nos pasó. Al volverme, vi a Tom, inclinado, con las rodillas casi dobladas. Nunca he visto un hombre tan abatido. Pero seguía sin hablar, aunque hacía ruidos con la garganta.

Cuando el objeto pasaba junto a nosotros, girando ligeramente, la luz de la luna le dio de lleno en la cara. Era la cara de Mary; la misma cara de siempre, excepto que ahora estaba pálida e inexpresiva, pero viviente en cierto modo. . . ¡En aquel momento, los ojos que estaban cerrados, se abrieron! Creo que cambiaron de dirección; pero no nos miraron. Parecían no fijarse en nuestra presencia. La cara estaba vuelta hacia arriba; los ojos miraban las estrellas.

Lanzando un terrible sollozo, Tom corrió hacia adelante. Sin cambiar nunca de dirección ni velocidad, el objeto flotó alejándose. Le seguimos. Nos hallábamos a escasos metros de él cuando llegó a la alambrada del este. Pasó a través de ella, sin detenerse, flotando lentamente, avanzando siempre.

Saltamos y, durante un momento, nos quedamos agarrados a los alambres, viéndolo alejarse. Luego, Tom, con una repentina explosión de energía, remon-

tó la alambrada y cayó al otro lado. Yo me dispuse a imitarlo. Lentamente, con dificultad, trepé también por la alambrada, pero me escurrí en el momento de saltar, golpeé en la tierra con el pecho y la mejilla, desvaneciéndome por la fuerza del golpe.

No sé cuánto tiempo estuve allí. Cuando me puse de pie, medio mareado, y miré en derredor, no se veía a Tom por parte alguna. En el campo vi a los otros dos hombres, trabajando en la trinchera como antes, comprendí, pues, que no habían visto lo ocurrido. Pensé que debía ir en busca de Tom, y me puse en marcha en la dirección que él había tomado, atravesando un camino y la alambrada de púas hasta el otro lado del campo.

Con creciente ansiedad atravesé corriendo el campo hasta llegar a un pequeño bosque que había al otro extremo. Fui de un lado a otro, buscándole entre los árboles y llamándole, pero no pude encontrarlo.

Más allá del bosque continué en la misma dirección, saltando cercas, atravesando campos, pasando junto a los jardines del hospital general de Pemberton, y me encaminé directamente a Big Pond, donde vivíamos Tom y yo. Corrí, cuando la respiración me lo permitía, dando amplios rodeos para examinar cualquier objeto oscuro sobre el terreno, y siempre a todo correr. De ese modo cubrí los tres kilómetros que me separaban de la ciudad; pero no encontré ni rastros de él.

Al llegar a la ciudad me detuve realmente por primera vez. Cuando recobré por fin el aliento, me ocurrió lo mismo con la razón. Me di cuenta de que había presenciado un acontecimiento demasiado fantástico para ser creíble. ¿Cómo podía decirle a nadie lo que había visto? No me creerían. La gente pensaría que me había vuelto loco. Y decidí callar hasta haber encontrado a Tom.

Volví a ponerme en marcha. Anduve por las calles, preguntando por Tom; pero nadie lo había visto.

Entonces fui a su casa, lleno de la repentina y estúpida esperanza de que encontraría en ella a Mary y tal vez a Tom. La casa estaba a oscuras. Nadie contestó a mi llamada. Entré y busqué sin resultado. Un gatito vino a frotarse contra mis tobillos.

Telefoneé a los laboratorios Wilson. El guardián de noche suponía que Tom estaría aún en el campo y..., si el caballo seguía allí en frente, atado a un árbol. El hombre no había visto salir a Mary del campo, ni tampoco a mí. Cuando empezó a hacerme preguntas, colgué.

Hasta entonces, yo todavía confiaba en que lo que había visto no hubiera ocurrido realmente; pero el guardián de noche acabó con mis esperanzas.

Continué muy preocupado por Tom y por el fin que podía haber tenido su fantástica persecución. Decidí quedarme allí hasta que volviera. Desde luego, tendría que volver a casa. Después de comparar datos, iríamos juntos a informar de lo ocurrido. Me limpié el rasguño de la mejilla. Me senté a esperar. Estaba muy cansado. Transcurrió mucho tiempo, y me dormí.

CUANDO me desperté era de día. El gatito, una bolita de piel, estaba sobre mi pecho, mirándome enigmáticamente la cara. En seguida telefoneé a los laboratorios Wilson. Tom no había firmado su salida del campo, y los otros dos hombres se habían ido a sus casas, extrañados. El caballo seguía en su lugar. Yo no dije nada.

Acababa de colgar el aparato cuando sonó el teléfono. Llamaban del hospital general de Pemberton. Querían hablar con la señora de Séllers. Cuando les dije que no estaba y les expliqué quién era yo, me pidieron que fuera. Tom estaba allí y quería hablarme.

Volví rápidamente a casa, saqué el auto y fui al hospital.

Encontré a Tom en una pequeña habitación solo, atado con correas a su cama. Tenía la frente cubierta con un vendaje blanco, sobre el cual caía un mechón de alborotados cabellos rojizos. En seguida, con una vehemencia llena de esperanza y temor, me preguntó:

—Jack, ¿lo viste tú?

El también esperaba que aquello no hubiera ocurrido.

—Ocurrió —le dije—. Estuve esperando que volvieras a casa. ¿Por qué estás aquí?

Antes de que pudiera contestarme, entró una enfermera y me preguntó quién era yo. Me dijo que había encontrado a Tom cerca del State Park; estaba caído en la carretera, lastimado y delirante.

—¡Lo han atado con correas a la cama! —le dije acusadoramente.

—Estaba furioso. No hacía más que tratar de escaparse. Hasta hace un rato no nos dijo quién era. Entonces nos pidió que telefoneáramos a su mujer. También quería hablar con usted.

Tom dijo:

—Pídeles que me quiten estas correas, Jack.

—Quítaselas —le rogué a la enfermera—. Como ve, ahora está bien. Ha sufrido una fuerte impresión; eso es todo. Sé la causa de lo que pasa. Yo estaba presente.

La enfermera salió a consultar con el médico. Tom volvió hacia mí su cara torturada.

—¿Era su..., cabeza? —me preguntó como si dudara aún de su memoria.

—Sí.

—¿No ha vuelto a casa? —preguntó, esperanzado todavía, o quizá confuso.

—No. Y Pinto sigue atado frente al laboratorio.

—Entonces fué así... —dijo—, fué así realmente.

—¿Qué fué de la..., cabeza? —le pregunté.

—¡Desapareció! ¡Desapareció! ¡Se esfumó! Jack, ¿qué ocurrió?

—No lo sé. Es algo nuevo. Algo que no ha ocurrido hasta ahora.

La expresión de Tom era lastimosa. Exclamó:

—¡No era más que su cabeza! ¿Dónde estaba entonces su cuerpo?

—No lo sé. Desapareció. Se oyó aquel crujido, y luego vimos el humo..., y después, nada más.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Dónde está ella? —gritó, angustiado.

Oí ruido de pasos y tuve escasamente el tiempo de decirle.

—¡No les digas nada!

La enfermera entró entonces con un médico.

Comenzaron a discutir. Tom exigió sus ropas para poder salir del hospital. El médico me explicó que su estado físico no era bueno y que debía quedarse allí hasta el día siguiente. Finalmente convino en que podría irse por la noche, si para entonces parecía estar bien, y le dijo a la enfermera que podía quitarle las correas.

—Volveré a buscarte después de la cena —le prometí a Tom—. Procura dormir.

Con ojos desesperados, Tom me vio marchar. Pero entonces se acordó de la yegua Pinto, y me pidió a gritos que la llevara a su casa y me encargara de darle de comer.

Yo no entendía de caballos; así que fui en el auto a Big Pond, busqué a un caballerizo que conocía allí, y lo llevé hasta los laboratorios Wilson, para que él se encargara de la yegua.

Luego, como estaba en el laboratorio y tenía la obligación de informarles, decidí contarle toda la historia al doctor William Chambers, director jefe. Subí las escaleras que llevaban a su oficina, y pedí verlo. El señor Mé-

rriam, su ayudante, me hizo pasar.

El doctor Chambers es un hombre alto y delgado, amable y charlatán, dispuesto siempre a escuchar a todos. Le dije francamente lo que había ocurrido. Pero no me creyó. Se quedó sentado donde estaba y me miró largamente. No dijo ni una sola palabra, y el señor Mérriam tampoco. Les mencioné entonces los detalles que corroboraban mi historia (que Mary no había vuelto a su hogar montada en Pinto; la desaparición de Tom del campo, y su presencia en el hospital); pero él se limitó a mirarme de un modo raro. Me excitó y levanté la voz, más no me sirvió de nada. Claro está que tenía la raspadura de la cara, que no me había afeitado y que mi historia parecía ciertamente descabellada. Lo dejé, con brusquedad, antes de que pudiera decirme que estaba despedido y que tratara de ponerme en observación.

No habría podido censurarle si me lo hubiera dicho.

ANTES de dejar los laboratorios, salí al campo e hice un apresurado reconocimiento, buscando huellas del cuerpo de Mary, o alguna indicación de lo que había pasado; pero no encontré nada. Me fui entonces a casa, comí, me desnudé, me bañé, me afeité y me acosté. No pude dormir.

Después de cenar fui al hospital. Era ya de noche antes de que Tom y yo pudiéramos irnos. En el hospital le había visto guardar cierto aspecto de normalidad; pero, en cuanto subimos al auto, se dejó caer en el asiento, deshecho por la pena. Le conté que había visto al doctor Chambers y que había registrado el campo. Yo sentía mucha curiosidad por saber qué había sido de la cabeza, pero no conseguí hacerlo hablar. Seguía sumido en su amargura y, al parecer, no oía lo que yo le decía.

Cuando llegamos a su casa, siguió

sentado en el auto, con la cabeza vuelta.

—Hemos llegado —anuncié.

Al cabo de un momento, él me contestó con voz vacilante:

—Entra tú primero y..., mira si está ella ahí.

Aquello era patético. Entré y miré en todas las habitaciones, seguido del gatito, que maullaba. Los atavíos de Mary estaban por todas partes, especialmente en el dormitorio; pero Mary no se encontraba allí, como es natural, y nunca más lo estaría. Salí y se lo dije a Tom. El suspiró.

—Tengo miedo de entrar —me confesó—. ¿Te importaría que pasara la noche en tu casa?

Yo le dije que me agradaría mucho. No quería dejarlo solo en aquella casa silenciosa.

—Ahí está el gatito —me dijo—. Debe de tener hambre. ¿Quieres darle de comer? En la heladera habrá algo. Yo iré a ocuparme de Pinto.

Bajó del auto y se encaminó a la parte de atrás. Yo volví a entrar y di de comer al gatito. Luego, Tom regresó, y fuimos a casa.

Mi padre estaba allí; pero conseguimos esquivarlo y nos preparamos unas bebidas en la cocina. Después de llevarlas al living, le explicamos lo que había ocurrido.

Al principio se mostró francamente incrédulo. Cuando comenzó a creer en lo ocurrido, se afectó tanto que, al principio, no pudo hablar.

—¿Qué explicación tiene esto que ha ocurrido? —le preguntó Tom ansiosamente.

Mi padre es ingeniero mecánico; pero, naturalmente, no supo explicar nada.

—¡Lo más importante fué lo de la cabeza! —exclamó Tom—. No cayó; ¡quedó flotando! Flotó hacia el este en línea recta, atravesando la alambrada, el camino, los campos y los árboles

del otro lado; atravesándolo todo. Atravesó por completo nuestra granja. Descendió al pasar sobre el estanque y lo atravesó casi a ras de la superficie.

Yo di la vuelta al estanque. Llegué a tiempo para encontrarla en el otro lado. Luego, siguió adelante. Pero cuando llegó al lago, de este lado del State Park, pasó rozando la superficie y creo que se hundió allí, porque no la vi más. ¿Cómo puede haber sucedido eso?

Como es natural, no se nos ocurrió ninguna respuesta.

—A mí —prosiguió—, me parece que, al final era más ligera, es decir, más tenue, casi transparente, como si se estuviera disolviendo. Y hubo algo más. Pensé que comenzaba a ver los contornos del cuerpo de Mary, junto con la cabeza... vagamente...; pero no estoy seguro. Estaba ya en la mitad del estanque.

NOS quedamos sentados un momento, reflexionando acerca de lo que había dicho.

—Una cosa está clara —le señalé a mi padre—. El objeto no obedecía las leyes de la gravedad. Creo que debería decirse que *parecía* no obedecer las leyes de la gravedad: pues nada puede ser independiente de ella. El objeto no cayó. Por eso, tal vez tenga algo que ver con otras dimensiones. Algo especial relacionado con el espacio, el tiempo, la materia, la electricidad, la gravedad. No sé cómo expresarlo debidamente. Sabemos que hay dimensiones extra en las matemáticas, aunque no son más que conceptos, abstracciones; útiles en los cálculos, pero sin realidad correspondiente. Claro está que ha habido teorías e historias que trataban de la realidad material de los otros estados dimensionales. ¿Puede ser ésa la solución?

Mi padre reflexionó un momento.

—Parece lo más probable... aun- que debo decir que eso no...

da —me contestó—. Sé tanto de esas cosas como tú. Tendrás que hablar con un físico teórico.

—¡Hérmog! —exclamé—. El lo sabrá, ¿no es cierto? ¡Se ha dado tanta publicidad a su *Teoría del Campo Completo*!... Eso incluye la gravedad.

—Su teoría no es más que una teoría —dijo papá—. Más aún: se sabe que es imperfecta. Tiene un defecto.

Es algo maravilloso; un paso hacia delante de gran importancia; explica claramente algunas inconsecuencias anteriores; pero los físicos dicen que hay un fenómeno que no puede explicar. Lo llaman la *excepción*. Dicen que Hérmog está trabajando para explicar esa inconsecuencia...; él y los demás teóricos importantes del mundo.

—¿Cree que él puede explicarnos lo que ocurrió? —preguntó Tom.

—Lo dudo —dijo mi padre, que se levantó y tomó un delgado folleto de una biblioteca—. Aquí tiene su *Teoría del Campo*: veintiuna páginas, casi todas de símbolos y ecuaciones. Al final, todo se condensa en cuatro cortas ecuaciones. Y tal vez contenga algún error. Ni siquiera están seguros.

Abrió el folleto al azar, se encogió de hombros y se lo entregó a Tom. Este lo miró aquí y allá, sin saber qué hacer.

—Se han vendido miles de ejemplares, casi todos como regalos de recuerdo. En todo el mundo no hay más que un puñado de hombres capaz de comprender lo que se dice aquí; sólo los especialistas; los mejores cerebros científicos. Para el público... para usted y para mí... el libro no es más que una curiosidad; algo que impone respeto; la prueba de que el mundo es maravilloso y de que existe el genio.

Hubo un silencio mientras Tom hojeaba unas cuantas páginas.

—Entonces, ¿el secreto se encuentra aquí? —dijo con abatimiento.

—Quizás.

—¿Y casi nadie puede comprenderlo?

—Casi nadie.

—Espacio y tiempo, materia y electricidad, gravedad... No soy más que un electricista, que sólo conoce una docena de términos y ecuaciones. Aquí hay un libro entero de ellas. Y entre todas alguna que explica dónde está Mary, o lo que le ocurrió.

Tom sollozó y tiró el libro al otro extremo del sofá. Al cabo de un momento lo tomó de nuevo y empezó a hojearlo otra vez. Dijo:

—¿Sabe dónde vive Hérmog?

—En la ciudad; no sé dónde.

—Si pudiera decirme... ¿Cree que el doctor Chambers, el de Wilson, entiende esto?

—Posiblemente —le replicó mi padre—. Es un hombre muy importante en su profesión.

—No esperes ayuda de él —le previne a Tom—. Ya te dije que esta mañana no me creyó.

La conversación languideció. Vi lágrimas en los ojos de Tom. De repente, exclamó:

—Si Mary hubiera muerto simplemente, el hecho no habría sido tan nefasto. ¡Oh, ya sé que habría sido muy malo, pero no como esto! ¿Ha muerto?... Quiero decir si está muerta como los demás que mueren. ¿Pueden explicarme esto?

—Claro que ha muerto —le contesté—. Aunque su cuerpo y su cabeza existan en alguna parte, tal vez estén separados. Eso puede ocurrir en una explosión ordinaria: parte del cuerpo desaparece, y el resto se encuentra. Si están juntos (si realmente viste su cuerpo al final), pueden estar en una condición diferente, en distinto estado de la materia.

—¿Por qué no le ha ocurrido esto a nadie hasta ahora?

—Quizá porque las condiciones necesarias no existieron nunca hasta ahora —le dijo mi padre—. Nunca ha habido un campo preparado como el de

Wilson. Piense en lo que hacen: rayos artificiales... al aire libre... a gran escala. Las torres altas, los generadores, el gran campo recorrido por las trincheras con los conductores, algunos de ellos tipos nuevos que se estaban probando... todo eso es único. Los conductores pueden haber transmitido corrientes de valores altamente críticos (no necesariamente grandes, pero sí críticos), y lo que ocurrió puede haber sido el resultado de un paso funcional. En uno de los equipos, todos los valores son los usuales. Agregue un amperio en cualquier parte, y de repente hay un cambio vivo, un fenómeno nuevo... Algo así.

La explicación me parecía razonable; pero a Tom no le sirvió de nada, aquella noche. Una otra vez exclamó:

—¡Si hubiera muerto de un modo normal!... Podríamos haberla enterrado, como a los demás... con su cuerpo completo.

No había medio de consolarlo. Por fin nos fuimos a la cama. Yo llevé a Tom a la habitación de invitados y me quedé con él hasta que se desnudó y se acostó. Me fuí a mi habitación, agotado, y me dormí en seguida.

NO dormí mucho tiempo. Soñé que oía a alguien abajo, telefoneando. Al cabo de algún tiempo, me despertó un ruido en mi habitación. Cuando encendí la luz, me vi ante Tom, completamente vestido. Y me dijo:

—He descubierto dónde vive Hérmog. Voy a ir para preguntárselo.

—Por amor de Dios, vuélvete a la cama —exclamé despertándome del todo.

—El es el único que puede explicarnos lo que ocurrió.

—No creo que pueda explicarlo —le repliqué—. Y si pudiera, no lo haría. ¿Crees que puedes irrumpir así en su casa, a medianoche? Vuélvete a la cama. Ya veremos lo que puede hacerse mañana.

—No puedo aguardar, Jack... ¡no puedo soportarlo! —exclamó—. Quiero que vengas conmigo. Si no vienes iré yo solo.

Impetuoso, terco: así era Tom. No pude disuadirlo. Bastante enojado, me levanté y me vestí, pensando que mi parte en la excursión se limitaría a impedir que Tom fuera a la cárcel.

El sacó el auto del garage a la calle, empujándolo para no despertar a mi padre. Gradualmente, por el camino a la ciudad, la cólera se me fué pasando. Traté de hablar con Tom, para convencerlo de que debíamos regresar; pero fué inútil. Atravesamos el puente de Triboro y cruzamos la ciudad. Eran poco más de las dos cuando nos deteníamos frente a una estrecha casa particular de cuatro pisos, en el extremo occidental de Washington Heights, mirando al Húdson.

El barrio era solitario y desierto. En los edificios de departamentos se veían pocas luces, y ninguna en la casa de Hérzog. Me sentí como un criminal, al pensar que invadíamos la intimidad de medianoche del gran hombre, buscando la respuesta irracional que Tom deseaba. Por última vez procuré disuadirlo.

—¡No podemos hacer eso, Tom! Quien venga a abrir la puerta se pondrá realmente furioso. No querrán despertarlo. ¡Harán que nos detengan!

Pero Tom insistió tercamente:

—Hérzog está levantado. Trabaja de noche; todo el mundo lo sabe.

Yo contemporicé:

—Entonces, vamos primero a ver si hay alguna luz en la parte de atrás de la casa. Si no hay ninguna, nos volveremos.

Conseguí que me lo prometiera. Dejamos el auto y fuimos hasta un patio posterior, por un callejón de servicio que había en el edificio de al lado. Arriba, en el último piso de la casa de Hérzog, se veían dos ventanas iluminadas. Gemí. Sin decir una palabra

Tom me llevó de nuevo hacia la fachada de la casa y apretó el timbre.

Oímos cómo sonaba y aguardamos. No tuvimos respuesta. Tom llamó de nuevo, con un toque más prolongado, y repitió la llamada varias veces, pero nadie vino.

—Bueno, no podemos hacer más —suspiré aliviado—. Está trabajando, y nadie abre la puerta.

Tom probó el tirador. La puerta se abrió. Tom murmuró.

—Vamos a buscarlo —y entró.

Luego de vacilar un momento, yo le seguí, callándome mis protestas.

No se oía nada en el estrecho portal; todo el mundo parecía dormido. Una luz débil, que había en el descansillo del segundo piso, iluminaba apenas los escalones alfombrados. Subí por las puntillas. Dos luces más, en los descansillos siguientes, nos mostraron el camino, y por fin nos encontramos en el último piso.

Delante de nosotros había una puerta entornada. Por la rendija salía la luz viva de la habitación cuya ventana habíamos visto desde el patio. Tom se acercó con paso quedo, y yo le seguí. Nos vimos en el umbral de una gran habitación rodeada de estanterías con libros. A la izquierda había un escritorio y una silla. Al otro extremo, entre las dos ventanas de detrás, una mesa grande, y sentado a uno de sus extremos, leyendo, se encontraba el hombre que habíamos ido a ver.

ME quedé mirándolo. Aquel era Hérzog, el más grande de los físicos teóricos; aquélla, la cabeza famosa y extraordinaria que había aparecido miles de veces en todos los diarios del mundo. Como en las fotografías, el cráneo y la cara estaban cubiertos por pelo cerdo y uniforme, color canela, de unos dos centímetros de largo. Las cejas eran dos mechones, también de cerdas. Aquella piel hispida

que la cubría hacía parecer la cabeza más grande de lo que realmente era, y ocultaba por completo la expresión de la cara. En medio de ella se veía un anticuado par de lentes, sujetos en la nariz.

He dicho que Hérzog estaba leyendo; pero habría sido más exacto decir que estaba cotejando. A su izquierda, en la mesa, descansaba un gran libro, que él mantenía abierto y empujado con la mano izquierda; enfrente había otro, que sujetaba de modo similar con la derecha; y a su derecha, sobre la mesa, se veía un tercero: un folleto. Los anteojos colocados en el centro de aquel felpudo esférico miraban de uno a otro libro, a intervalos irregulares. Habíamos traspasado el umbral de la puerta; pero el sabio no parecía haber notado nuestra presencia.

Al cabo de un momento, Tom avanzó silenciosamente en la habitación, y yo lo seguí. Hérzog no interrumpió su trabajo. Yo estaba azoradísimo. Estoy seguro de que Tom lo estaba también, porque vaciló en importunarlo.

Nos quedamos así, quizá medio minuto, aunque a nosotros nos pareció mucho más. Luego, dirigiéndonos una mirada brevísima, Hérzog dijo en voz baja:

—Váyanse de ahí —e inmediatamente volvió a su trabajo.

Nos quedamos paralizados, como un par de idiotas. Yo estaba más decidido que nunca a dejar que Tom fuera el condenado. Transcurrió otro minuto más.

—Márchense —insistió Hérzog, dirigiéndonos de nuevo una breve mirada; y volvió tan rápidamente a sus confrontaciones, que nos hizo perder aún más el aplomo.

Sí, nos quedamos allí como idiotas, ¡pero estábamos tan sorprendidos!... Allí estaba aquel hombre único, trabajando en plena noche, a alturas inaccesibles para nosotros, mientras en de-

redor, a lo largo de kilómetros enteros, dormían dos millones de seres de la gran ciudad... Y allí estábamos nosotros, míseros desconocidos, que habíamos entrado ilegalmente en su casa, subiendo hasta su habitación (intrusos de intenciones ocultas; locos u hombres peligrosos), y él no demostraba ninguna inquietud; ni siquiera se preocupaba por nuestra presencia, y sólo se limitaba a alzar brevemente los ojos, y decirnos un par de veces:

—Márchense.

¿Qué clase de concentración, de aplomo, de valor era el suyo?

Por fin, Tom se aclaró la garganta y habló.

—Señor Hérzog...

El físico siguió consultando sus libros y, poco después, levantó los ojos:

—¿Quieren hacer el favor de irse? —nos pidió con voz ya un tanto irritada.

—Por favor, señor Hérzog... —dijo Tom—. Es algo muy importante... Hemos venido... Creo que le interesaré. —se detuvo, nervioso, desconcertado, sin saber cómo seguir.

—¡Vamos, hable! ¿Qué le pasa?

—Ha ocurrido algo... en los laboratorios Wilson de Long Island... a mi esposa... Nosotros somos las dos únicas personas que pueden explicarlo... ¡Se hallaba en medio de un campo y desapareció! ¡No vimos más que la cabeza y un contorno vago y vaporoso de su cuerpo! ¡Se alejó flotando! Yo la seguí durante kilómetros enteros. Fué anoche. Pensamos que es algo que tiene que ver con las otras dimensiones... Sí, y con la gravedad porque su cabeza no cayó: flotó... flotó a lo largo de un gran trecho, y yo la seguí. ¡Atravesó una alambrada! Ya sé que parece una locura, pero así fué.

Yo acudí en ayuda de Tom.

—Yo también lo vi. Fué como él dice. Los dos trabajamos allí: yo soy ingeniero, y él, electricista. Se lo dije al doctor Chambers, el jefe del laborato-



rio; pero no me creyó; así que hemos venido a verlo a usted porque pensamos que es la única persona que puede explicarlo.

Me detuve. Por un momento reinó el silencio, mientras Hérzog nos miraba... a mí, con mi raspadura de la mejilla; a Tom, con su frente vendada. Luego, los labios del felpudo se entreabrieron, y el hombre repitió:

—Márchense.

Al oír aquello, Tom dió un paso hacia delante.

—¡Fué realmente así! —exclamó excitado—. No estamos locos. No fué una ilusión. Desapareció. Su cabeza se alejó flotando. Era mi esposa. ¡Jack lo vio también!

Hizo una pausa momentánea y luego le contó de nuevo toda la historia, comenzando por el principio y coordinándola bastante bien. Hérzog lo escuchó sin mover otra cosa que los ojos; ni siquiera dejó los dos libros que sos-

tenía. Terminada la historia, Tom sacó el folleto que le dió mi padre: la *Teoría del Campo*, de Hérzog. Yo no sabía que lo había llevado.

—La explicación se encuentra aquí —dijo Tom—. Es su libro: su *Teoría del Campo Completo*. No puedo comprenderla; casi nadie la comprende; pero usted sí, porque la escribió. ¡La cabeza no cayó, no!... Y aquí, en su libro, figura también la gravedad. Usted entiende esas cosas. No tengo a nadie más a quien dirigirme —hizo una pausa, mientras Hérzog seguía mirándolo—. ¡Oh!, ¿no me cree?

—Creo muy pocas cosas —le dió tranquilamente Hérzog—. Creo en términos de probabilidad. Encuentro extremadamente improbable lo que me ha dicho. Yo le concedería una probabilidad en un millón. Si pudiera darle una probabilidad entre diez, tal vez me interesaría. Y lo mismo le pasaría al doctor Chambers. Ahora he oído ya su historia. A menos que tenga usted algo más que agregar a ella, tengo que pedirle que se vaya.

Tom, buscando desesperadamente un medio de continuar la entrevista, le dió:

—Entonces, finja creer que le decimos la verdad. Si fuera como le decimos, si lo fuera, ¿cómo lo explicaría usted? Creo que no puede hacerse nada... que nada me devolverá a mi esposa...; ¡pero si al menos supiera lo que le ocurrió...! ¿Ha muerto como mueren los demás? ¿Qué pasó con su cabeza? ¿Y por qué pude ver su cuerpo al final? ¡Si usted pudiera ayudarme a comprenderlo!...

Al oír aquello, Hérzog dejó caer los dos libros que mantenía sujetos y se quitó los anteojos.

—¿Comprender? —exclamó con aparente irritación—. ¿Qué es eso? ¿Cómo podemos comprender nada? La gente nace y muere. ¿Entiende usted eso? Yo no. Algunos hombres mienten, enga-

ñan y matan; otros mienten muy poco y no matan. ¿Comprende eso? Pues yo no. Un ratón encuentra un pedazo de queso y se lo come. ¿Lo entiende usted?... Ni yo tampoco. Yo levanto un libro, lo suelto, y se cae al suelo. ¿Cree que yo comprendo eso? Pues no lo comprendo en absoluto.

Al pronunciar las últimas palabras tomó los dos libros y volvió inmediatamente a su trabajo. Al cabo de un segundo, nos despidió con una decisión tan repentina y rotunda como un estallido.

Murmurando excusas y gracias, salimos de la habitación. Yo me encontré en el auto, sin que pudiera recordar cómo había llegado hasta allí.

DURANTE nuestro regreso por la ciudad, Tom siguió sentado junto a mí, con la cabeza baja, abrumado. Por fin murmuró:

—Ni siquiera él lo comprende. Nadie lo comprende...; ¡nadie en este mundo!

Se hundió en sus pensamientos. Mientras cruzábamos el puente de Triboro Bridge exclamó de repente:

—¡No es justo que desapareciera así!

En aquel momento, no comprendí lo que quería decir. Me dediqué a consolarlo, y mis palabras pusieron al descubierto una pena más honda.

—No debería haber desaparecido entonces —dijo—. No fué justo. Me pilló desprevenido. Las cosas no marchaban muy bien entre nosotros. Y ahora, nunca podré arreglarlo.

Le pregunté varias veces qué quería decir con aquello. Por fin, se serenó un poco y me explicó:

—Pasó algo entre nosotros, en el campo. Yo me enojé. Ella me saludó con la mano..., ¡y yo no le contesté! Y ahora ha desaparecido, y nunca más podré hacer nada para arreglarlo.

A la luz de los faros pude ver que había lágrimas en sus mejillas.

—No puede ser gran cosa —me aventuré a decir—. Ella no estaba enojada contigo. Recuerdo que cuando vino me pareció maravillosamente alegre y feliz.

—¡Esa fué la causa! —exclamó—. Nunca la había yo visto tan afectuosa delante de los demás. Me trajo un termo de café, sin que yo lo necesitara; pues yo salía a las doce. Pero ella quería verme; no por nada especial, sino porque simplemente quería verme. No quería esperar ni siquiera tres horas. Vino montada en Pinto. Tú saber que le tenía un poco de miedo; pero no pudo esperar las tres horas y vino montada en Pinto, para traerme el café, porque quería estar unos momentos conmigo... Oí su voz. Ella se me acercó corriendo, y yo le salí a su encuentro. Nos besamos. Le dije que no necesitaba haber venido; pero ella me contestó: "Quería venir". Nos quedamos allí, casi abrazados; pero yo me sentía incómodo, porque pensaba que los muchachos podían estar mirando y no quería que nos vieran tan afectuosos. En eso soy muy raro: nunca pude mostrarme tierno delante de los demás, especialmente delante de los muchachos... Jerry se estaría riendo de mí un mes. Mary lo sabía muy bien; pero, aquella noche, no parecía importarle. Cuando menos lo esperaba, me besó en la nuca. Me enojé. ¡Dios me lo perdone, pero me enojé! No quería que los muchachos vieran aquello. Estaba avergonzado. ¡Piensa en eso! ¡Yo, el hombre más afortunado del mundo!... ¡Pero cómo podía esperarme lo que iba a ocurrir! Me enojé, pero ella no le dió importancia. Se sentía contenta, desbordante de afecto. Creo que debía de ser por el niño; pues en casa se ponía muchas veces así, desde que supo que íbamos a tenerlo. Por eso me enojé; y cuando se marchó y se volvió desde lejos para saludarme con la mano, yo no le contesté. ¡Oh, Jack, lo que hice

fué algo terrible! Pero todo se habría arreglado cuando yo hubiera vuelto a casa. Me entusiasmaba que ella fuera así, pero no quería que lo hiciera delante de los muchachos. Me saludó con la mano, y yo me quedé allí, sin hacer nada ¡Dios mío, ella me saludó con la mano, y yo no le contesté!... Y entonces ocurrió el accidente.

Yo le dije:

—Nadie podía saber que iba a ocurrir. Fué una mala suerte que ocurriera entonces

¡Qué frías resultaban mis palabras! No podían influir en él. Durante algún tiempo, permaneció silencioso; luego, exclamó de repente, en voz baja:

—¡Si al menos hubiera muerto simplemente!... Quiero decir que, si te había que morir, habría sido mejor que se hubiera puesto enferma y yo la hubiera cuidado y hubiera sido bueno con ella, antes de que muriese. Y luego, la habría enterrado y habría sabido dónde estaba. Pero de este modo... ¿Dónde está? ¿Ha muerto como mueren los demás? ¿La volveré a ver cuando yo muera? ¿O estará en otra parte?

Yo le aseguré que la vería.

—Pero se ha ido..., ha desaparecido; excepto que...

—Es igual.

De nuevo volvió a guardar silencio unos momentos, y a la luz de los faros lo vi erguirse en el asiento, fijando tristemente los ojos en un punto situado frente a él.

—Tuve que seguirla —dijo—. Me pareció que sufría; por lo menos, al principio. Sus ojos se abrieron... ¡Oh, eso fué horrible! Me imaginé que veía moverse sus labios. Creí que iba a decir algo, o intentarlo; pero sólo fué un momento. Luego, flotó hacia adelante. Yo no podía comprender la expresión de su cara. Sin embargo, me esforcé en comprenderla; corrí y miré; miré; me caí, me levanté; corrí en torno a ella, mirándola conforme daba vueltas, pe-

ro no pude comprender nada. ¡Sus ojos se abrieron y se cerraron varias veces! Yo estaba espantado. Durante un rato, tuve náuseas. Pero ella no dijo ni hizo nada; realmente, no parecía que quisiera hablar; ni siquiera que se diera cuenta de que yo la seguía. ¿Cómo pudo pasar a través de la alambrada... y de los árboles? Parecía sólida, excepto al final; pero puedo haberme equivocado. ¿Por qué se hundió en el agua?

Lo único que yo podía decir es que nadie era capaz de explicar esas cosas. Le dije:

—Era algo nuevo; pero eso no quiere decir que se tratara de algo fuera de la Naturaleza. Es simplemente que está más allá de nuestra comprensión. Recuerda lo que dijo Herzog: ni siquiera comprendía por qué el ratón come el queso, o por qué cae el libro al suelo. No explicaría nada el decir que el libro cae por causa de la ley de gravedad o que el ratón come el queso porque tiene hambre.

Seguí hablando así, un rato. Pero no podía calmarlo.

—Sí, fué algo nuevo..., y tuvo que ocurrirle a Mary..., y ocurrir en el preciso momento en que no debería haber ocurrido. Me pilló desprevenido. Me dejó con un sentimiento de culpabilidad, y ahora no puedo hacer nada por remediarlo. Nunca podré sincerarme con ella. Nunca podré decirle que estoy arrepentido; no podré, no, en todo lo que me resta de vida. Y eso no es justo.

Claro que no lo era..., ¿pero acaso lo es algo en la vida?

Por último, Tom fué volviéndose más silencioso y amargado.

Me pidió que lo dejara en su casa. Detuve, pues, el auto delante de ella. No quería dejarlo solo; pero él insistió, y yo le dije que durante el día pasaría a verlo. Cuando llegué a casa, la aurora clareaba en las copas de los árboles.

Aquel era el día en que la "nueva cosa" iba a descargar otro golpe.

ME desperté a las once. Llamé en seguida a Tom, pero no obtuve respuesta. Después de vestirme y desayunar, fui en el auto a su casa. Lo que vi, me dejó aturdido y mudo.

Parecía que un tornado había pasado por allí. Todas las ventanas estaban destrozadas. Alrededor de la casa se veían montones de ropas rasgadas y muebles rotos. Cerca de ella había pequeños grupos de vecinos, mirándola con la boca abierta y hablando. Salí del auto. Pregunté qué había pasado.

Me dijeron que Tom se había vuelto loco. La policía se lo había llevado. A eso de las seis y media, había empezado a arrojar cosas por la ventana. Había perdido por completo el dominio de sí. Rompió mesas; tiró por las ventanas sillas, lámparas y cosas parecidas; destrozó contra la pared su aparato de radio y televisión; subió corriendo al piso de arriba y rompió todas las ventanas; tiró por ellas la ropa de cama, los vestidos y los zapatos, y luego fué destrozando todo lo que encontraba a su paso.

Cuando llegó por fin la policía, la devastación había terminado. Lo encontraron en la puerta, sosteniendo cuidadosamente en sus manos el cuerpo de un gatito muerto, cuando iba a llevarlo al cubo de la basura. Me dijeron que tenía la cara y las manos ensangrentadas; las lágrimas le corrían por las mejillas, mezclándose con la sangre, y a veces decía cosas que ellos no pudieron comprender; pero, al parecer, le había pasado ya la violencia del ataque. Lo habían llevado a la comisaría de Pémberton; y alguien dijo que de allí lo habían trasladado a la sala de psicóticos del hospital general de Pémberton, donde lo tenían en observación. No se había resistido.

Entré en la casa. Miré por todas par-

tes. El piso bajo era un verdadero desastre. Arriba, igual. En el dormitorio no había más que el marco de la cama y un montón de fragmentos (maderas cristales, ropas); la ventana era un rectángulo vacío y el colchón estaba caído sobre el suelo.

Quedé abumado. ¡Pobre hombre! Busqué el teléfono; pero estaban arrancados los hilos.

En casa de un vecino, llamé al hospital. No quisieron decirme nada más, excepto que había ingresado allí.

Fuí al hospital. No me dejaron verlo; pero el jefe de psiquiatría quería verme, y me llevaron a donde él estaba.

Me dijo que, por el momento, Tom estaba en una celda solitaria, razonable y arrepentido, pero amargado y melancólico. Me dijo también que no hacía más que preguntar por mí. Después, el médico se dedicó a sonsacarme todo lo que yo sabía de la vida de Tom en general, especialmente respecto a la causa de aquel ataque. Pero dejó escapar que había estado tratando de localizar a la mujer de Tom; y, por cómo lo dijo, comprendí que Tom no le había contado nada de lo ocurrido; así que me callé también el incidente. El doctor parecía muy disgustado por la falta de información. Desgraciadamente, sabía que habían llevado a Tom al hospital, el día antes. Me dijo que Tom estaba bajo observación, y no me permitió verlo.

Aunque me preocupaba Tom y su internamiento, volví a casa. Allí medité una táctica para conseguir verlo y, después de la cena, volví al hospital, a ver de nuevo al médico. Le conté que Tom había sido siempre normal, pero que había sufrido una fuerte impresión y que cualquiera habría estallado en circunstancias parecidas; le dije que la mujer de Tom se había ido y que nadie podría interrogarla; le aseguré que yo tenía todos los informes necesarios para dejar en claro el asun-

to, pero que antes, tendría que permitirme hablar en privado con Tom, porque yo no hablaría sin permiso de él. Conseguí que accediera a mi petición. El mismo me llevó a través del pabellón de psiquiatría, hasta el lugar donde se encontraba Tom.

POR el camino me fui fijando en todo lo que veía. Los corredores por donde pasamos estaban guardados (al parecer), por parejas de enfermeros con batas blancas. La mayoría de las puertas estaban abiertas, descubriendo habitaciones parecidas a las de cualquier vivienda. Había una gran sala de donde venía ruido de música y voces. Acorté el paso al pasar frente a ella, y vi que dentro había unas cien personas, hombres y mujeres, todos vestidos con trajes de calle, en su mayor parte bailando y, al parecer, muy divertidos. Por su aspecto, aquello parecía un baile normal, aunque los hombres y las mujeres eran, por lo general, de bastante edad. Me acerqué al doctor y le pregunté qué era aquello.

—El baile semanal —me contestó—, para los internados que han mejorado lo suficiente. En lo posible, ofrecemos a los enfermos el mismo ambiente de relaciones sociales normales que tendrían fuera de aquí. La única diferencia es que tenemos que protegerlos de todo lo que pueda alterarlos.

—¿Pero no es peligroso dejarlos que se reúnan así? —le pregunté.

—Es muy bueno para ellos.

—¿Y si se portan de un modo irracional unos con otros? ¿Qué pasaría si algunos se volvieran violentos? ¿No los imitarían los demás?

—Pasa a veces, pero es poco corriente y no hace mucho daño. Todos saben por qué están aquí, y no les extrañan ciertas cosas. Comprenden que su salida del hospital depende de su conducta. A la mayoría de ellos les gusta bailar. Como es natural, muchos

cientes están clasificados de distintos modos. Conforme van mejorando, los ponemos en grupos más avanzados y se les anima a tomar parte en mayor número de actividades.

Todo aquello era nuevo e interesante para mí. Tomamos un ascensor hasta el cuarto piso. Allí, las habitaciones no tenían puertas. En el corredor había otra pareja de enfermos vestidos de blanco. Un poco más allá, nos detuvimos, al llegar frente a una de las habitaciones sin puerta.

ERA una celda de reclusión. Vi que las paredes no estaban acolchadas como yo había esperado, sino que eran planos lisos de plástico en dos tonos de marrón. No había ninguna ventana en la habitación, y en ésta se veía un solo objeto: una plataforma grande, baja, cubierta de lona, sujeta firmemente al centro de la pieza.

En un rincón de la plataforma, sentado, con los brazos en torno a las rodillas, se hallaba Tom. Iba vestido con pijama. Debajo del mechón rojizo de la frente llevaba un nuevo vendaje, y en su cara y manos se veían manchas oscuras de toques de yodo. Su cara tenía una expresión hosca y amarga. Sentado de aquel modo, parecía una nueva y peligrosa clase de hombre: no. Pero no tenía nada de peligroso: no era más que mi antiguo y juvenil amigo Tom, impetuoso, desgraciado, mortalmente apenado, y ahora en un aprieto. Al verme, su cara se suavizó, bajó de la plataforma y se acercó a mí.

El psiquiatra nos mostró claramente que estaba dispuesto a oír lo que se decía; pero yo insistí en nuestro acuerdo y le obligué a situarse fuera de la puerta, en un lugar donde podía vigilarnos, mientras Tom y yo nos retirábamos al rincón más apartado de la habitación y comenzábamos a hablar en voz baja.

—¿Sabes lo que hice? —me preguntó Tom con timidez.

—Sí, estúpido —le repliqué—. Creo que estás realmente loco.

—Quizá lo estuve —dijo, haciendo una mueca— durante un corto tiempo. Pero no aguantaba más, Jack. Estaba a punto de estallar. Las cosas de Mary por todas partes... Recordé otras mil cosas: nuestros planes, el hijo que íbamos a tener... y que ahora ella había desaparecido de aquel modo. Eso fue lo que me puso así. Comencé a romper y a romper... Aquello me aliviaba. En cuanto terminé con todo, volví a ser el mismo de siempre.

—Bueno, lo siento mucho. Toda tu casa está deshecha. Ni ha quedado ni un cachivache útil.

—No me importa. Nunca más podría volver a vivir allí.

—Por lo visto, durante algún tiempo vas a vivir en esta plataforma —le dije.

El pensamiento no pareció agradarle. Me dijo que cuando llegó la policía, él estaba ya completamente bien; que ni siquiera habían tenido que darle un sedante. Me dijo que, a pesar de eso, había intentado escaparse, pero que le fue imposible por la vigilancia de los enfermeros. Y me contó cómo trabajaban.

—Parece fácil escaparse... No hay puertas, ni enfermeros cerca de uno; pero no puede hacerse. Lo intenté dos veces, pero ellos me detuvieron y me trajeron aquí de nuevo; sin hacerme daño, desde luego, y hasta sin enojarse. Saben jiu-jitsu y son hombres fuertes. Me lo explicaron todo. No tienen puertas porque así los enfermos no se sienten enjaulados y abandonados, y también para estar al tanto de lo que pasa. Uno está en perfecta libertad de intentar escaparse; puede intentarlo; pero entonces ellos lo prenden y lo vuelven a traer aquí; siempre sin hacerle daño, por más cosas que uno les

haga. Se puede intentar cincuenta veces, y las cincuenta lo traerán de vuelta. Dicen que todos los enfermos, por locos que estén, aprenden muy pronto lo que no les conviene salir de esa puerta.

—No le hablaste de Mary al médico, ¿no es cierto? —le pregunté.

—No. No estoy tan loco. Me dejarían encerrado aquí para siempre. ¿Le hablaste tú?

—¡Oh, no! Entonces me habrían encerrado a mí. Pero ahora tenemos que idear algún medio para que salgas de aquí. El médico empieza a mostrarse impaciente.

—¿Y qué podríamos decirle? —me preguntó melancólicamente Tom—. Desde luego, no creería la verdad.

Antes no se me había ocurrido ningún plan y en aquel momento tampoco se me ocurría. Por un momento nos quedamos mirándonos lúgubremente, buscando alguna idea. Al ver que estábamos callados, el médico entró de nuevo en la habitación.

—¿Y bien?

—Mi amigo no me permite que le diga nada —le declaré—. Los dos podríamos explicarle lo ocurrido, y si usted nos creyera, lo dejaría marchar; pero no nos creería. No sabemos qué hacer.

Aquello no le gustaba al médico. Yo proseguí:

—Pero los hechos que a usted le conciernen son muy sencillos. A mi amigo le ocurrió algo anteanoche. Yo mismo lo vi. Tuvo un ataque de desesperación, y lo han traído aquí. Si yo le dijera a usted lo que vi la otra noche, me pondrían en la habitación de al lado.

El doctor sonrió, se encogió de hombros y meneó la cabeza. Yo insistí:

—¡Lo que ocurrió no le concierne a usted! Este hombre en normal, aunque impetuoso. Tuvo un arrebato, porque le ocurrió algo terrible; pero eso ha terminado ya. No hay ningún peligro en dejarlo marchar.

Mientras yo hablaba, el gesto del médico cambió. Me miró a los ojos y me preguntó:

—¿Dónde está la mujer de él?

Fué una pregunta embarazosa. Me imaginé a Tom encerrado en aquel lugar, durante semanas enteras, mientras la policía buscaba a Mary..., o su cadáver. Yo vacilaba, buscando la mejor respuesta, cuando el silencio general del ambiente se rompió, y el médico volvió la cabeza para escuchar. A lo lejos, en alguna parte, una mujer había comenzado a gritar con tan agudos gritos que helaban la sangre. Otros gritos se unieron en seguida a los suyos. Inmediatamente se produjo una gran confusión de gritos, chillidos, voces y lamentos. En algún lugar del edificio ocurría algo que excitaba terriblemente a los enfermos. Parecían aterrados.

Por un momento, el médico vaciló; luego le dijo a uno de los enfermeros:

—Venga conmigo.

Y los dos echaron a correr hall abajo. Entonces se oyó el estridente sonido de un timbre de alarma.

Al mismo tiempo, alguien comenzó a aullar como un frenético. El enfermero que quedaba me gritó:

—¡Cuide de su amigo! —y desapareció de allí.

Yo corrí a la puerta y lo vi luchando con un enfermo que se encontraba varias puertas más allá. Inmediatamente me volví hacia Tom y le dije:

—¡Esta es tu oportunidad! ¡Vamos!

Echamos a correr por la galería, hacia los ascensores, sin hacer caso del enfermero que nos gritaba que nos detuviéramos. Cerca de los ascensores se encontraba la salida de incendios. Comenzamos a bajar por ella, de dos en dos escalones. El ruido del pánico distante se iba intensificando. Al llegar al piso bajo, abrí la pesada puerta y asomé la cabeza.

EN el corredor reinaba la más absoluta confusión. Veintenas de pacientes iban de un lado para otro, cometiendo toda clase de excesos: riendo, llorando, gimiendo, gritando, chillando y haciendo toda clase de gestos. Era una locura colectiva en una casa de locos. No puedo describirla de ningún modo.

Nos aventuramos entre ellos. Unos cuantos enfermeros se ocupaban en atender a los pacientes, pero se veían frente a un trabajo impropio. Atravesé aquel horror todo lo rápidamente que me fué posible, conduciendo a Tom más allá de la habitación donde antes se bailaba. Entonces vi que el pánico se había iniciado entre los bailarines. En la sala había aún veintenas de pacientes. Dos de ellos se retorcián en el suelo, presas de un ataque. Otros corrían locamente de acá para allá, con los ojos muy abiertos, aullando, señalando al techo, agitando los brazos y gritando disparates. Pero yo vi todo aquello en una sola mirada, porque seguimos marchando a lo largo del corredor.

Hasta entonces, todos los pacientes que había visto iban con trajes de calle; después comencé a ver algunos en pijama, que parecían venir de otro corredor. Mientras nos abríamos paso entre ellos, a codazos, un enfermero, momentáneamente libre, quizo echarse encima de Tom. Yo extendí el brazo para impedirlo, y mientras él se tambaleaba, nos escabullimos entre un grupo de enfermos enloquecidos.

Durante todo aquel tiempo, casi no había prestado atención a lo que gritaban los pacientes, ya que todo era disparatado. Por consiguiente, yo no tenía ni idea de lo que había causado el pánico. Bastante ocupación teníamos con bregar por abrimos paso a través de tantos locos.

Llegamos a un punto donde el corredor comunicaba con las oficinas de recepción. Me bastó una mirada para

ver que las puertas estaban guardadas. Retrocedí de nuevo al corredor y entré en una de las habitaciones exteriores. Tom pareció leerme el pensamiento, pues mientras yo corría a una ventana, él corrió a otra. Unos segundos más tarde nos hallábamos fuera, sobre el césped.

—Sígueme —le dije a Tom—. He traído el auto.

Atravesamos corriendo el jardín hasta la puerta, Tom vestido con su pijama, pisándome los talones; y unos minutos más tarde, tenía a Tom en mi casa. Mi padre no se encontraba en ella. Lo primero que hice fué poner la radio, porque sabía que transmitirían un boletín avisando a Long Island respecto a la fuga de Tom. Acababa yo de preparar un par de bebidas cuando lo transmitieron. El locutor dijo:

—En el pabellón de psiquiatría del hospital general de Pémber-ton ha habido un pánico. Todavía no se ha podido dominar a los enfermos. Un número indeterminado de locos ha conseguido escapar. Se avisa a sus parientes y a los residentes de Long Island en general, para que los busquen. Lo mismo pueden ir vestidos con trajes de calle ordinarios que con pijamas. Si ven a alguien que se conduce de un modo anormal, deténgalo y, de ser posible, avisen a la comisaría más cercana. Procedan con tacto y cautela, síganles el humor y no se asusten. Tal vez estarán excitados, pero en su mayor parte no son peligrosos.

Luego leyeron una lista de las comisarías cercanas y de sus números de teléfono.

No dieron ninguna noticia especial sobre nosotros.

Hablamos. Tom estaba cada vez más abatido, y yo traté de animarlo.

Veinte minutos más tarde, cuando bebíamos la segunda copa, transmitieron un segundo boletín que nos causó una impresión terrible. Interrumpiendo

un programa de música de baile, el locutor dijo:

—Según las noticias que han llegado a nuestra sala de redacción, lo que causó el pánico entre los enfermos mentales del hospital general de Pémber-ton fué una alucinación general. Ocurrió entre un grupo de unos cien pacientes que estaban reunidos en un baile. Los enfermos dicen que, cuando bailaban, vieron de repente aparecer dos cabezas en uno de los extremos de la habitación, pegadas casi al techo. Ambas eran cabezas de hombres, una de ellas con pequeño bigote. *Los objetos flotaron hasta la pared de enfrente, y la atravesaron.* El pánico se inició inmediatamente. El doctor R. A. Connolly, jefe del departamento psiquiátrico, declara que el pánico fué producido por histerismo contagioso. El doctor Connolly se encuentra ahora en el hospital. Los enfermos están siendo rápidamente dominados. Se cree que huyeron unos pocos. Los jefes del hospital nos aseguran que el incidente ha terminado. Se está interrogando a los enfermos y a los enfermeros, para tratar de descubrir cómo se produjo la alucinación.

TOM y yo nos miramos espantados. La "nueva cosa" había descargado otro golpe. Había ocurrido un segundo acontecimiento extraordinario, y dos seres humanos más habían sido arrebatados. Tom me dijo, en voz baja:

—Eran mis compañeros. Jerry usaba un pequeño bigote. Eran Jerry y el viejo Williams. Sucedió a la misma hora de la noche, y ocurrió lo mismo que con Mary. Deben de haber estado en el mismo lugar del campo.

—Y las cabezas siguieron la misma dirección —comenté yo—; esta vez, atravesando el pabellón de psiquiatría del hospital; la otra, pasando por el campo limítrofe.

—Así que he asesinado a dos per-

sonas más —murmuró Tom.

—¿Por qué dices eso?

—Yo debería haberles avisado a los dos; haberles contado lo que le pasó a Mary.

—No te habrían creído.

—Tal vez no; pero ellos, no debían haber pasado por ese sitio. Al menos, mi deber era procurar evitarlo. Pero ni siquiera pensé en ellos. En lo único que pensaba era en Mary. Y ahora ellos han desaparecido también.

Significó así, acusándose de un modo morboso. Yo le dije.

—¡Pero Tom, si estuviste todo el día en el hospital!... Yo avisé al laboratorio; lo hice por ti y por mí; pero el doctor Chambers no quiso creerme. Y no le censuro por ello. ¡Pues si nosotros mismos no nos atrevimos a decirlo en el hospital! Habría sido inútil. Lo que ocurrió fué algo nuevo, y no podíamos suponer que se repitiera... Vamos, no pienses más en eso. Tenemos que hablar con alguien, y no va a ser muy sencillo. Tú eres un fugitivo de un manicomio, y yo he cometido el crimen de ayudarte a escapar. Ni siquiera tienes ropas... Mira como vas: en pijama. Lo único que te queda en este mundo, está en la sala de recepción del hospital, en manos de los enfermeros; y finalmente vendrán a buscarte aquí. Tenemos que irnos de esta casa pero primero tengo que procurarte alguna ropa. Las mías te estarán anchas, muy anchas; pero no puedo darte otras. Ven arriba.

Le hice ponerse uno de mis trajes viejos; uno que yo llevaba cuando estaba más delgado, pero que, aun así, no le sentaba muy bien.

La conducta de Tom empezaba a preocuparme, porque tendía a hablar de un modo enfermizo y se movía como un sonámbulo. Cuando traté de animarlo (por ejemplo, bromeando acerca de cómo le sentaba el traje), ni

siquiera pareció darse cuenta de lo que le decía.

Mi idea era irnos a cualquier sitio, en el auto, y trazar allí nuestros planes; pero cuando salíamos, sonó el teléfono. Algo me impulsó a contestar, y me alegré de haberlo hecho. Era el doctor Chambers, jefe del laboratorio Wilson. Me preguntó:

—¿Se ha enterado de lo que ocurrió en el hospital de Pémberton?

—Sí, señor—le repliqué.

—El portero de noche oyó el boletín de la radio y se lo dijo a Mérrim, el cual confirmó la noticia por teléfono. En efecto, hubo un pánico, causado por dos cabezas que flotaban y dos cuerpos distintos... ¡dos más! ¿Qué va a ocurrir? Claro está que no fué más que una alucinación colectiva; pero Mérrim dice que dos de nuestros hombres que trabajaban en el campo, han desaparecido... ¿Y por qué los enfermos habrán tenido la misma alucinación que usted? Voy a ir ahora mismo al laboratorio. Quiero que usted se reúna allí conmigo. Busque a Tom Séllers y llévelo también. ¿Dónde está ahora?

—Aquí, conmigo —le repliqué y, brevemente, le puse al corriente de su internación en el hospital y de nuestra huida.

—¿Ha vuelto su esposa? —me preguntó.

—No... y ya sabe usted por qué.

—¡Dios mío! Bueno, tráigalo. Salgan en cuanto puedan. No hablen con nadie. ¿Se lo han contado a alguien además de mí?

—Sólo a mi padre. Pero yo le pedí que no hablara de ello con nadie.

—¡No se lo digan a nadie más! ¡No queremos que nos tomen por estúpidos! Claro está que tiene que haber una explicación razonable. Oiga: le portero dice que una de las cabezas tenía un pequeño bigote; y según Mérrim, uno de los hombres que trabajaban en el campo, tenía también un pequeño bigote. Pregúntele a Séllers si es así.

un pequeño bigote. Pregúntele a Séllers si es así.

—Ya me lo ha dicho. Así es. Y yo también conozco al hombre. Es Jerry.

—¿Qué está ocurriendo realmente?... Bueno, ahora voy para allá. Salgan en seguida.

Colgó. Yo le expliqué a Tom mi conversación y me dirigí hacia la puerta. El me seguía con lentitud. En su cara había una mueca extraña.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—A lo mejor, el doctor Chambers puede devolverme a Mary —dijo.

—¡Oh, basta ya, Tom! ¡Tu conducta no es normal!

—Tampoco fué normal lo que ocurrió —me replicó él—. ¿Y si el hecho de verla nosotros no hubiera sido más que una alucinación?... Si no ha muerto, tal vez haya un modo de conseguir que

vuelva. He leído cosas parecidas. Puede estar en otra dimensión.

Mi irritación se convirtió en lástima.

—Tom, Mary ha desaparecido. ¿Por qué sigues torturándote? Todo ha terminado. Mejor será que te habitúes a esa verdad.

Conseguí que subiera al auto. Se mantuvo en silencio, y comprendí que mis palabras no le habían hecho impresión.

MERRIAM salió a recibirnos en el laboratorio. Acabábamos de llegar al segundo piso cuando oímos el auto del doctor Chambers, que llegaba. Un momento después, Chambers se reunía con nosotros.

—¿No han encontrado a esos dos hombres? —le preguntó a Mérrim.

—No.



El doctor Chambers meneó la cabeza y dijo:

—Si alguna de las esposas de ellos llama por teléfono, invente cualquier excusa.

—Sí, señor.

El jefe de los laboratorios nos hizo entrar en su despacho y nos pidió que nos sentáramos. Desde su escritorio se volvió hacia Tom y le pidió:

—Cuéntenos lo que ocurrió esa noche, Tom. Quiero que me lo cuente todo por su orden, tal y cómo ocurrió entonces.

Tom le contó la historia. Al llegar a ciertos detalles, los dos hombres lo interrogaron minuciosamente. Yo les conté lo que había ocurrido, desde mi punto de vista. Cuando finalmente nos sacaron hasta la última gota de información, permanecimos en silencio un momento. Por fin, el doctor Chambers expresó su opinión.

—No, no —dijo—; no puede ser. Es imposible. Las dimensiones extra no existen más que en el papel; no son más que abstracciones, utilizables en matemáticas. No ha ocurrido nunca; no ocurrirá nunca; no puede ocurrir.

—Yo tengo la sensación de que Mary está viva en alguna parte —dijo Tom.

—No, no está en otra dimensión... digo, sí a eso es a lo que usted se refiere. ¡Eso sería magia pura!

Tom, que no había perdido aún las esperanzas, sugirió:

—Ya sé que es algo que no ha ocurrido nunca hasta ahora... pero tampoco ha habido nunca una instalación eléctrica como la de este campo.

—¿Ha perdido usted el juicio?

Ocurrieron dos cosas distintas: una a la cabeza y otra al cuerpo. Aun suponiendo, por un momento, que usted los vió unidos al final, y que siguen existiendo en alguna parte, ¿concibe usted que no hayan sufrido daño alguno?... Perdóneme, Tom, por mi crudeza; pero está usted trastornado. Tiene que acostumbrarse a enfrentar los

hechos —tomó una heliografía enrollada que tenía a su lado—. Es ésta la heliografía de la instalación del campo?

—Sí, señor —dijo Mérriam.

Había comenzado ya a desenrollarla. La estudió un momento y luego le pidió a Tom que le indicara los lugares exactos donde se encontraban todos la primera noche. Yo le señalé el lugar fatal donde se hallaba Mary, en el sendero que se dirigía a la salida del edificio principal: el mismo camino que habrían tomado los hombres desaparecidos. No hizo comentario alguno, pero, al cabo de un rato, cogió varios carretes blancos, y preguntó:

—¿Son éstas las películas de control?

—Sí, señor.

Las desenrolló y las estudió un momento. Luego nos interrogó a Tom y a mí, minuciosamente, para calcular con toda la exactitud posible la hora del primer accidente. Nuestro cálculo más aproximado coincidió con las 9,20 de la noche.

—Esa es también la hora a que empezó el pánico —señaló Mérriam.

El jefe del laboratorio apretó la boca. Durante unos momentos estudió las cintas registradoras. Por fin, levantó los ojos y dijo:

—Estas cintas contienen las gráficas de los cambios de tiempo en todas las corrientes y voltajes de los conductores de nuestro circuito exterior. Las dos noches se efectuaban pruebas; pero los valores diferenciales fueron extremadamente pequeños... —vaciló—; pero quizás eran críticos... volvió a vacilar—; quizás...

Un momento después, como el que reconoce algo de mala gana, agregó:

—A las 9,20, las dos noches, los valores fueron idénticos.

¡Aquello era significativo! Reflexionamos un momento acerca de sus palabras, y luego, él prosiguió:

—Seguramente no fué nada dimensional: eso es muy improbable. Pero no cabe duda de que ocurrió; al-

go de naturaleza fantástica. Ocurrió dos veces. Al parecer, ambos sucesos ocurrieron en idénticas condiciones de tiempo y lugar.

Se detuvo, y permaneció un momento pensativo. Yo me aventuré a decir:

—Nosotros nos preguntábamos si podría explicarse por medio de la teoría del Campo Completo.

—Hérog podría contestarle eso mejor que yo.

Tom y yo le hablamos de nuestra entrevista con Hérog, y él escuchó atentamente. Cuando hubimos terminado, dijo:

—Está claro que Hérog no los creyó. No se enfrentó con el problema. Su sermón acerca de la comprensión, aunque era cierto, no pasaba de ser una generalización. Pero ahora la situación es diferente. Ha habido una repetición en condiciones idénticas —se quedó un momento pensativo—. Creo que voy a ir a ver a Hérog. Confieso que, en este momento, parece realmente cosa de magia. Por lo menos, es algo que yo no puedo encargarme de resolver solo... Preveo que esta investigación sea un problema terrible, que requiere trabajar muchísimo. Tendremos que actuar con rapidez, porque Mérriam dice que los dos hombres de esta noche estaban casados; y de un momento a otro, sus esposas pueden llamar para saber qué ha sido de ellos... Mérriam, haga el favor de ver si podemos comunicarnos con Hérog por teléfono.

Era imposible: su número no figuraba en la guía. Inmediatamente, el doctor Chambers nos pidió a Tom y a mí que fuéramos a buscarlo. Aguardamos mientras él escribía una nota, y volvimos luego a la ciudad. Tom iba animado por una esperanza irracional. Aquella vez, la puerta de Hérog estaba cerrada con llave, y tuvimos que armar mucho ruido hasta que alguien (creo que su ama de llaves), vino a abrirnos. No nos dejó entrar, pero

llevó la nota a Hérog. El bajó, y a través de la puerta entornada escuchó la historia de los nuevos acontecimientos. Parecía muy escéptico, pero volvió a entrar en la casa y telefoneó al doctor Chambers. Luego nos siguió al laboratorio en un taxi, pues era evidente que no se atrevía a confiarse a nuestro auto. No era de extrañar. Tom, desde luego, tenía un aspecto muy poco tranquilizador, con su vendaje, sus toques de yodo y aquel traje que tan mal le sentaba.

Por el camino de vuelta, Tom casi no habló; pero yo, que lo conocía tan bien, comprendía que estaba vibrante de esperanza, ¡porque Hérog se había encargado por fin del caso! ¡Hérog iba en persona a enfrentarse con el problema! ¡Hérog descubriría dónde estaba Mary y quizá la devolvería a la Tierra! ¡Oh, todo esto era patético!

MIENTRAS estuvimos ausentes, el doctor Chambers empezó a reunir las tropas especializadas que necesitaba para el asalto a lo desconocido. Sin apartarse del teléfono, reunió a varios de los miembros más antiguos de su personal y a varios empleados de poca importancia. Luego, llamó por larga distancia a varios de los científicos más notables del este del país, alarmándolos con la impresión de las noticias que les dió; obligándoles a prometer que guardarían el secreto, y persuadiéndolos para que partieran en seguida hacia el laboratorio.

En cuanto llegamos, hizo pasar a Hérog a su oficina, allí se encerró con él. Tom y yo, vagando al azar, nos encontramos con algunos de los empleados del laboratorio, cada uno de ellos con su misión asignada ya. Uno de los ingenieros jóvenes estaba estacionado junto a la centralilla telefónica, con orden estricta de no permitir ninguna llamada para afuera. Los obreros manuales habían sido encargados de guar-

dar las puertas de entrada al campo, al edificio principal, a las escaleras y los pisos de arriba. Reinaba gran actividad en el taller de maquinaria. La curiosidad era grande; pero nosotros fingimos la misma ignorancia que los demás.

Al poco rato llegó el primero de los científicos convocados (el doctor Mangin, famoso biofísico), e inmediatamente se le hizo pasar a la oficina del jefe. Detrás de él llegaron el profesor Dówning, químico y premio Nóbel, y el doctor Polakoff, físico nuclear. A intervalos irregulares fueron llegando los otros, que entraban en el laboratorio con los diversos equipos que habían traído. Poco antes del alba, nos llamaron a Tom y a mí, por la centralilla.

Había once hombres sentados en torno al escritorio del jefe, algunos de ellos famosos en el mundo entero, otros miembros de su personal, todos maestros en sus diversas especialidades. Sus edades eran muy distintas, pero sus aspectos igualmente graves. Al entrar nosotros, nos miraron en sepulcral silencio. Mérriam nos indicó unas sillas al lado del escritorio del jefe.

El doctor Chámbers nos presentó, diciendo que nosotros habíamos sido los testigos. Le preguntó amablemente a Tom si las constantes menciones a su tragedia no le resultarían demasiado dolorosas. Tom le contestó que no. Entonces nos indicó al grupo, diciéndonos:

—Estos caballeros, cuyas caras ustedes no conocen, son científicos que han respondido a mi urgente llamada. Los he puesto al corriente de lo ocurrido. Entre todos ellos tienen los conocimientos especiales necesarios para investigar nuestro problema. El problema es nuevo, asombroso. Al parecer se trata de lo que los profanos llaman las dimensiones. Promete ser extremadamente difícil, y harán falta todos nuestros esfuerzos combinados para re-

solverlo. Podemos fracasar. Pero vamos a intentarlo, de todos modos. Hemos discutido cierto número de aspectos de la situación y decidido los movimientos preliminares. Atacaremos al amanecer. "Atacar" es la palabra, porque el fenómeno, que se ha manifestado dos veces, es como un enemigo asesino. El ataque será llevado a cabo por los científicos que ustedes ven aquí, y otros más que no han llegado aún. Todos somos "generales". Será una batalla de generales. Excepto ustedes dos, sólo nosotros, los generales, sabremos de lo que se trata y, aun ustedes, estoy seguro de que no comprenden totalmente lo que vamos a hacer. Tiene suma importancia que, excepto los que se encuentran en esta habitación, nadie se entere o sospeche lo que intentamos hacer; pues de lo contrario, esto se inundaría de periodistas, que nos distraerían e interrumpirían en nuestro trabajo. Estamos en una posición muy vulnerable. Los hombres que hay afuera son curiosos. Sus mujeres pueden hablar. Las esposas de los dos hombres que desaparecieron anoche pueden telefonear de un momento a otro. No debe sospecharse nada, por lo menos hasta las 9,20 de esta noche... , porque entonces tendrá lugar el experimento más importante. ¡No debe sospecharse nada! ¡No hablen delante de otros hombres. Todas las conferencias y conversaciones deben realizarse aquí, ¡y a puertas cerradas!... Ustedes dos se encuentran en una situación especial; por eso los emplearemos como hemos indicado. Tenemos trabajo para tenerlos ocupados todo el día. La situación y nuestras intenciones son las siguientes: El martes por la noche, a las 9,20 aproximadamente, presenciaron ustedes el primer fenómeno. Los datos sensoriales fueron de varias clases: un crujido, una nube, la desaparición del cuerpo de una mujer, mientras su cabeza se alejaba flotando. Co-

nocemos el lugar exacto donde ocurrió el suceso. Dos noches después, el jueves, también a las 9,20, parece haber habido una repetición del fenómeno. Esta vez, muchos testigos, que se encontraban a más de un kilómetro de distancia, vieron dos cabezas que flotaban, pero no vieron más. Y esto nos pone frente a la siguiente pregunta: ¿La mujer y los hombres desaparecieron en el mismo lugar? Por razones teóricas es de suponer que así fué; pero necesitamos datos. Por lo tanto, nuestro primer objetivo será averiguar el número y situación de todos los lugares activos del campo, si es que existe más de uno. Nuestro objetivo siguiente ha de ser comprobar a la luz del día el comportamiento de esos lugares activos. Tenemos que hacerlo con antelación suficiente para poder realizar el experimento decisivo de esta noche. Hay que examinar la superficie entera del campo. Pero... , en ambos fenómenos figuraba también el espacio situado encima de la superficie. Además, a nivel de los cuellos de las tres víctimas hubo una *diferenciación* del fenómeno: por debajo de aquellos tuvo que ocurrir una cosa, y por encima, otra. En consecuencia debemos examinar también el *espacio situado sobre la superficie*. No se sabe hasta qué altura se extiende la actividad; pero hoy, con el tiempo limitado de que disponemos, la probaremos hasta tres metros de altura. Así pues, hay que examinar la superficie entera del campo y el espacio que la cubre... Ustedes dos, que son jóvenes y vigorosos, van a ayudarnos en nuestra labor. He mandado a construir un "detector". De algún modo había que bautizarlo —sonrió levemente—. Está listo ya, en el taller. Ustedes dos lo llevarán, si están dispuestos a ello. Se compone de dos partes conectadas: cada uno de ustedes llevará una. El elemento más grande de cada parte es una pértiga; en ángulo recto con ella, hay un travesaño

de tres metros. Del travesaño de una pértiga a la otra, a trechos regulares, van atadas unas cuerdas gruesas, que ocupan por lo tanto alturas similares en el travesaño de la pértiga que lleva cada uno de los dos hombres. Las pértigas se llevarán horizontalmente, con los travesaños abrazados verticalmente, por delante. Cada una de las dos partes tendrá una especie de arnés para los hombros, para que se pueda mantener en equilibrio. Las cuerdas tienen nueve metros de largo; permiten, pues, examinar un pedazo de campo de nueve metros de ancho y tres de alto. Como está cortado en secciones irregulares por las trincheras, ustedes irán examinando las secciones, una por una, yendo sistemáticamente de arriba abajo y manteniendo delante de ustedes las puntas de los travesaños y las cuerdas tirantes. Procederán lentamente, sin apartar los ojos de las cuerdas. Si le ocurre algo anormal a cualquier trozo de las cuerdas, eso indicará la presencia de un punto activo... ; pero ese punto estará delante de ustedes y a cierta distancia. El trozo de pértiga que tienen detrás servirá como contrapeso de la carga. Pero ustedes irán acompañados. A sus lados y detrás irán todos los hombres que se encuentran en esta habitación, excepto dos, y quizá algunos más de los que van a llegar. Unos vigilarémos las cuerdas; otros llevarán instrumentos sensibles a la radiación y a ciertos efectos del campo; otros examinarán la superficie de la tierra, buscando signos de cualquier condición anormal. Todas esas tareas han sido ya adjudicadas. Los más jóvenes los relevarán a ciertos intervalos con el detector. El señor Hofkin estará encargado de las palancas. El señor Mérriam quedará a cargo del edificio: nuestra base. Idealmente, deberíamos recorrer el campo dos veces: la primera vez, examinándolo sin que haya corriente en los conductores; la segunda, haciéndolo con las corrientes en los valores

críticos que marcan las cintas medidoras. Pero no tenemos tiempo. Lo examinaremos sólo una vez, con las corrientes críticas. Tal vez descubriremos que hay actividades en muchos lugares. Lo más probable es que no la haya más que en uno... Bueno, estos son los primeros pasos. ¿Está claro lo que he dicho? —preguntó, mirándonos con una leve sonrisa.

LE dijimos que sí. Luego, él se dirigió a Tom:

—¿No lo alterará demasiado el ayudarnos de esa manera?

—¡Oh, no, señor! —repuso ansiosamente Tom.

—¿Tienen miedo alguno de los dos? Le aseguramos que no lo teníamos. Entonces, él miró por la ventana.

—Teníamos que aguardar a que fuera de día; pero ya hay la luz suficiente. Vayan a buscar el detector y agúardenos en el campo. Bueno, señores, estamos listos. Vamos a comprobar nuestros instrumentos.

Todos se levantaron, en medio de un rumor de conversaciones. Inmediatamente, el doctor Chambers les previno a todos:

—¡Cuidado con las palabras que pronuncien!

Tom y yo recibimos el detector y atravesamos la puerta guardada que daba al campo, sin que nadie nos detuviera. Más tarde nos enteramos de que, igual que a los científicos, se nos había dado paso libre por todas partes. Nos ajustamos los arneses y miramos al campo, a la luz del alba. El sol asomaba por el horizonte. El hermoso día de primavera se anunciaba fresco y agradable. Pero ante nosotros, entre las torres erguidas, acechaba lo desconocido. Mi corazón comenzó a latir rápidamente. La cara de Tom era el espejo de la esperanza.

Los científicos no tardaron en reunirse con nosotros, trayendo sus instrumentos. El doctor Chambers les dijo:

—El campo está ahora en actividad; todas las corrientes se encuentran en sus valores críticos. Primero examinaremos esta sección, y luego iremos recorriendo las demás secciones exteriores, dirigiéndonos hacia el centro.

Cuando terminó de hablar, me ajusté la banda en el hombro, me separé de Tom todo lo que permitían las cuerdas, y todos nosotros, trabajando en equipo, comenzamos a examinar el trozo de terreno que había desde allí a la trinchera más cercana.

Avanzamos tal como nos había indicado el doctor Chambers. Era un trabajo duro. Las dos mitades del detector eran muy pesadas. Pronto empezamos a fatigarnos. Al cabo de un rato, descansamos un momento, y luego Tom y yo fuimos relevados durante un corto período, por una pareja de científicos jóvenes. Algunos de ellos tuvieron asimismo que detenerse para descansar, porque sus instrumentos eran también grandes y pesados.

EN las horas que siguieron examinamos todo el campo, excepto la sección central. Hablábamos poco: cada uno de nosotros dedicaba toda su atención a la tarea que le habían asignado, ya fuera examinar el campo, ya vigilar el instrumento que llevaba o las cuerdas. Dos nuevos observadores se unieron a nosotros. Dos veces, el propio señor Mérriam vino a traernos sándwiches y café. No encontramos ninguna área de actividad, y no ocurrió nada extraño.

Con gran temor y extraordinarios cuidados, comenzamos por fin a examinar la sección triangular del centro. Esta vez, siguiendo las directivas del jefe, examinamos primero los bordes de las trincheras. No encontramos nada.

No nos hallábamos muy lejos del lugar fatal, e íbamos a avanzar un paso, cuando alguien exclamó:

—¡Alto! ¡Las cuerdas!

Todo el mundo se detuvo en seco

y miró. Tom y yo sostuvimos las cuerdas del detector en la mayor tirantez posible; pero en el lado de Tom no se mantenían inmóviles. Se veía en ellas un ligero movimiento, como de onda o vibración. Obedeciendo órdenes del doctor Chambers, dimos un pequeño paso hacia adelante. El movimiento pareció aumentar. El doctor gritó:

—¿Notan algo en los instrumentos?

—No —fué la respuesta—. Nada. No se nota cambio alguno.

—¿Ninguna carga? ¿Ninguna radiación? ¿Ningún magnetismo?

—No. No. Ninguno.

Como perros de muestra, señalamos el punto de alteración en las cuerdas.

—Un pasito más hacia adelante —nos ordenó el jefe.

Obedecimos, y el movimiento de las cuerdas aumentó claramente. Yo miré las cuerdas, fascinado.

—¿Alguna indicación?

Las respuestas se hicieron oír de nuevo:

—No. Ningún cambio. Nada.

El doctor Chambers dejó caer un cuadrado de tela blanca a los pies de Tom, y ordenó:

—Retrocedan, para que examinemos las cuerdas.

Examinaron las cuerdas y no encontraron ningún rastro de daño o alteración.

—Muy bien; muévanse hacia la izquierda —dijo el doctor Chambers—. Nos acercamos desde el segmento del lado. ¡Con precaución!

No tenía que habernos prevenido. Retrocedimos, dimos unos pasos a la izquierda y volvimos a dirigirnos hacia el lugar fatal. De nuevo se sintió en las cuerdas aquel movimiento antinatural; y de nuevo, el doctor Chambers dejó caer un trozo de tela blanca a los pies de Tom.

—¿No se registra nada en los instrumentos? —preguntó.

La respuesta siguió siendo negativa.

Nos ordenó retroceder para acercarnos desde otro lado, por el segmento siguiente, y luego dejó caer otra señal. De ese modo, moviéndonos con gran cuidado, marcamos aproximadamente un círculo de 12 metros de diámetro. En el centro de ese círculo se encontraba el lugar reconocido por todos como fatal.

Entonces, el jefe nos hizo retroceder y examinar la parte superior de todas las trincheras del campo; pero no encontramos nada. Así que, en todo el campo, no había muestras de actividad anormal, sino en un solo lugar. Volvimos a él. Nos quedamos mirando el círculo, intrigados, mientras los científicos hacían comentarios de naturaleza técnica, que en parte yo no lograba comprender. Parecían desorientados, más que nada por el hecho de que ninguno de sus instrumentos había reaccionado ante la extraña actividad.

El doctor Chambers rompió nuestra inacción.

—Ahora vamos a examinar la tierra esa —dijo, y me envió a donde estaba el señor Hofkin, a ordenarle que cortara todas las corrientes.

Yo fui rápidamente y le conté a Hofkin en breves palabras lo ocurrido. Cuando volví, me encontré a los científicos en círculo, al borde del área marcada, abandonados momentáneamente los instrumentos. Paso a paso, fueron avanzando hacia el centro, examinando con todo cuidado la tierra que había ante ellos, conforme avanzaban. Varias veces, alguno se puso de rodillas para mirar más de cerca algo, mientras los demás se detenían en el lugar donde estaban. Gradualmente se acercaron al lugar fatal del centro. Yo me hallaba en la parte exterior del círculo; pero pude ver que el área central parecía distinta del resto del campo. Estaba completamente desnuda; los matorrales, que en los demás sitios crecían hasta la altura de la rodilla, faltaban

allí; así que no se distinguía el camino que atravesaba por el centro.

Los hombros avanzaban casi codo con codo cuando uno de ellos, y luego el que iba a su lado, se tiraron a tierra, apoyándose en las manos y las rodillas, e inclinaron la cabeza para mirar algo que había en el suelo.

Los que estaban enfrente habían terminado ya de examinar el pequeño trozo que quedaba entre ellos, y se reunieron en torno a los que estaban arrodillados. Oí exclamaciones de excitación. Vi que uno de los arrodillados, levantaba algo del suelo y se ponía de pie, sosteniendo en la palma de la mano lo que había encontrado, mientras los demás se reunían en torno a él. Hubo una confusa mezcla de frases. Varias veces me pareció oír la palabra "carne". Al cabo de un momento, vi que el jefe miraba de nuevo la tierra de alrededor, y que a su vez levantaba algo de ella. Lo dió vueltas entre los dedos... La excitación aumentó. Todos comenzaron entonces a buscar por el suelo; pero no encontraron nada más. Se reunieron de nuevo en torno a los hallazgos. Los examinaron, hablando excitadamente. Yo me moría de curiosidad, cuando el jefe se volvió y nos llamó a Tom y a mí. Nos señaló los tres objetos que había en la palma de la mano del otro hombre, y nos preguntó:

—¿Qué son estas cosas?

LAS miramos con atención. Parecían de tejido animal. Eran unos fragmentos rosáceos y acanalados, de un centímetro de diámetro y de casi tres de largo. Había tres.

—¿Qué harían estos fragmentos aquí en el campo? —agregó mientras yo seguía examinándolos.

—No tengo ni la menor idea —le repliqué—. Parecen partes de un animal: partes prominentes. Podrá verse de dónde fueron arrancadas.

El me mostró lo que tenía en su

mano. Era un tacón de goma, muy gastado, perteneciente a un zapato de hombre.

—Encontramos esto también —me dijo—. ¿Nadie lo ha visto alguna vez al pasar por aquí?

—No, señor —contestamos Tom y yo.

Le dió media vuelta en la mano. En el otro lado, en el lado por donde el tacón estaba sujeto al zapato, tenía adherido un cuarto trozo de tejido. Las palabras se negaron a subir a mi boca.

—Me pregunto si este tacón no habrá pertenecido a alguno de los dos hombres desaparecidos —dijo el jefe—. ¿Dónde trabajaban?

Llenos de excitación, Tom y yo condujimos a todo el mundo a la trinchera donde trabajaban la primera noche. Ayudado por nosotros, el jefe bajó al fondo de la trinchera y probó a ver si el tacón de goma coincidía con alguna de las muchas huellas de pisadas que había en la tierra del fondo. Luego, se irguió y levantó los ojos hacia nosotros.

—Coincide —dijo—. Pertenecía al zapato de uno de los hombres desaparecidos. No hay ninguna huella sin el tacón de goma; por lo tanto hay que suponer que se lo arrancaron cuando los hombres se encontraban en el área de actividad.

Lo ayudamos a salir de la trinchera. ¡Qué excitación la de entonces! Aquellos científicos eran hombres reposados y serios, y hasta entonces habían hablado poquísimo, aunque no cabía duda de que estaban profundamente interesados; pero en aquel momento se pusieron a charlotear como niños.

—Tal vez sea significativo que uno de los pedazos de carne esté adherido al tacón —se aventuró a decir uno.

—Esas protuberancias no pertenecen a ningún animal viviente —decía otro de ellos—. No soy especialista en eso, pero estoy seguro... —y lanzó un

chorro de términos técnicos en apoyo de su opinión.

Examinaron de nuevo los fragmentos, con todo cuidado. Por fin se pusieron de acuerdo en que se trataba de tejido animal; que estaban bastante frescos, como si no hiciera mucho que habían sido desprendidos de un animal vivo; que habían sido arrancados violentamente; y que nunca habían oído hablar de un animal con prominencias exteriores como aquéllas. La mayoría de ellos suponía que una de las protuberancias se había quedado adherida al tacón porque el talón le había caído encima. Pero el doctor Hérzog les indicó tranquilamente la posibilidad de una transferencia espaciotemporal de la protuberancia, desde algún espacio o tiempo desconocidos. Entonces, todos permanecieron silenciosos.

El doctor Chambers dijo:

—Necesitamos un zoólogo y un biólogo, y tal vez un botánico. Voy a mandar a buscarlos.

—Mejor será que llame también a un paleontólogo —le sugirió el doctor Hérzog.

—Sí —contestó el otro, como de mala gana—. Bueno, creo que nos debe estar esperando la comida. Vamos a comer, que ya es hora. Dentro de unos minutos me reuniré con ustedes. Estos muchachos van a encargarse de las pértigas, y voy a explicarles ahora lo que han de hacer.

Se volvió hacia nosotros y, mientras los demás se encaminaban hacia el edificio principal, nos dijo:

—Nuestra tarea siguiente será ver lo que ocurre en el campo cuando se lo someta a distintos parámetros con diferentes combinaciones de corrientes, horas del día, etcétera, etcétera. Vamos a examinar todo el volumen de espacio hasta una altura de tres metros. Es ya mediodía, y todavía nos quedan muchas cosas que hacer; así que hay que trabajar de prisa. La actividad parece ser un efecto combinado de tiem-

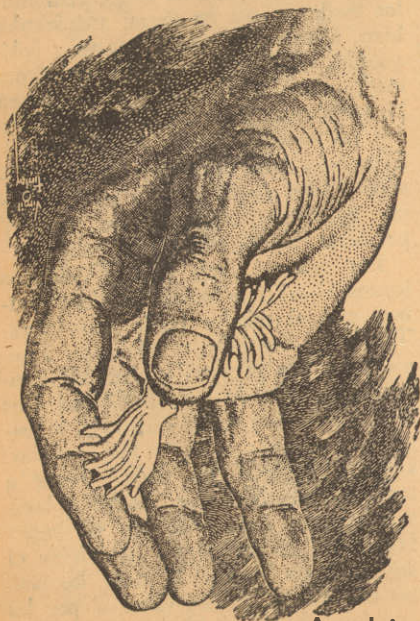
po, espacio, materia y gravedad, que probablemente no persistirá. No hay tiempo para realizar los debidos experimentos, ni siquiera para imaginarlos; por lo tanto tendremos que emplear los medios con que actualmente contamos. Se ha decidido salpicar este área con postes de madera y observar en ellos el efecto de la actividad. Esos postes tendrán una altura de tres metros y estarán unidos entre sí, horizontalmente, por medio de cuerdas. Cuando ustedes estén listos, voy a mostrarles cómo quiero que coloquen las cuerdas suficientes para un rectángulo de diez metros, y dentro de poco estarán aquí. También ha pedido un aparato para taladrar los agujeros donde han de encajarse los postes. Cuando lleguen, quiero que ustedes se encarguen de abrir los agujeros y de insertar los postes. Como es natural, todas las corrientes estarán cortadas, y se vigilarán de cerca las palancas. Los postes tendrán tres metros y medio de largo. Húndalos medio metro en tierra; asegúrenlos bien. Comiencen por el centro y colóquenlos en filas, separados entre sí por medio metro de distancia. Si no tienen los suficientes para llegar hasta los bordes, no importa: llenen bien el centro. El trabajo debe terminarse lo antes posible. Pidan ayuda a todos los hombres que no tengan asignada una tarea. Y por favor, no les digan una palabra.

Las órdenes eran claras. Volvimos juntos al edificio principal, donde vimos que el taladro había llegado ya. Tom y yo comimos rápidamente algo, en las mesas preparadas para los científicos en uno de los laboratorios (los otros empleados comían aparte), y luego comenzamos a abrir los agujeros. Cuando llegaron los postes, llamé a todos los hombres que estaban libres, y colocamos cada poste en su lugar. Había casi los suficientes para llenar el área marcada. Al caer la tarde, los postes estaban ya unidos entre sí por las cuerdas: el trabajo había terminado.

Desde el edificio principal, el campo parecía un gigantesco puerco espín.

Tom y yo habíamos estado toda la mañana pensando en Pinto. A Tom le dieron permiso para ir a casa y darle de comer y beber.

COMENZO sin demora la serie de experimentos que habían sido planeados aquella madrugada, antes del alba. Los científicos (excepto el doctor Hérzog y otros dos físicos más), se situaron ante las ventanas del gran laboratorio del último piso, en la parte posterior del edificio y que daba al campo, para realizar desde allí sus observaciones. Para tal fin se habían procurado muchos pares de gemelos. El doctor Chambers se negó categóricamente a permitir que nadie realizara las observaciones desde el campo. Aclaró que como se trataba de un fenómeno en cuya naturaleza figuraban factores de espacio y tiempo, no debía suponerse



que las partes del campo inofensivas por la mañana, iban a ser necesariamente inofensivas por la tarde.

Yo me quedé allí, apartado del resto. Hofkin se encontraba, como antes, en el tablero de las palancas del sótano, y se mantenía en continuo contacto con él, por medio del teléfono.

La primera prueba era la más directa e importante. Paso a paso, Hofkin iba a llevar las corrientes de los conductores a los valores de los momentos críticos de las 9,20 de la noche, reproduciendo los parámetros eléctricos que habían producido o, por lo menos, acompañado las desapariciones.

Por teléfono, Hofkin le fué leyendo al doctor Chambers los pasos de los cambios de las corrientes. El jefe repetía con voz alta cada una de las cifras, con los codos apoyados en el alféizar de una ventana abierta, la mano izquierda en el receptor y sujetando con la derecha los gemelos que tenía ante los ojos. Yo también miraba el campo a través de unos gemelos.

Por la actitud del jefe comprendí que se aproximaban los valores críticos; pero mis gemelos no me descubrieron cambio alguno. Los postes permanecían erguidos e inmóviles.

Entonces, el jefe exclamó:

—¡Valores críticos!

Yo, imitando a los demás, miré atentamente el campo a través de los gemelos, y observé una alteración. No hubo crujido ni nubecilla, pero sí un movimiento. Los extremos de los postes del centro comenzaron a vibrar rápidamente, con una amplitud quizá de medio metro. Desde el centro hacia fuera, las vibraciones cambiaban gradualmente de dirección y disminuían en su amplitud, de modo que en los postes de los extremos no se notaba movimiento alguno.

Durante un momento, nos quedamos mirando el misterioso movimiento. Luego, se oyó una orden:

—Corte todas las corrientes.

Los postes se inmovilizaron.

—Aplique otra vez las corrientes.

La vibración comenzó de nuevo. Los observadores, silenciosos hasta entonces, comenzaron a lanzar exclamaciones, que se referían en su mayor parte al cambio de las direcciones de la vibración desde el centro hacia la parte exterior.

—Corte todas las corrientes, Hofkin —ordenó otra vez el jefe—. Vámonos a salir a echar un vistazo —los postes se detuvieron—. Muy bien. Quedese en su puesto, desde luego. No queremos que nadie toque las palancas.

A pesar de lo cansados que ya estaban, los científicos salieron al campo para examinar los efectos de la actividad en los postes y las cuerdas. Yo pensé que era mejor quedarme atrás y mirarlo todo con los gemelos. Los científicos regresaron al poco rato. El jefe se dirigió al teléfono.

—No había ninguna huella, Hofkin —dijo—. Ningún daño, ningún indicio de cambio. Debe de ser una función por paso. Ahora vamos a continuar las pruebas tal y como habíamos planeado. Usted tiene la lista de las combinaciones de parámetros que queremos probar. Voy a informar al doctor Hérzog y a los otros físicos. Tenemos que discutir lo que hemos observado. Voy a entregarle el teléfono al profesor Downing. El tiene mi copia de la lista, e irá tomando nota de los efectos de los cambios, si es que hay alguno.

Habló con el profesor Downing y se fué. ¡Cómo me habría gustado estar presente con él en la conferencia! El profesor Downing acababa de prepararse para la nueva serie de experimentos, cuando vi que Tom me llamaba desde la puerta. Salí. Tom me dijo que el mozo se había ocupado ya de Pinto y que él había vuelto al laboratorio, montado en el animal. Mi amigo se alegró grandemente cuando me oyó contarle el experimento. Fué

de puntillas a la parte posterior de la sala y se turnó conmigo en el uso de los gemelos.

LAS nuevas pruebas estaban ya iniciadas. El profesor Downing se refería constantemente a un papel que tenía ante sí: una lista de las combinaciones de corrientes que había que probar. El procedimiento podría explicarse del modo siguiente: supongamos que hubiera cinco líneas conductoras de corriente. Manteniendo constantes cuatro de las corrientes, la quinta variaría por pasos superiores e inferiores a su valor crítico, y los resultados que se manifestaron en los postes, si los había, podrían verse por medio de los gemelos. Ese procedimiento se repetiría con cada una de las otras cuatro conductores. Después de haber hecho la serie de cinco pruebas, las variaciones se harían simultáneamente en dos conductores; luego en tres, etcétera. Era un procedimiento investigador de corriente; monótono quizá para quien no conocía esas cosas; pero es que sólo los científicos conocen tales métodos de investigación.

Nos quedamos allí, cerca de una hora; y en ninguna de aquellas pruebas volvieron a vibrar los postes. ¡Los valores que producían la actividad eran sin duda alguna críticos!

Entonces, comenzamos a oír en alguna parte del edificio un graznido irascible: un sonido ultrafamiliar para Tom y para mí: patos. Unos cuantos minutos después, el doctor Chambers entraba en la habitación. Habló brevemente con los observadores; notó con gran interés el resultado negativo de las pruebas, y luego nos llamó a Tom y a mí a un rincón. En voz baja, para no turbar los experimentos que se realizaban, le preguntó a Tom, con gesto de meditación contemplativa:

—¿Ese caballo que hay afuera es el suyo?

—Sí, señor.

Chambers reflexionó un momento. y dijo:

—Han traído algunos patos. El señor Mérrim los pidió esta mañana. Son la única clase de animales de que disponemos para poder emplearlos como conejos de Indias. Pensábamos usarlos en los experimentos, tanto en los de esta tarde como en los de esta noche: habíamos pensado colocarlos en un lugar activo, unos bajos, otros más altos, y luego poner la corriente y observar lo que pasaba. Ahora han llegado, pero están armando un jaleo terrible. Toda la gente de abajo arde de curiosidad, y yo casi no me atrevo a emplearlos, porque pueden despertar en esa gente sospechas sobre la clase de experimento que estamos realizando. Se correría el rumor, y los periodistas invadirían el laboratorio. No se puede hacer de un modo secreto, a menos que usted nos diga de qué modo se puede impedir que graznen. De todos modos apenas si hay tiempo. Nuestro primer experimento con carne viva, el más importante de todos, ha de ser esta noche. Podríamos usarlos esta noche; pero alguien acaba de sugerir que sería mejor emplear un solo animal: un caballo. Podríamos atarlo en el lugar. Su cabeza llegaría aproximadamente a la altura de la cabeza de un hombre. Si el fenómeno se repite, el cuerpo desaparecerá y la cabeza se alejará flotando, mostrando en el animal el plano que separa los dos tipos de efecto. Es una buena idea. Pero los caballos escasean, y no disponemos de mucho tiempo. ¿Sabe usted dónde podríamos conseguir rápidamente uno?... Cualquier caballo viejo, con tal de que pueda mantenerse en pie. Deberíamos tenerlo aquí, más o menos, dentro de una hora.

Tom vaciló un instante y respondió: —Puede tomar mi caballo.

—¡No, Tom, yo no he venido para intentar sacarle su caballo! —exclamó

instantáneamente el jefe—. No quiero su caballo: solamente quiero saber si puede decirnos dónde se podría conseguir otro, inmediatamente.

—No hay ningún sitio donde puedan conseguir uno pronto. Pero eso no tiene para mí ninguna importancia. Yo quiero que usen a Pinto.

El jefe hizo una pausa.

—Según tengo entendido, es una yegua que usted tiene desde que era muchacho, y le guarda mucho cariño.

—En efecto; pero es ya vieja: su vida ha terminado. No quiero tenerla más. Sólo serviría para recordarme a mi mujer.

—Dudo mucho de que sufra algún dolor.

—Aunque lo experimente, creo que lo que ocurrió a mi mujer puede ocurrirle a una yegua.

El doctor Chambers hizo una nueva pausa. Estaba actuando con gran discreción.

—No me parece justo, Tom, después de la enorme pérdida que usted ha sufrido.

—Le dije que yo ya no quiero la yegua.

—Se la pagaremos, desde luego.

—No, no quiero dinero. Me alegro de que ella pueda ayudarlos. Estoy muy agradecido a todos por lo que están haciendo. Ya sé que no es por mí; pero yo me encuentro en medio del drama. Y quizá mi yegua nos ayude a descubrir dónde se encuentra mi esposa.

En la cara del doctor Chambers apareció una mirada de pena. Le dijo con firmeza:

—Tom, no debe pensar que va a volver a ver a su esposa.

—Nada puede impedirme que lo espere. He leído algo sobre las teorías de las dimensiones... Puede ser como un agujero que haya en el universo; y que la gente desaparece por ese agujero. Si se pudiera revertir el pro-

cedimiento, quizá podrían traerla de retorno, para que, al menos, yo pudiera ver que estaba realmente muerta.

El jefe meneó la cabeza. Suavemente, pero sin ambages, le replicó:

—Nunca volverá a ver a su esposa, ni siquiera muerta. Métaselo en la cabeza, Tom. A todos los que estamos aquí nos ha impresionado lo ocurrido. No lo comprendemos. Quizá la mente humana no pueda comprenderlo. ¡Somos todos tan ignorantes! ¡La ciencia apenas si ha iniciado sus progresos! Algún día, quizá existirá el tránsito interdimensional; pero ahora no podemos ni imaginárnoslo. Mi mayor esperanza es que el fenómeno se repita unas cuantas veces, y que podamos reunir los datos necesarios para estudiarlo... Muchas gracias por Pinto. Nada podría ayudarnos tanto como eso. Quiero pedirle que la ate usted mismo en su debido lugar. Habrá que quitar una hilera de postes, para hacerla pasar, y luego colocarlos otra vez en su sitio. Yo le ayudaré. Vamos hacerlo ahora mismo. Lo mejor será que todos nos vayamos preparando para lo de esta noche.

Hizo detener las pruebas. Pidió voluntarios para ocuparse de las dos instalaciones de reflectores y de las cámaras estereográficas de control remoto. Los miembros más jóvenes del personal se encargaron del trabajo físico. Los de más edad instalarían todos los aparatos de que se disponía, colocándolos en torno del área de peligro. Mientras cada uno cumplía su tarea, él y yo ayudaríamos a Tom a atar en su lugar la yegua.

TOM se fué solo a buscar a Pinto. Se quitaron los postes y las cuerdas. Pinto fué atada a uno de los postes por su ronzal, y a los otros con cuerdas atadas en torno a unas tiras de tela que se le pusieron en una de las patas traseras. Después se colocaron en su

lugar las cuerdas y los postes. Con gran sorpresa mía, Tom no demostró estar emocionado: se limitó a realizar cuidadosamente su labor, sin decir nada; pero antes de que se volvieran a colocar las cuerdas, en un momento en que el jefe y yo nos encontrábamos a cierta distancia, lo vi junto a la cabeza de Pinto, acariciándole afectuosamente el morro. Se decidió que, para comodidad de Pinto, la cabeza quedaría por el momento sin atar; el jefe dijo que enviaría a alguien para que lo hiciera, un poco antes de que se dieran las corrientes. Cuando terminamos, Tom y yo acompañamos al jefe en su inspección de las instalaciones de la luz, las cámaras y los instrumentos. Al caer la tarde, todo estaba terminado y revisado. Regresamos todos cansados y lentamente, hacia el edificio principal, atravesando el campo.

En las mesas se había dispuesto una sencilla cena fría. A Tom y a mí se nos invitó a cenar con los científicos; pero, sintiéndonos fuera de lugar allí, nos llevamos unos sándwiches y unos cafés al laboratorio del último piso, y comimos junto a las ventanas que daban al campo. Mejor dicho, comí yo solo: Tom no hizo más que beber el café, porque las deprimentes palabras del doctor Chambers le habían quitado toda esperanza. La noche había llegado ya. La luna, no del todo llena, iluminaba con claridad el campo, mostrándonos las altas torres, ranuras negras de las trincheras, y la planicie oscura donde se habían colocado los postes. Aun con los gemelos, no se podía distinguir a Pinto, amarrada a los postes del centro.

Estuvimos largo rato mirando, sin decir palabra, presos en la red de nuestros propios pensamientos; los de Tom, lúgubres y amargos como es de imaginar. De repente, los dos reflectores instalados en el techo inundaron de luz la zona central. Tomando nuestros ge-

melos, pudimos distinguir el contorno del cuerpo de Pinto. Con la misma rapidez, las luces desaparecieron, dejando el campo sumido en una oscuridad aun más profunda. Transcurrieron en silencio unos minutos; y al cabo de ellos, Tom preguntó:

—¿Dónde está Hérzog?

—Abajo, en uno de los laboratorios pequeños del otro piso —le contesté—; trabajando; es decir, pensando, llenando papeles de ecuaciones.

—Dime en qué laboratorio —me pidió—. Tengo que ir a verlo.

Yo me negué, diciéndole que sería imperdonable interrumpirle a Hérzog el trabajo en un momento así; trabajo que, en aquellos instantes, era de suma importancia para mí —replicó con amargura, y me amenazó con preguntárselo a otra persona.

Terminé por conducirlo al laboratorio.

Tom llamó a la puerta. Al cabo de un momento, la voz de Hérzog nos contestó diciéndonos que pasáramos.

ENTRAMOS en una habitación pequeña y claramente iluminada. El doctor Hérzog estaba sentado en un taburete, ante una mesa. Tenía ante sí una página con varias líneas de garabatos, a su izquierda una caja de hojas de papel, y en el suelo, a su derecha, un cesto de papeles, lleno de hojas arrugadas. Se volvió al vernos entrar, y una ligera sonrisa apareció en su barbuda cara.

—¡Mis amigos de medianoche! —exclamó amablemente—. No he tenido oportunidad de decirle cuánto he sentido que lo de su esposa fuera cierto —le dijo a Tom—. No le creí. Pensé que usted y su amigo eran víctimas de una alucinación. Era una probabilidad 0,8, ¿no? Todavía me resisto a creer en ella. Está usted trastornando toda la física moderna, muchacho. El doctor Chambers acaba de decirme que ha ofrecido usted su caballo. Es un

hermoso gesto. Tenemos que tratar de encontrar una solución. Tenemos que descubrir los secretos. Disponemos de muy poco tiempo. Nos han pillado de sorpresa: no habíamos preparado los experimentos debidos; hasta carecemos de equipo viviente. El caballo es ideal: cuello largo, y cabeza a la altura de la de un hombre. Dentro de poco veremos qué pasa —dejó de hablar y se quedó mirándonos expectante.

Yo intervine entonces.

—No debíamos haberlo interrumpido. Le ruego nos disculpe. Pero Tom insistió, y yo no pude impedirlo.

Hérzog miró interrogativamente a Tom, y éste le dijo:

—Yo..., yo deseaba saber..., esperaba que, tal vez, usted podría explicarnos ahora lo que le ocurrió a mi mujer.

El doctor Hérzog suspiró:

—¿Ha olvidado usted mi pequeña conferencia?

—Pero entonces usted no nos creía; y desde entonces han ocurrido muchas cosas.

—Ya le dije que comprendo muy pocas. Yo trabajo; ¡pero tenemos tan pocos datos! Necesitamos muchos más... ¡Datos! ¡Necesitamos datos!

—Bueno, excúseme, señor... Yo pensé... Usted ha estado aquí toda la tarde, y creí que podría tener ya alguna idea...

—Sí..., es posible que comience a vislumbrar la claridad por una rendijita. ¡Si pudiera encontrar la cuña apropiada...! Pero no sé por qué he de decirlo. En mi libro, usted verá que presento en la página diecisiete una constante con el valor de 59,18. Esta mañana, cuando vi el plano de la disposición del campo, noté que la sección central, limitada por las tres trincheras y sus conductores, formaba lo que parecía un perfecto triángulo equilátero: 60 grados en cada ángulo. Ahora bien, 60 grados están muy cerca de

59,18. Claro está que el plano no era más que un dibujo; que el ángulo real del campo es algo distinto; pero es interesante. ¿Y si el ángulo del campo es 59,18?, ¿o si la constante debiera ser el ángulo del campo?... No ha habido tiempo para medir el ángulo con toda exactitud; pero mañana se hará. Mientras tanto lo estoy estudiando aquí, por medio de símbolos.

—¿Y no ha descubierto aun nada? —preguntó Tom.

—No; pero presiento algo. ¿Sabe usted lo que es presentir? Es como una vaga sensación de que me encuentro cercano al éxito: una sensación tentadora, quizá engañosa, pero no del todo desagradable: es muy común en ciertas etapas del procedimiento creativo.

—¿Y cree que pronto lo descubrirá?

—Uno espera siempre. Pero también sentí lo mismo acerca de la sección clave de la teoría del campo completo, ¡y luego tardé ocho años en resolverla!

—Entonces, ¿no confía en comprender pronto lo que ha ocurrido?

—Yo tengo un lema: "Siempre esperar; nunca confiar". Yo tengo esperanzas. ¡Pero hay tan pocos datos... No contamos con casi nada. En cuanto a comprenderlo..., dentro de diez o de cien años, después de miles o millones de experimentos, los hombres llegarán tal vez a controlar el fenómeno; pero eso no significa que lo comprenderán. Mejor será no hacerse ilusiones.

Pude ver que, cada vez que hablaba el doctor Hérzog, sus palabras le hacían a Tom el efecto de un rudo golpe.

—No debo mostrarme impaciente con usted, muchacho; porque está desesperado y... ¿por qué no ha de estarlo? ¿Por qué no ha de admirarse ante lo ocurrido? Pero debe comprender que no somos magos. Según todas las probabilidades, nuestra posibilidad de obtener datos, disminuye rápida-

mente..., ¿y cuándo volverá a ocurrir el fenómeno? Consideremos. Los dos sucesos ocurrieron las noches 1 y 3. Esperamos que se repetirá el fenómeno esta noche, la noche 4; pero eso no pasa de ser una esperanza. Desde la noche 1, las condiciones en nuestra parte del cosmos han cambiado grandemente: la Luna se encuentra en una posición distinta con respecto al Sol; la tierra se ha movido 18,5 veces, 60 veces 60 veces, 24 veces cinco kilómetros a través del espacio, y nuestro sistema solar se ha movido en mayor escala inclusive. Materia, gravedad, espacio, tiempo: todos estos valores están entrelazados... Entrelazados no es la palabra adecuada. No hay palabras para describir sus mutuas relaciones. En realidad forman algo como un todo con diversas manifestaciones interoperantes. Dicho con mayor exactitud: si se cambia una manifestación, varían todas las demás. Estornude y sacudirá al cosmos: nada volverá a ser ya lo mismo que antes. Formamos parte de un campo que lo contiene todo o que es todo. La actividad fatal de nuestro pequeño campo, y las fuerzas fatales del campo cósmico, cambian también. Y nuestra comprensión del campo cósmico es algo comparable a la comprensión que un microbio tiene de una concreción litiasica: prácticamente nula. Esta noche, espero obtener más datos, lo mismo que lo esperaré otras muchas noches. Es decir, no confío. Tal vez, al hombre le harán falta generaciones enteras para dominar las fuerzas que se pueden observar en el centro de ese campo, y tal vez el hombre tendrá que evolucionar a lo largo de millones de años, antes de poder comprenderlas.

Tom, realmente desalentado, murmuró:

—Entonces..., todavía no tiene usted idea de dónde se encuentra mi es-

posa... quiero decir, no sabe lo que le ocurrió.

El doctor Hórzog repuso:

—Fué un fenómeno nuevo, y no poseemos los datos suficientes... Voy a decirle una cosa, muchacho. ¿Sabe usted que se han hallado unos restos de tejido animal?

—Sí, señor.

—Bien; pues esta tarde los han examinado varios expertos: un zoólogo, un biólogo y dos paleontólogos. Todos ellos dicen que se trata de tejido animal, casi fresco, arrancado recientemente. Dicen que no proviene de ningún animal de los que viven en la tierra. ¿Se da usted cuenta de lo que significa eso?

—El futuro —murmuró Tom—. O tal vez, mundos paralelos.

—¡Nuestra ignorancia! —exclamó Hérzog, y luego permaneció unos momentos pensativo—. Ya le he dicho cuál es mi lema; pero siempre hay una excepción. No tenga usted esperanzas de que va a saber algo de su esposa. No las tenga. No es sensato. ¡Es una locura! Enfrentese con la realidad. Su esposa ha desaparecido. Nunca más volverá usted a verla. Ella ha muerto, aunque no se pueda ver su cuerpo. No ha salido de nuestro universo. Nada puede escapar al todo. Ella sigue formando parte de él, de un modo nuevo. Es parte del campo: de ese campo del que usted y yo formamos parte en este momento; del que todo y todos formamos parte... Ahora, márchese y déjeme trabajar. Le aseguro... Ya sé que parece un imposible, pero le aseguro que, con el tiempo, usted se irá sobreponiendo gradualmente a esto. Todas las cosas cambian con el tiempo. El tiempo es un factor del campo. En el campo, usted sigue aún relacionado con su esposa; en él y por medio de él, tendrá algún día una nueva situación con respecto a ella.

Aguante. Aguante por algún tiempo. Esto pasará. Se lo prometo.

Lo dejamos entregado a su trabajo y volvimos al laboratorio del último piso. Tom estaba completamente deshecho. Yo sabía que, en su fuero interno, había estado esperando que ocurriera un milagro; pero ahora me daba cuenta de hasta qué punto lo había esperado. Se asomó a la ventana. Bajo la luz de la luna, pero invisible entre las sombras de aquel trozo oscuro del centro, aguardaba paciente la vieja Pinto. En en mismo lugar era donde su esposa había desaparecido.

—Hace tres días, a esta hora, Mary vivía aún —murmuró Tom al cabo de un rato—. Hace dos días, a esta hora, nuestro gatito vivía. Ayer, a esta hora, Jerry y el viejo Williams vivían. Yo los maté a todos.

—¡No mataste a ninguno de ellos! —protesté vivamente.

—Y dentro de unos minutos voy a matar a Pinto— prosiguió sin hacerme caso—. Si no me hubiera enojado con Mary, ella se habría quedado conmigo un poco más; yo la habría acompañado, y tal vez no habría ocurrido nada o, en caso de haber ocurrido, por lo menos nos habría ocurrido a los dos. Maté a los otros dos al no prevenirlos. Maté al gatito porque... ¡Oh, Jack, eso fué lo peor de todo!

Sorprendido ante aquella exclamación, le pregunté:

—¿Qué fué lo del gatito?

—¡Yo lo asesiné!

—No es asesinato matar a un gatito —le dije—. Quizá lo mataste, pero...

—Lo maté. Maté a todos. Todo lo que toco tiene que morir: Mary, mis dos compañeros, el gatito y, ahora, Pinto... Pero soy consecuente. Voy a llegar hasta el fin.

—Cuéntame lo del gatito —dije, porque comprendí que la herida era profunda, y había que obligarle a hablar.

—El gatito, una bolita de algodón,

que casi no pesaba lo que un pañuelo! —exclamó, poseído de repentina emoción—. Me gustan los gatitos. ¡A quién puede no gustarle un gatito! Mary lo encontró no sé dónde, tan chiquitín y delgado que casi no se sentía en la mano. Bueno, la noche que volvimos de casa de Hérzog, entré en la mía y miré por todas partes. Estaba yo lleno de amargura y de odio. Me quedé mirando el delantal de Mary, caído sobre una silla, donde ella lo había dejado antes de venir a verme montada en Pinto. Lo miré, a punto de estallar. Entonces, el gatito..., el gatito vino y se frotó contra mis zapatos..., y no hacía más que frotarse..., y..., y yo lo levanté y lo ahugué con mis manos. ¡A ese inocente montoncito de algodón!... Me quedé mirándolo, caliente y flácido en mi mano. El pobrecillo no pesaba más que un pañuelo, y yo lo maté. Confiaba en mí; tenía hambre; estaba jugando con los cordones de mis zapatos, y yo lo maté con mis manos. Entonces fué cuando me enloquecí. Fuí por toda la casa, destrozando lo que se me ponía por delante. Me odiaba yo mismo. ¡Primero Mary, y luego el gatito, tan pequeño y cariñoso!

—Bueno, no debías haberlo hecho —le dije—. Siempre hay que ser bondadoso con los animales. Todo el mundo debería ser perfecto —cambié de tono—. Pero mira, Tom: no era más que un gatito. Casi no había comenzado a vivir. Probablemente no sufrió más que si le hubieras pisado la cola. Ni siquiera se enteró de lo que le ocurría. Simplemente carece de importancia. No pienses más en ello.

Lenta, seriamente, Tom me dijo:

—Si pudiera cambiarme por el gatito, me cambiaría. Y si pudiera cambiarme por Jerry y Williams, lo haría también. Y si creyera que iban a permitírmelo, cambiaría ahora mi lugar por el de Pinto...

Sin duda, yo estaba ciego.

TOM se calló. Nos quedamos sentados, mirando el campo iluminado por la luna. Vimos a un hombre que salió del edificio, entró en el centro del campo, y luego regresó. Era alguien que habían enviado para atar la cabeza de Pinto en posición más alta. Al cabo de largo rato, llegó de abajo el ruido de muchas voces, seguido por el de pisadas en las escaleras. Alguien encendió entonces las luces de la habitación, y el grupo de los científicos entró en ella.

—¡Ah!, aquí están —dijo el doctor Chambers—. Los estábamos buscando. Ha llegado el momento de darles las últimas instrucciones.

Se sentó en un alto taburete, y Hérzog en otro, cerca de él, mientras los demás se agrupaban alrededor.

Chambers les explicó lo que cada uno de ellos tenía que hacer. Hofkin se encargaría de las palancas. Tres hombres quedarían en aquella habitación, para observar con los gemelos lo que pudiera ocurrir. Todos los demás se estacionarían, a determinados intervalos de distancia, junto a la alambrada del campo, por la parte exterior. Si la figura del caballo se alejaba flotando, los que estuvieron más cerca de él procurarían seguirlo. Uno de los lugares parecía más importante que los demás, porque había más probabilidades de que la cabeza se alejara en esa dirección, como había ocurrido en casos anteriores; aquel lugar fué asignado al doctor Hérzog. Yo lo acompañaría, porque conocía la región. Por la misma razón, Tom iba a acompañar al doctor Chambers..., si ello no le hiciera sufrir demasiado.

—Tal vez es mucho lo que le pido, Tom —dijo amablemente el jefe—. No venga conmigo si prefiere no hacerlo.

Todas las miradas se fijaron en Tom. Al cabo de un momento, él balbuceó:

—No quiero ir.

—Lo comprendemos —dijo el jefe—. Creo que, en su lugar, yo tampoco querría ir —se volvió a los demás—. Esto me hace recordar una cosa: del hospital nos han avisado que todas las luces de las habitaciones estarán apagadas. No habrá pánico alguno —consultó su reloj—. Son las nueve menos dos minutos. Hay tiempo de sobra para ir a los lugares designados, pero no para entretenerse en trivialidades. Tomen unos gemelos, vayan a los lugares destinados a cada cual, y aguarden. A las 9 horas, 19 minutos y 30 segundos, medio minuto antes de la hora cero, los reflectores se encenderán un segundo. Eso será la señal de aviso. A las 9 horas, 19 minutos y 55 segundos, los reflectores se encenderán definitivamente. Cinco segundos después, a las 9 y 20, se transmitirán las corrientes. Se introducirán en sus valores críticos. Preparen los gemelos por



anticipado. Diríjanlos a la cabeza y, si pueden, síganla después de que salga del campo. Es una lástima que no podamos seguirla con instrumentos...; pero al menos veremos adónde va a parar... Muy bien, ¿no hay ninguna pregunta?... Pues vamos ya.

Me uní al doctor Hérzog, y nos dispusimos a salir. Cuando pasábamos junto a Tom, el físico sonrió y le dijo: —Procuraremos descubrir el secreto.

Tom lo miró con expresión extraña y luego me miró a mí del mismo modo, sin apartar los ojos de nosotros hasta que llegamos a la puerta. Aquella fue nuestra despedida. Nunca más volví a ver a Tom con vida.

LES fuí mostrando el camino al doctor Hérzog y a media docena más de científicos. Conforme avanzábamos a lo largo de la alambrada, uno a uno se iban quedando en sus puestos, hasta que por fin nos quedamos solos el doctor y yo. Al lugar que nos habían destinado llegamos con nueve minutos de anticipación, y graduamos cuidadosamente nuestro gemelos, dirigiéndolos al grupo oscuro de los postes. Pero, por más que miré, no pude distinguir a Pinto.

Mientras aguardábamos, le señalé al doctor Hérzog las posiciones que cada uno ocupaba en el campo en el momento en que lo desconocido había arrebatado a Mary. Allí, cerca de nosotros, iluminada por los mismos rayos de luna, se veía la trinchera donde los dos hombres habían estado trabajando; aquel otro era el lugar donde había estado yo; allí estaba Tom, y Mary había pasado por allá, en su camino hacia el lugar del misterio. Por allí era por donde yo había caído a tierra, aturdido. La cabeza vino directamente hacia nosotros y atravesó la alambrada por aquel sitio. El hospital y Big Pond se encontraban más allá,

El doctor Hérzog me escuchó con atención, pero no habló casi nada. Esperamos durante un tiempo que nos pareció larguísimo. Luego, por fin, los reflectores dieron la señal. Durante un segundo, el centro del campo quedó bañado en luz. El trozo oscuro que había en su centro, se convirtió en un rodal erizado de postes. Mientras levantábamos los gemelos, volvió a oscurecerse todo.

Aguardamos, con los gemelos preparados. Los segundos que transcurrían nos parecían minutos. De repente, como antes, los reflectores se encendieron de nuevo. Yo contuve el aliento.

ENTRE los postes se oyó como un leve crujido o rasgido, acompañado de una nubecilla blanca: igual que la vez primera. A través de mis gemelos, vi cómo la nube se iba aclarando y desaparecía. Un objeto grande e irregular apareció entre los postes: era la cabeza de Pinto, y el vago y vaporoso contorno de su cuerpo. Por arriba se fué volviendo un poco más marcado, y un poco más oscuro por abajo. Pareció que crecía.

—Se dirige hacia nuestro lado —exclamé.

Con los gemelos en alto, lo miramos. La cabeza fué creciendo. Al parecer permanecía en el mismo lugar, pero seguía agrandándose. Aquello no podía significar más que una cosa. Le dije a Hérzog:

—Viene en nuestra dirección.

El doctor Hérzog no hizo comentario alguno; pero yo lo sentí tenso junto a mí. Aguardamos. De repente, exclamé:

—¡Oh, no! ¡Oh, no, no!

Había visto algo más y, repentinamente, lo comprendí todo. Había otro objeto detrás del primero, un objeto más pequeño, cubierto hasta entonces

por el caballo, pero visible ahora en parte. El primer objeto era Pinto. Yo todavía no podía distinguir con claridad el segundo, ¡mas sabía quién era! Un dolor agudo me atravesó el pecho. Creí que el corazón se me paralizaba. Exclamé:

—¡Es Tom también!

El doctor Hérzog respiró con fuerza, pero no dijo nada. Nos quedamos mirando el objeto. Yo grité:

—¡Ahí tiene la venda!

Me pareció que todo lo que me rodeaba desaparecía, excepto los espantosos objetos que ahora se dirigían hacia nosotros. En medio de emociones indescriptibles, vi que se movían alejándose del centro iluminado. La cabeza de Pinto se aproximaba, cada vez más grande, y un poco más allá y ligeramente ladeado, se veía en parte una cabeza más pequeña, una cabeza con la frente vendada, que flotaba a una distancia constante de la de Pinto, siempre con el mismo movimiento. Junto con ella, se veían restos de cuerdas y trozos de postes.

Dejé caer los gemelos. A unos dos metros y medio de altura, las dos cabezas se fueron acercando a nosotros, lenta y horizontalmente, un poco hacia nuestra izquierda. Eran opacas. Se encontraban ya a unos diez metros de distancia. La luna las iluminaba con toda claridad. La figura de Pinto estaba vuelta hacia otro lado, desviada ligeramente de la posición vertical que habría tenido en vida; Tom se encontraba casi cabeza abajo, más bien hacia la derecha, y tenía los ojos cerrados. Flotaron cada vez más cerca, y pasaron uno tras otro, a través de la alambrada. Yo oí que el doctor Hérzog sofocaba una exclamación.

Pasaron a unos cuatro metros de distancia de nosotros, y atravesaron directamente el estrecho caminito, dirigiéndose hacia la alambrada del otro campo. Yo comencé a seguirlos. El

doctor Hérzog me imitó. Pasé trabajosamente a través de la alambrada, y mantuve separados los alambres para ayudarlo a pasar a él; pero el doctor fué con paso vacilante hasta un poste, se agarró a él con fuerza, y me indicó que siguiera yo adelante. Vi que jadeaba, físicamente indispuerto. Su corazón no podía resistir aquellas emociones.

—¡Siga! —exclamó—. ¡Siga adelante!

LO dejé y me dediqué a seguir los dos objetos, acercándome a ellos por el extremo opuesto del campo. Pasaron entre los árboles. Durante un segundo, me volví y vi a Hérzog agarrado aún al poste. Había junto a él otros dos hombres. Luego seguí tras las figuras de Tom y de Pinto.

Pasaron por entre los árboles y a través de ellos. Siguiéron derechamente hacia adelante, hasta llegar al otro extremo; en suave y contenido avance, girando lenta e independientemente; Pinto adelante, Tom a poca distancia detrás. Se mantenían a unos dos metros y medio del suelo, a veces un poco más, a veces un poco menos. Cuando llegaba a una depresión del terreno, parecían reaccionar ante ella y descendían un poco.

Entre los dos iban algunos fragmentos de cuerdas y postes. Los dos, a quienes tanto yo había conocido, seguían adelante: Pinto con su ronزال; Tom con el vendaje en la frente, y el inevitable mechón de cabellos rojizos sobre la venda. Pinto tenía ahora los ojos cerrados, y su boca se movía un poco. Los ojos de Tom estaban entreabiertos; pero no se veía expresión alguna en la cara manchada de yodo.

Siguiéron adelante por el mismo camino que Mary: el camino que conducía a las afueras de la ciudad: el que atravesaba la granja: el que un millón de veces se había cubierto con las huellas de las pisadas de los dos...

y también con las de Mary y las mías.

Los seguí a paso vivo, un poco detrás que ellos. Podría haberlos tocado; pensé en ello, pero no me atreví. Me imaginé mi mano atravesándolos, y la cara de Tom vuelta hacia las estrellas, con los ojos abiertos, sin demostrar por su expresión que él se daba cuenta de lo que yo hacía, pero tal vez sintiéndolo...

Llegamos a un estanque. Ellos siguieron directamente hacia adelante, y lo atravesaron descendiendo un poco sobre su superficie. Yo lo bordeé corriendo, y me reuní con ellos otro extremo. Pasamos por una granja, tranquila y solitaria a la luz de la luna, con una sola ventana encendida. Pasamos los cobertizos... y seguimos adelante, camino de un destino desconocido.

El hospital apareció ante mi vista. Pasamos frente a él, por el extremo meridional de su jardín. ¿Seguirían los enfermos mentales temblando ante lo irreal de la realidad que habían presenciado el otro día?

Dejamos atrás el hospital.

YO estaba ya cansado y sin aliento. Tropezaba con frecuencia. Me enganché en unos alambres de púas. Empecé a sangrar. A veces hablaba, otras decía:

“¡Tom! ¡Si pudieras hablar! ¿Puedes verme? ¿Sabes que te estoy siguiendo? ¿Tu mente sigue unida a tu cuerpo?... ¿o se encuentra en otro lugar que yo ni siquiera puedo imaginarme? ¿Lo comprendes todo ahora? ¿No puedes indicármelo?... ¡Ah, pero tus ojos se mueven!...”

“¡Tom, no deberías haber vuelto a donde estaba Pinto! ¡El dolor se te habría pasado! Pero las trincheras estaban allí, y era tan sencillo...”

“Tom, ¿te das cuenta de que vas con Pinto? Tu vieja Pinto..., tu yegua, tu compañera, la inseparable du-

rante años enteros, casi parte de tu propio organismo; la yegua con la que en otros tiempos galopabas por el campo, y con la que ahora, unidos de nuevo, flotas sobre ese mismo campo..., compañeros una vez más en el último e incomprensible viaje...”

“¡Di algo, Tom! ¡Háblame, dime lo que te está ocurriendo!” ¡He visto que tus labios se movían! ¿Adónde vas? ¿Qué sientes? ¿No sabes que estoy yo aquí? Soy yo, Jack..., tu viejo amigo... Pero tu cara está vuelta hacia la luna; tus ojos están ahora cerrados, y flotas hacia un destino desconocido.

“¿Ves?, ¡ésa es la granja de tu padre! Mira, ¡allí es donde encontrábamos los huesos de indios! ¿No te acuerdas de éso? Ahí está la casa. Nadie vive ahora en ella, Tom. Los chicos han roto las ventanas; los más osados se han atrevido a desafiar a los fantasmas y han entrado en ella, destrozando con sus juegos brutales lo que han encontrado a su paso; pero es tu casa, y tú naciste ahí, te criaste ahí; no hay un centímetro que no conocieras cuando ibas de un lado a otro con tus urgentes tareas infantiles. ¿No puedes recordarlo desde donde se encuentra tu mente?”

En la cara de Tom no se notó signo alguno de que se diera cuenta de mi presencia. Pero sus ojos se abrieron a medias. Siguió flotando en otro tiempo y en otro espacio. Seguía con Pinto.

Flotaban igualmente, en su recto camino, siempre girando un poco, y así pasaron los cobertizos de la granja y el prado, y se aproximaron al estanque.

“Tom, ¡aquí es donde quisimos provocar una lucha de ranas! No tuvimos suerte alguna. No quisieron pelear. Y hace tiempo que pasaron de la vida al arcano de la muerte. Tú también te has transformado en algo distinto, y flotas misteriosamente sobre esta migaja del universo, que en pasados tiempos fué toda tuya y que abandonas tan

serenamente. ¡Aquí está el estanque! ¡En otras épocas, los patos blanqueaban sus aguas! ¿Te acuerdas, Tom?”

Con las cabezas bajas, Tom y Pinto cruzaron el estanque; y, como antes, yo corrí junto a la orilla y me reuní con ellos en el otro extremo. Siguiéron flotando hacia adelante. Penetraron en el pequeño claro...

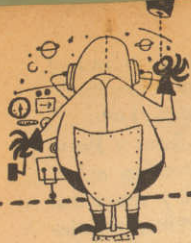
“¿Recuerdas este lugar, Tom? ¿Recuerdas las horas que jugamos aquí; y las veces que vinimos a descansar y llorar; y el día en que viniste a verme con Pinto, para pedirme que diera un paseo en él. Yo tenía miedo. ¡Pero tú me hacías tan gran favor!... Tenía que aceptar, porque era el único medio de darte a entender que habíamos vuelto a hacer las paces. Por eso monté en Pinto..., en Pinto, ¿lo recuerdas?”

Seguían flotando eternamente hacia delante, Pinto con su ronزال, Tom con sus cardenales y lastimaduras, sus manchas de yodo y su frente vendada, con el rebelde mechón rojizo sobre la venda. Me pareció que sus cabezas se iban volviendo más transparentes; de una substancia más tenue. Había momentos en que podía ver a través de ellas.

Prosiguieron su camino directo, girando lentamente, flotando con serenidad bajo los rayos de la luna. Llegaron al lago. Yo estaba agotado.

Me quedé junto al borde y los miré. Gradualmente fueron descendiendo hasta quedar a ras de la superficie. Eran como fantasmas, y a mí me parecía ver sus cuerpos enteros. Los vi rozar el agua; luego, bajar constantemente, hasta desaparecer en ella. Me quedé mirando el lago, largo tiempo, pero no volví a verlos más...

“¿Has encontrado a Mary, Tom? ¿Comprendes ahora lo que le ocurrió? ¿Puede ser feliz contigo? ¿Se sorprendió al verte llegar con Pinto? ¿Permaneceréis juntos mucho tiempo? ♦



CORRESPONDENCIA

proyectiles dirigidos

SECCION CIENTIFICA

Señor Director:

Mis felicitaciones a los superdotados que responden la Sección Científica, por sus magníficas y precisas respuestas.

ALBERTO C. DE RENZIS (Capital)

Señor Director:

Veo que en general se alaban las respuestas de la Sección Científica. Muy bien, pero... ¿entenderán algo los interrogadores? Porque yo, ¡le juro!, no entiendo un pito. Resulta que a las preguntas fáciles ustedes contestan en difícil y uno se queda diciendo: "¿y esto, con qué se come?". Es más o menos como pedir un churrasco y que le traigan a uno "omelette petit toujours l'amour".

CARLOS F. SOSA (Montevideo)

ESPACIOTEST

Señor Director:

¿Cuánto le pagan al autor del Espaciotest? ¡Yo no lo haría ni por el doble!

E. T. (Capital)

El sí.

Señor Director:

¡Apasionante el Espaciotest...! (Me refiero a los dibujitos).

OSCAR L. T. (Capital)

DISTINTIVOS

Señor Director:

La idea lanzada por una muchacha (M. A. Nº 32) para emitir distintivos que identifiquen a los lectores de MAS ALLA en todo el continente, y constituyendo de esta suerte una verdadera Sociedad Masallérica Americana, me parece bastante original; a la cual quisiera añadir ésta, un tanto más extraña: Editar un librito de direcciones en el que cada lector confeso de M. A. concede la suya a fin de que por este medio uno sepa cómo escribir a cada uno e intercambiar opiniones, ideas y material referentes a f. c. ¿Qué le parece?

A. GHARDINNER (Caracas, Venezuela)

Señor Director:

Aprovecho la oportunidad para expresar mi adhesión a la sugerencia que Beatriz Brett hace en el número 36 de M. A. ¿No sería factible la creación de un distintivo que nos identificara como "seguidores, admiradores y propagadores de la f. c. y de MAS ALLA"?

JORGE PALADINA (Córdoba)

Señor Director:

Soy campesino descendiente de un famoso rastreador de lachihuanas que existió en los tiempos de ñaupá. Y, por las cartas que escriben algunos lectores de MAS ALLA, reconozco que todos los que han estudiado saben dónde se pone una coma, pero a juzgar por los temas que abordan, no me parecen más sapientas ni menos vanidosos que yo, puesto que tengo la pretensión de ver telepáticamente a los autores de cada carta. Y como algunos terrícolas viven en Brasil, otros en Tierra del Fuego, no veo utilidad ni razón para utilizar el distintivo que algunos proponen. Opino yo, que los más sensatos llevarán el distintivo intrínsecamente, en la cordura del alma. Pero externa y deliberadamente sólo deberían llevarlo los observadores de platos volantes, los supuestos radicados en otros planetas y los lectores que ya estén albergados en asilos de enfermos mentales.

PABLO ANRIQUE (Olivos)

Señor Director:

MAS ALLA debe y puede, si los lectores la apoyan, preocuparse por formar un Club propio, donde los residentes de la Capital puedan reunirse en determinados días e intercambiar ideas personalmente. Los lectores de MAS ALLA residentes en centros lejanos podrían formar "Sucursales locales del Club Central" y comunicarse con éste por correspondencia. También los lectores de otros países podrían considerar la formación de clubes.

HUGO D. GROOS BROWN (Ensenada)

Señor Director:

Leí en el Nº 36 los proyectiles dirigidos de B. Brett y M. Cuñado y estoy de acuerdo en que deberíamos usar distintivos los lectores de Más Allá. Me gustó sobremanera "Sutil Victoria" de E. C. Tubb, pues nos aplaca un poco los humos que tenemos sobre la superioridad terráquea. No hay que hacerse demasiadas ilusiones. Es muy agradable el uso de los apodos pero será preferible que también se pongan los nombres y apellidos.

OSCAR A. DOSSO (Resistencia, Chaco)

Señor Director:

Apruebo ruidosamente la idea de los distintivos, porque sería algo muy hermoso ir por la calle y de repente sentir que alguien nos detiene y nos pregunta: Ué, paisano. ¿cómo está?

MAURICIO KITAIGORODZKY (Capital)

INCOMPRENSION (M. A. 36)

Señor Director:

Es un cuento mal escrito, sin ningún interés, con un final completamente flojo. Si usted dice que todos los cuentos que se publican le agradan, no entiendo el criterio que adopta para clasificarlos. Leyendo el Nº 37 tuve la penosa impresión de estar asistiendo a la agonía de su revista, como un pescado que, lejos de su estanque, se arrastra por el suelo en los últimos estertores de la agonía. Y digo penosa porque a pesar de todos sus defectos MAS ALLA me agrada.

JORGE ESPIN (Capital)

☐ Critiquenos sin desmayo, quizá entre sacudón y coletazo lleguemos de vuelta hasta "su" estanque.

Señor Director:

Admiro su obra. Cuentos como "Incomprensión" dejan una marca indeleble en el espíritu y hacen pensar que la religión con la ciencia no pueden ir nunca de la mano; la religión, hace lustros, viene diciendo lo mismo, la verdadera ciencia la aplasta, pues si le hiciera caso, todavía andaríamos con el arco y la flecha. Hay muchas religiones y una sola verdad: lo comprobado, eso no quiere decir que sea ateo pero sí muy realista; religión y leyenda son sinónimos.

HECTOR J. LORENZO (Lomas del Mirador)

PLATOS VOLADORES

Señor Director:

MAS ALLA debe publicar un nuevo artículo sobre los "Platos Voladores". En la revista "Coche a la Vista" un artículo informa rotundamente que los Platos Voladores son contruños por una poderosa fábrica de automóviles de Detroit por cuenta del gobierno de los Estados Unidos. A su vez, la revista "Mundo Argentino" cita una afirmación del Mariscal Montgomery, ex comandante de los ejércitos aliados expedicionarios, en la que dice que los Platos Voladores provienen del planeta Marte u otro planeta habitado por una civilización super desarrollada.

Espero que "MAS ALLA" publique una información contundente y clara para saber quién tiene razón.

BERNARDO RUBIN (Capital)

Lectores que desean entablar correspondencia con amigos de M. A.:

Félix A. de Bazán Chrystti, Morona 467, Dto. 3, Distrit. Breña, LIMA - Perú.

Sergio Zrinscak, Jauja 590, Tarma, Perú. Celina Manzoni, Pueyrredón 333, San Martín, Pvcia. de Buenos Aires.

SIMIENTE (M. A. 39)

Señor Director:

Es una novela sencilla pero tremendamente humana, hermosa y triste como un poema, dramática y alentadora. Tal fué mi entusiasmo que faltaba una hoja para terminarla y creía haber leído solamente la mitad. Que la simiente de este cuento crezca en el jardín de MAS ALLA.

HECTOR J. LORENZO (Lomas del Mirador)

Señor Director:

Es una novela muy buena que demuestra lo que ocurrirá a la humanidad si sigue experimentando con bombas.

FELIX SOSA (San Luis)

Señor Director:

Es una novela muy de acuerdo con nuestra era atómica, pero con la reconfortante conclusión optimista.

MYNA SYLVEIRA (Rosario)

EL CLAMOR DEL SILENCIO (M. A. 37-38)

Señor Director:

No sé si bendecir a MAS ALLA por haber publicado una novela tan extraordinaria como ésta o maldecirla por obligarme a esperar un mes para leer la conclusión. Una obra así merece todo un número de la revista; es la mejor que se ha incluido en el material de MAS ALLA hasta ahora.

OSCAR L. TREASURE (Capital)

Señor Director:

"El Clamor del Silencio" es algo que supera todo lo anterior, es simplemente fascinante, mezcla la f. c. y el ser humano con una sencillez que ningún otro autor ha logrado aún.

RICARDO A. COMES DUMOULIN (Capital)

Señor Director:

Brutal "El Clamor del Silencio"

ESMERALDA CAPOANO (Lanús)

Señor Director:

Un muchacho amigo mío, también lector de M. A., me dijo: dile a esa Esfing Imperdurable que es el señor Director, que "El Clamor del Silencio" es, según su opinión, un engendro, de la gloriosa novela de John Wyndham "El día de los Trífidos". En resumen, M. A. no merece ser leída más por nadie.

P. D. Acompañó cheque por suscripción a M. A.

EDUARDO PESCI (Capital)

Señor Director:

Esta novela me trae viejas memoranzas de EL DIA DE LOS TRIFIDOS (M. A. 1) y LA AGUIJA, (M. A. 32-33), aunque la considero mejor que ambas.

CARLOS F. SOSA (Montevideo)

Señor Director:

Me apasionó "El Clamor del Silencio". Es un cuento bonísimo, aunque sospecho que va a traer cola entre los lectores. Me ha gustado la franqueza con que afrontaron la situación

de Sally, entre Oliver y Gary. ¿Qué otro camino le quedaba? Yo creo que me gustaría ver a los "protestones" en ese trance. Así que nada de falsos pudores y dejen caer la máscara de hipocresía con que ocultan los pensamientos y sentimientos que son verdaderos.

MARGARITA CUÑADO (Capital)

Señor Director:

Lamento no poder enviar mis opiniones por medio de señales de humo, como sería de mi agrado. Pero, lo mismo, felicitaciones al autor de "El clamor del silencio".

CACIQUE NUBARRON (Trelew - Chubut)

Señor Director:

"El clamor del silencio" no resultó tan bueno como la mayoría de sus novelas largas.

CARLOS L. TONELLI (Bernal)

Señor Director:

Considero a esta novela profundamente in-moral porque considera que el hombre, ante situaciones adversas, es incapaz de rasgos que lo distinguen como tal y que lo único capaz de surgir en él es la animalidad. Intenta destruir la esperanza de un mundo mejor con hombres mejores y si W. Tucker cometió un error al escribirla, ustedes otro peor y más grave al publicarla.

C. MANZONI (San Martín)

Señor Director:

Es la única novela que le pisa los talones a "El día de los Trífidos". Me hace recordar a la época de oro de M. A.

LUIS ZACUR (Asunción)

Señor Director:

Esta novela me dejó muy decepcionado. ¿Será porque algunas novelas terminan donde deben empezar?

MANUEL M. DAMONTE (Mercedes)

Señor Director:

Si fuera una película se la tildaría de neo-realista. Yo compro M. A. para leer algo que está más allá de la ciencia y de la fantasía.

HECTOR J. LORENZO (Lomas del Mirador)

Señor Director:

El argumento es genial, pero su fondo es amoral.

PIRINCHO 1º (Martínez)

Señor Director:

La lectura de la obra de W. Tucker empuja a un análisis de crudas consecuencias. El hombre ha estado ya muy cerca del cuadro que pinta el recio autor. Mientras algunos sabios se inclinan con fervor sobre el plano o sufren el sudor heroico del quirófano o penetran con ojos ávidos en el mundo de lo inmensamente pequeño, otros se abocan en la inhumana tarea de destruir al hombre por el hombre mismo. Mientras por un lado se muestran orgullosos los diseños de las máquinas que algún día partirán hacia otros mundos en busca de otras civilizaciones, otros dogmas, otras formas, pero siempre en busca de vida, por el otro, hombres también, exhiben las armas que la maldad de otros seres imaginó, se disputan el poderío de los mares, de las tierras, de los cielos, pero olvidan la conquista de las almas. El hombre de

berá encarar un proceso de transformación como quizá nunca pueda lograrse. Deberá luchar para vivir. Bestialmente a veces, pero vivir. Algún día el hombre alzaré orgulloso las armas de su mejor victoria. Cuando acuda al desfile de los ejércitos de los hombres que luzcan en sus manos el brillo de sus armas de amor y sacrificio. Cuando abra el alma al nacimiento de una flor; cuando cante a la piedra y a la lluvia; cuando mueva su pecho la sonrisa de un niño. Entonces habrá ya conseguido la más alta victoria, la suprema conquista: habrá colonizado la grandeza de su alma.

CARLOS A. PERRONE (Morón)

Señor Director:

Es una abominación literaria, no en el sentido puro de la literatura sino en el aspecto particular de la ciencia ficción.

ROBERTO P. J. PERAZZO ALBERTELLI (Capital)

Señor Director:

"El clamor del silencio" es el reencuentro de M. A. con el camino del éxito. Hay una cosa interesante en esto: las mejores novelas fueron aquellas en que la acción se desarrolla en la tierra, sin remontarse a otras épocas y sin inventos estrafalarios.

M. FUKSMAN (Capital)

Señor Director:

Considero que esta novela no tiene ningún asidero para entrar en la categoría de novelas de f. c. ¿Cómo es posible que la nación atacada desconozca a sus enemigos? En suma: una novela más, sin pena ni gloria.

BOB SAVAGE (Capital)

Señor Director:

Se encuentra al mismo nivel que "El día de los trífidos" aunque ambas adolecen del defecto de dejar al lector con un vago sentimiento de incertidumbre por su final. Es asombroso el incremento que ha logrado la f. c. en los últimos tiempos. Y es a todas luces evidente e innegable que ha sido M. A. una de sus más sobresalientes propulsores en nuestro país.

GUSTAVO E. MALDONADO (Córdoba)

EL HOMBRE QUE SABIA NEGAR
(M. A. 35)

Señor Director:

Generalmente, los cuentos son buenos, pero los finales no satisfacen o sólo los finales son buenos. En este cuento ambas bondades se reunieron y produjeron un entretenido cocktail.

ROLANDO KLAGGES H. (Sgo. de Chile)

ILUSTRACIONES

Señor Director:

Dígame al señor Alberto Goltbert (M. A. 35) que si en realidad es interesante su idea, también son buenas las ilustraciones que hay ahora, y, después de todo, más vale malo conocido. ¡Ah! Tengo una pequeña duda. ¿Todos los dibujantes reconocen la superioridad de Picasso? Me parece que no, porque si fuera así... ¡Pobre MAS ALLA!

MAURICIO KITAIGORODZKY (Capital)

Señor Director:

Nosotros queremos descubrir lo racional pero... no hemos visto nada tan barato como las ilustraciones de Olmos, ¿sabe? Nos hacemos tests los unos a los otros para saber qué piensan del caso, pero para nosotros es un misterio.

C. O. P. C. E. (Rosario)

Señor Director:

Las ilustraciones son pésimas en todos los números. Por lo demás, la revista casi siempre excelente. Publique muchos cuentos de Isaac Asimov.

JORGE ROBLES (Mar del Plata)

Señor Director:

¿Cómo consiguen puestos los dibujantes de allí? ¡Dígame! pues yo tampoco sé dibujar, y menos aún tapas. Vuestros dibujos son morbosos, parecen obras de locos. ¡Manos crispadas, caras monstruosas, cuerpos deformes! ¡Bodrios repugnantes!

C. ENRIQUE S. KRUINGER (Capital)

Señor Director:

Espero que estos días no salga en un Editorial: "MAS ALLA costará desde el próximo número 7\$. Este aumento se ha introducido porque deseamos mantener y mejorar la calidad de la revista, etc.". Ya en el número 21 sucedió. Aparecieron mejoras en fotografías interiores (aunque el primer número ya las tenía), para irse diluyendo paulatinamente. También el número de páginas se redujo sensiblemente. (Ya sé que si pongo después de este párrafo adverso a la revista "por supuesto esto no se publicará", lo publican)

CARLOS A. ALTGELT (Capital)

☞ A pesar de no haberlo puesto igual se lo publicamos.

CHISTES

Señor Director:

La pluma de Mazzone no es mala, pero le hace falta un Oesterheld para reforzar a este inocente Maquiavelo. Sus personajes parecen salir del cuadrado final para ponerle a uno el revólver en el pecho y decir entre dientes: "¡Sonría!".

S. SCHMIDT (Capital)

Señor Director:

Me parece injusta la sentencia del Sr. C. L. Tonelli (M. A. 39) quien parece sobornado por el derrotismo. El 99% de los chistes son buenos.

DICK MARTINO (Capital)

SOCIALES Y POLITICAS

Señor Director:

El problema que me preocupa no es nuevo. Desde el tercer número se ha comenzado a descuidar un aspecto importante: El progreso de la humanidad no sólo es científico, técnico o industrial. También ello es fundamental, la humanidad marcha hacia un mundo socialmente mejor, es decir que no es posible admitir que lleguemos a la conquista de nuestro sistema o de las estrellas con la estructura social actual.

Comprendo que es un grave problema depender en absoluto de escritores norteamericanos o ingleses o de compatriotas, que sólo pueden, en las 2 primeras, imaginar o desear la subsistencia del régimen capitalista, y por ello no puedan imaginar un mundo sin fronteras, formado por hombres que se consideren de verdad hermanos.

ARNOLDO D. FISCHER (La Plata)

HACIA ARRIBA Y HACIA ABAJO

Señor Director:

Si bien la divulgación de conocimientos es interesante, creo que MAS ALLA no debe ni quiere convertirse en una revista como Mecánica Popular para futuros ingenieros espaciales. Que el espacio interplanetario pueda ser una conquista de ésta o la próxima generación, no aconseja orientar el interés de la humanidad hacia ella en una forma tan materialista. La epopeya indiana, la conquista del oeste de los EE. UU., la portuguesa del período africano y de las Indias, no surgieron seguramente de una propaganda estadística (que no desestimo), sino de que se consiguió encender la imaginación de una raza con una orientación de aventura. Esa es la misión de Más Allá, la de prender la llama de la aventura lo que requiere primero conmover los espíritus y en última instancia, obrar sobre las emociones humanas.

JORGE S. PARERA (Capital)

Señor Director:

Me parece muy acertada la forma de combinar cuentos de diferente material (viaje interplanetarios, desarrollos científicos terrestres, avances de la biología, medicina, etc.) Esta es la forma de satisfacer a la mayor cantidad de lectores.

HARRY S. FRANK (Santiago de Chile)

Señor Director:

Soy estudiante del 2º Año de Ingeniería y Técnico Mecánico Nacional. Mi vocación por la ciencia es muy profunda, por ello, leo cuanto cae en mis manos sobre Física y en especial sobre Einstein y sus teorías, que sólo podrán apreciar en su verdadero valor nuestros nietos (yo tengo apenas 20 años); le aclaro todo esto para que usted comprenda por qué aprecio mucho su revista, única en su género por la abundancia y calidad científica de sus artículos serios. Para mí es un motivo de profundo orgullo cuando toda una autoridad en Física Superior como es el doctor Loedel da su clase en la Facultad y la mayor parte de sus explicaciones ya las he leído en MAS ALLA. Por todo lo felicito efusivamente, y lo incito a proseguir esta tarea que es titánica, pues comprendo que a muchos lectores les serán algo pesados algunos artículos científicos, dada su deficiencia involuntaria en tales materias.

ARNOLDO D. FISCHER (La Plata)

Señor Director:

Cooperando un poquito con mi opinión, para la buena marcha de su revista, he de decirle al igual que el Sr. Pablo Solvey (Capital) que su revista ha bajado de nivel; yo desde luego, sólo conozco a partir del Nº 25, pero ya

desde este número se empieza a notar que se duermen en los laureles; límitese a la ciencia pura, a la ciencia formal, pues la de su revista no tiene nada de formal. Hay mucho campo de acción para los que de buena fe quieren escribir sobre la ciencia, pero por lo que más quiera no nos haga perder el tiempo, en la actualidad tan precioso, con esos "embrollos".

FRANCISCO A. MOLINA (Córdoba, España)

Señor Director:

Cada vez que termino de leer MAS ALLA siento ese "No se qué tan fuerte", del que habla usted en la sección de Projectiles Dirigidos. Es la natural sensación del que mira por una puerta entreabierta, del que abre la tapa del libro recomendado, del que piensa por primera vez en las bellezas de algo visto todos los días. Es algo así como esto, y aún más, pues la puerta entreabierta es nada menos que el Futuro. Todo el pasado, aún el de los pueblos desconocidos de nuestra historia, convergen hacia nuestro presente y se manifiestan en nuestras costumbres, nuestra vida cotidiana, etc. ¿Pero qué es el Futuro? Nadie lo conoce, pero nuestro goce es suponerlo, pues nos es desconocido y somos aventureros. Las naves están en puerto y este puerto, por lo menos para mí, es MAS ALLA.

R. GOLBERT (Rosario)

CUENTOS NACIONALES

Señor Director:

Son en general flojos. No me lleva a esta opinión ningún criterio anti nacional. Hasta lo hallo explicable visto lo nuevo del campo para nuestros escritores. Pero destaco que los mejores cuentistas americanos e ingleses son científicos de nota con imaginación, físicos, astrónomos, etc. Sirvan de ejemplos Wyndham, Van Vogt, Asimov. Y si no, les sobra imaginación, como a Bradbury por ejemplo. ¡Vivan los autores argentinos siempre que nos den algo bueno!

JORGE PARERA (Capital)

FIRMAS SIN GRACIA

Señor Director:

Siempre hallo muy divertida la sección de P. D. hasta que tropiezo con la firma de uno de esos pseudo-habitantes de Marte, Venus, Sirio o cualquier otro cuerpo celeste; que, con unas cuantas letras o cifras sin ningún sentido, pretenden poseer una gracia que se encuentra muy lejos de semejantes manifestaciones.

FERNANDO MARTINEZ (Rosario)

Señor Director:

En el número 36 de su revista escribe un cierto T-Dax-3527.369 (h) (39 Pantano a la izquierda), que apoya el acercamiento entre masallistas; me agrada saber qué significa su apodo, si es posible. Y no comprendo por qué Mauricio Kitaigorodsky ve ridículo su apodo. No estoy de acuerdo con él, pues uno puede firmar como le parezca.

ANNA TANCIONI (Capital)

Señor Director:

Ha sido extraordinaria la idea de reducir la letra de los Projectiles Dirigidos. Me pregunto si Ernesto Clusellas será miope (M. A. Nº 36). En esa misma sección he leído una carta de Mauricio Kitaigorodski. No me parece que sea ridículo firmar 12-12-2001-6. Si él no quiere martirizar al linotipista con apodos, no se da cuenta que a veces lo ayudan. Por ejemplo si en vez de firmar Kitaigorodski pusiese Pablito... Y, además, ¿quién dice que nadie lee las firmas de las cartas? ¿Acaso él no la leyó...?

CARLOS A. ALTGELT (Capital)

Señor Director:

¿Tiene usted algo contra el linotipista o es que simplemente le gusta el nombre de Mauricio Kitaig...?

C. A. CAFISO (Capital)

Señor Director:

¡Por favor, Sr. Kitaigorodsky! ¿Se ha puesto usted a pensar cuántas veces martiriza con su apellido al linotipista?

ROBERTO CARRANZA (Caracas - Venezuela)

TAPAS

Señor Director:

En el Nº 35 responde usted a un lector que se ríe de la tapa del Nº 34 ("En conjunto parece una cafita voladora") con una aplastante tapa:

"Son los cohetes de juguete los que llevan aletas impresionantes" Me permito recordarle que en todos los números de "La conquista de la Luna" aparecen término medio tres cohetes (casi siempre en tres etapas, muy lindos, muy realistas) todos ellos con aletas impresionantes. Le quedan dos soluciones 1º) Reconocer que ha estado jugando hasta en los artículos científicos o 2º) Reconocer que el lector tiene razón.

JUAN CABRERA (Capital)

☞ A toda tapa le llega su contratapa.

Señor Director:

La revista cambia de dimensiones: disminuye su volumen y aumenta su peso por los cuentos malos. ¡Ah! ¿Es cierto que para la tapa del número 39 posó usted?

JORGE E. PRADO (Capital)

☞ ¿Me cree tan vanidoso?

Señor Director:

Empezaré por el comienzo de toda revista: las tapas. Antes no podía distinguirlas de la contratapa. Sin embargo, las de los últimos números son sencillamente magníficas. Por otra parte no estoy de acuerdo con Luis Cendra (M. A. Nº 36) Acaso el cohete partiéndose en dos al chocar con la atmósfera (portada del Nº 31) ¿no es una escena común en nuestros tiempos?

CARLOS A. ALTGELT (Capital)

Señor Director:

Ruégole que comunique al señor Carlos Cruz mi muy sincero elogio pues la portada que realizó en el Nº 36 es magnífica. A mi juicio, había varios meses que no se veía una tan buena.

EMILIO PERRIN (San Martín)

Señor Director:

El color me gusta, pero... mucha ciencia y poca fantasía. ¿Por qué no toman como ejemplo las tapas de las ediciones de los "pocket books" americanos?

JORGE S. PARERA (Capital)
claro, pero cuando compré el Nº 36 creí que una nueva y revolucionaria teoría había venido a dar por tierra con el proyecto de Von

Señor Director:

En general el significado de las tapas es Braun de una estación espacial en forma de anillo. A este rompecabezas cualquiera puede interpretarlo como formándose o como si un golpe lo hubiera deshecho bruscamente.

FERNANDO MARTINEZ (Rosario)

Señor Director:

No digo más que esto sobre las tapas: no more, please.

R. GOLBERT (Rosario)

Señor Director:

¡Bravo, señor Director! Ahora los lectores de Más Allá tenemos más esperanza. El número 35 alcanzó casi la altura de los primeros. Si no lo hizo fue por el peso de la tapa: ¡Mediocre, Dire! ¡Mediocre! ¿No le parece que ya es hora que se nos tenga en cuenta con respecto a ese punto? ¡Y mire que somos muchos los que gritamos! ¿Dónde se metieron aquellos artistas?

ALFREDO ALFONSINI (Entre Ríos)

Señor Director:

No voy a criticar las tapas que, en general son buenas.

NORA INGENIEROS (Bernal)

Señor Director:

La portada del Nº 36 es extraordinariamente buena. Representa en unos pocos centímetros cuadrados lo que MAS ALLA ha tratado de encontrar en sus tres años de vida: que el hombre no es un ser que se ha estancado en su civilización actual sino que siempre trata de llegar adelante y que aún le faltan muchas piezas para completar el inmenso rompecabezas que representa la ciencia.

MAURICIO KITAIGORODZKY (Capital)

Señor Director:

Me alegro que hayan retomado el buen camino en materia de tapas; la del número 36 no necesita explicación y es por demás significativa.

MAXIMO SINGER (Capital)

CORRESPONDENCIA

Señor Director:

Después de un cálculo aproximado puedo afirmar que mis hijos vivirán hasta el año 2030, aunque todavía no han nacido, por eso les sugiero la conveniencia de que las tapas de MAS ALLA sean de un material un poco más durable, porque pienso dejarles la valiosa herencia de mi colección. Suban el precio y preséntela un poco mejor.

SERGIO ZRINSCAKB (Lima- Perú)

Señor Director:

Debo, en primer término, hacer un elogio para el dibujante que tanto se destaca en la ilustración de las tapas de "MAS ALLA", y además felicitarlo por lo acertado que estuvo con la elección de la foto de la contratapa.

HECTOR H. MICHELLI (Bahía Blanca)

Señor Director:

De mi parte le puedo asegurar que todos los meses espero con verdadera ansia la aparición de Más Allá, para mí todo es interesante tanto como me parecieran cuando era pequeño las novelas de Julio Verne, y que hoy veo hechas realidad en un 99 %; eso de que haya lectores que critiquen las tapas será porque no las interpretan, acaso no estén a la altura mental necesaria para ello.

PAULINO J. POMBO (Quilmes)

Señor Director:

Flojo Salvá (tapa M. A. 37) ¿Por qué no las relacionan con la novela principal como hicieron alguna vez? Ello le brindaría al dibujante el tema imaginativo que parece faltarles tantas veces. Como prueba, las de las propias novelas son generalmente mejores que las tapas. ¡Bien por Ornay! ¡Pembroke! Eusevi, bastante bien.

ESPOROFITO SOFANOR (Vicente López)

Señor Director:

Son lo suficientemente buenas como para desechar que aparezcan sin ellas o en caso de que necesariamente deban colocarse que sean en blanco y así se podrán aprovechar para hacer dibujos y enviárselos a usted (ahora en serio, la del Nº 37 era muy buena)

BERNARDO RUBIN (Capital)

Señor Director:

La visión de nuestro desgraciado y larguirucho primo (Tapa M. A. 39), envasado con cierta holgura en un coqueto traje azul, amarrado como un salame a su silla y en sus extremidades inferiores prolongándose fuera de la plataforma, me hizo derramar lágrimas de placer y emoción.

CARLOS BULRICH (Wilde)

Señor Director:

La portada del Nº 39 es una clara visión de lo que pueden hacerle sus lectores si no mejora pronto la calidad de los cuentos.

LUIS MINASIAN (Córdoba)

LA CONVENCION DEL CRIMEN (M. A. 39)

Señor Director:

En esta novela J. Bixby demuestra tener una calidad magnífica de escritor; ve todos los detalles; hace obrar a sus personajes con todos los actos que son lógicos de ellos.

OMAR KAZAM (Capital)

Señor Director:

Es la primera vez que en MAS ALLA se explota un tema de psicoanálisis y telepatía realmente bien. Lo único que no entendí es el título.

FELIX SOSA (San Luis)

LA GUERRA SEMANTICA (M. A. 38)

Señor Director:

Es el mejor de los treinta y ocho números de Más Allá... He hallado un mensaje, una verdad: la unión de los hombres, la armonía universal.

ROGELIO PIERRI (Capital)

Señor Director:

Después de leer este cuento me pregunto: ¿las obsesiones son fantásticas? Yo creo que habría sido mucho más entretenido leer un análisis de la mentalidad del autor.

FERNANDO OYARZUN C. (Chile)

¡RASCATAPUN! (M. A. 38)

Señor Director:

Este cuento tiene un enorme sentido de la ironía y de la comicidad. Lo felicito por el buen gusto que demostró al elegirlo.

C. A. CAFISO (Capital)

EL MONSTRUO DE LOS OJOS CHATOS (M. A. 38)

Señor Director:

¡No! ¡Ya está bien con los finales intrascendentes! El cuento en sí va muy bien, pero el final... ¿no le parece de película de cow-boys?

ANTONIO BOZA (Mendoza)

Señor Director:

Me avergüenzo, pero no entendía nada, por esa causa nada puedo opinar de "eso". Sólo me resta pensar en el monstruo que lo escribió.

E. KOKO (Capital)

Señor Director:

Creo que si este cuento uno lo lee dos veces queda hecho un charco y M. A. pierde un lector.

MIGUEL O. RAMIREZ (Capital)

Señor Director:

Estoy acostumbrado a los finales más o menos inesperados, pero le confieso que el de "El monstruo de los ojos chatos" me dejó asombrado.

CARLOS L. TONELLI (Bernal)

Señor Director:

El autor de este cuento demuestra más ingenio que genio, pero nos da un cuento bueno.

FERNANDO OYARZUN C. (Chile)

LA COLISION DE LOS MUNDOS (M. A. 38)

Señor Director:

En este artículo Willy Ley nombra la película "La guerra de los mundos" que no tiene nada que ver con lo que él escribe. Creo que se ha confundido con "Cuando los mundos chocan" anterior a la nombrada.

HUMBERTO H. LAURENCE (Sta. Fe)

Usted y trece lectores más se han dado cuenta de este error de nuestro traductor.

EL DESCUBRIMIENTO DE MORNIEL MATHAWAY (M. A. 38)

Señor Director:

Este cuento me ha dejado requetecontra enuelto en un lío de mil demonios. Al final, ¿se da uno cuenta que Mathaway fué o no el verdadero autor de sus cuadros? Porque resulta que aquel que llegó del futuro pintaba los cuadros que contenía el dichoso libro creyendo que los copiaba mientras verdaderamente los hacía, pero sin hacerlo, porque el real Morniel que estaba en el futuro era el que los había construido sin construirlos, pero siempre creyendo que era el primitivo constructor de los cuadros, los cuales hacía este otro en el presente. ¡Ah! Pero éste tampoco los hacía; de modo que si aquél no y éste menos, entonces ninguno de los dos. ¿Está claro, no? Y al final los cuadros los pintó el Gran Rey de Borgoña y uno se toma tres docenas de aspirinas y queda en condiciones de seguir leyendo MAS ALLA.

CARLOS F. SOSA (Montevideo)

Señor Director:

Este cuento es muy bueno. Tiene eso que se llama "picante", ese elemento irónicamente fino que tanto agrada cuando está bien logrado. Pero al final es un poquito confuso. Uno no sabe si es o si no es, o si es y cree que no es, o si no es y cree que es... ¡Mama mía!

MAURICIO KITAIGORODZKY (Capital)

NADA MAS QUE TERRAQUEOS (M. A. 37)

Señor Director:

Considero desde todo punto de vista denigrante para la raza que un escritor por más en decadencia que esté deba ofender así a sus semejantes para poder cobrar unos pesos.

OSVALDO A. DEL RIO (Avellaneda)

respuestas de la sección científica

IMANES

¿Puede cargarse un enorme imán para que repela en un punto dado de la Tierra a la fuerza de gravedad, ya que se cree que la Tierra posee carga de signo aún desconocido?

¿Qué materiales pueden emplearse?

JULIO CASTELLVI
(Ramos Mejía, F.C.N.D.F.S.).

→ El imán ejerce fuerzas de carácter electromagnético; la fuerza de gravedad, si bien no se descarta que pueda tener alguna relación con el electromagnetismo, no responde a las acciones magnéticas; por lo tanto, un imán no ejercería ninguna acción que pudiera contrarrestar a la fuerza de gravedad. La tierra, por otra parte, está cargada pero con carga eléctrica; en cuanto a su magnetismo, es sabido que el polo norte magnético está imantado con magnetismo de signo contrario al de la aguja magnética que apunta hacia él; es decir, es imantación "sur", y al revés ocurre con el polo sur magnético, que posee imantación "norte".

Los materiales llamados "magnéticos", en general; y en particular los "ferromagnéticos": hierro, níquel y cobalto. El manganeso, con tratamiento previo, puede también hacerse ferromagnético.

GRAVEDAD

1. ¿Qué es la fuerza de la gravedad? ¿Tiene alguna similitud con el campo de líneas de fuerza producidas por un imán? Las leyes que rigen el movimiento y equilibrio de los planetas. ¿Tienen similitud con las leyes que rigen los fenómenos atómicos?

2. ¿Cómo se mide y qué valores tiene la fuerza de gravedad de la Luna?

3. La Luna produce las mareas, desplazando el agua del mar en grandes cantidades hacia su lado. ¿Ocurre lo mismo con la atmósfera y otros objetos?

4. ¿Hay alguna aleación o material que repela la fuerza de gravedad de la Tierra? ¿Es siempre afectado por su masa?

JULIO CASTELLVI
(Ramos Mejía, F.C.N.D.F.S.).

→ Para Newton, la fuerza de la gravitación universal se cumple para todas las partículas con masa; cada partícula atrae a otra con una fuerza inversamente proporcional al cuadrado de la distancia entre ellas. Einstein corrigió y generalizó la ley e interpretó la fuerza de gravedad, vinculándola a la métrica del espacio. El campo de un imán satisface, efectivamente, una ley análoga: la ley de Coulomb es del mismo tipo que la de gravitación: inversamente proporcional al cuadrado de la distancia. Las leyes atómicas son algo diferentes; la fuerza que mantiene el equilibrio de las partículas en el átomo, es decir, los electrones moviéndose en órbitas alrededor de los núcleos, son de naturaleza electromagnética, del tipo de la ley de Coulomb; en cambio, la ecuación del movimiento de las partículas es algo diferente; allí vale la ecuación de Schroedinger en la aproximación no relativista, y la ecuación de Dirac en la teoría relativista (relatividad restringida). Las fuerzas que mantienen unidas a las partículas dentro del núcleo atómico son, por el contrario, de naturaleza muy distinta; son de "corto alcance", es decir, se manifiestan solamente hasta distancias del orden 10^{-12} a 10^{-11} cm.; a distancias mayores prácticamente no tienen acción; a distancias menores, preponderan enormemente. En el dominio atómico y nuclear valen, además, leyes "cuánticas", es decir, leyes en las que interviene la constante h (el cuanto de acción de Planck); en el dominio macroscópico, en cambio, valen leyes "clásicas"; en las que h no aparece para nada, debido a su valor pequeñísimo.

2. Si llamamos g y g' a las aceleraciones de la gravedad terrestre y lunar, respectivamente, (en sus superficies), se tendrá de acuerdo con la ley de Newton:

$g/g' = (m/r^2) + (m'/r'^2)$, donde m y m' , r y r' son las masas y radios terrestre y lunar, respectivamente. Como $m' = m/81$ y $r' = (3/11)r$, se tiene: $g' = (1/6)g$, es decir, la aceleración de la gravedad sobre la superficie lunar es 6 veces inferior a la terrestre sobre la superficie de la Tierra.

3. Sí; la marea también afecta a la atmósfera y a la parte sólida del planeta, dando lugar a las mareas rígidas, pero éstas son muy débiles.

4. No, no hay. La ley de la gravitación tiene validez universal.

¿Cuál es la razón de que el universo tenga fuerza de gravedad? ¿Cuál es la causa del campo magnético terrestre? ¿Será la rotación de la tierra o la revolución de la Luna?

GUILLERMO A. CABALLERO FIGUEROA.
(Colombia)

→ No se conoce todavía a qué se debe la presencia del campo gravitatorio aunque se sabe que depende de las masas en presencia y a qué leyes responde. En cuanto al campo magnético, si bien hay diversas teorías al respecto de su origen, tampoco se conoce con certeza su origen. Se piensa que puede ser debido a una distribución de materiales magnéticos en el núcleo terrestre o, quizá, a corrientes en ciertas capas. Esta última hipótesis goza de menos aceptación debido a que explica bien la componente axial del campo magnético, pero no la transversal (a la cual se debe que los polos magnéticos no coincidan con los geográficos). No se piensa que el campo magnético terrestre sea debido a la revolución lunar, entre otras razones porque de deberse a ella, las variaciones del campo magnético terrestre deberían ser periódicas y coincidir con determinados movimientos lunares, lo cual no ocurre.

CONSTRUCCION DE UN TELESCOPIO

Deseo construirme un telescopio pequeño y desearía que ustedes me indicaran la forma de hacerlo, o en su defecto, los libros donde puedo encontrar ese tema.

JOSE MORETA (Rosario, Santa Fe).

→ Si desea construirse un refractor, le bastará con conseguir dos lentes: un objetivo de 30 a 50 cm. de distancia focal, y un ocular de un par de cm. de distancia focal. El primero lo monta sobre un tubo de longitud algo menor que la distancia focal del objetivo. y el segundo, sobre otro tubo más corto, de diámetro un po-

quito mayor que el primer tubo, de manera que pueda deslizarse sobre el mismo. De este modo, podrá conseguir un enfoque adecuado. Si en cambio, desea construirse un reflector, el problema ya es un poquito más complicado, pues en ese caso deberá pulir los espejos de acuerdo con una técnica más elaborada, que usted podrá consultar en dos números de la revista de los Amigos de la Astronomía, de mayo-junio y julio-agosto de 1937.

CENTELLEO DE ESTRELLAS

Desearía que me informaran sobre el centelleo de estrellas y planetas.

MARTA CARLO (Capital).

→ El fenómeno del centelleo es bastante complejo. Por lo pronto, está el centelleo dinámico, que afecta la intensidad luminosa; el cromático, que se refiere a sus variaciones de coloración, y el paraláctico, que se manifiesta con oscilaciones aparentes de las estrellas. Una de las causas del centelleo parece ser la rotación de la Tierra con las correspondientes perturbaciones atmosféricas. Los planetas presentan también un parpadeo bastante pronunciado, pero en general es mucho más débil que el de las estrellas.

DEMOSTRACION

Desearía saber si la demostración que acompaño, según la cual $3 = 4$, es correcta o no.

CLAUDIO MARCELO PIANA.
(Lomas de Zamora)

→ Como podrá observar en su demostración, usted tenía: $(3-7/2)^2 = (4-7/2)^2$, o sea: $(-1/2)^2 = (1/2)^2$, lo cual es correcto; pero no lo es la raíz de ambos miembros, puesto que $(-1/2)$ es distinto de $(1/2)$. El error de la demostración está ahí. Con el mismo criterio, pudo usted haber tomado cualquier número a y haber puesto: $(-a)^2 = a^2$, lo cual es correcto, y de ahí, tomando raíces, haber concluido que $(-a) = a$, lo cual es incorrecto.

OBSERVACIONES TELESCOPICAS

Quisiera saber si, con el telescopio que ustedes detallaron en MAS ALLA, es posible observar un planeta tan alejado como Marte.

FEDERICO SCHNEIDER (Rosario).

→ Sí, es posible; pero tenga en cuenta que Marte es un planeta relativamente próximo a la Tierra; solamente Venus está más cerca.

ELECTRONES

He leído que las partículas beta (electrones) son emitidas en las desintegraciones radiactivas, pero, al mismo tiempo, que dentro de los núcleos no hay electrones. ¿Cómo se explica entonces que puedan salir electrones en la desintegración?

OSCAR T. J. KOCO (Capital)

→ De la misma manera, digamos, que salen fotones (luz) de los átomos sin que la luz constituya los átomos. La emisión se produce porque dentro del núcleo hay protones y neutrones, los cuales pueden transformarse uno en otro emitiendo una partícula cargada; cuando el neutrón se transforma en protón, emite un electrón negativo, y éste sale inmediatamente del núcleo porque adquiere dentro de él una gran energía, suficiente como para que pueda atravesar la barrera de potencial dentro de la cual se encuentran las partículas nucleares (nucleones).

"TIEMPO ATOMICO"

He oído hablar de un "tiempo atómico". ¿Podrían explicarme qué significa esa frase? ¿Tiene algo que ver con el tiempo de la teoría de la relatividad?

JOSE VENTURA (Tucumán)

→ No, no tiene nada que ver con el tiempo de la teoría de la relatividad. En ésta, el problema es, conocido el tiempo que marca un reloj en un dado sistema de referencia, calcular cuánto marca otro reloj idéntico, situado en otro sistema de referencia, móvil respecto de aquél; el reloj atómico, en cambio, es simplemente un patrón de frecuencia, que se ha sugerido usar en lugar de la unidad astronómica de tiempo, que como es bien conocido, es el segundo solar medio. El reloj atómico define, de ese modo, el "segundo físico". Se ha propuesto una frecuencia de resonancia del átomo de cesio como tal, así como también la frecuencia del espectro de inversión del amoníaco, que cae en la región de micro-ondas, cen-

timétrica. La precisión de este reloj es de uno en mil millones, o sea, una diez milésima parte de un segundo por día.

AGUA PESADA

¿Qué es el agua pesada y cómo se la utiliza en la fabricación de la bomba atómica?

EDUARDO J. SALOM (Capital)

→ El agua pesada está constituida por un átomo de oxígeno y dos de deuterio. El deuterio es un isótopo del hidrógeno de peso atómico doble al de este último, lo cual se debe a que el núcleo de deuterio, llamado también deuterón, está formado por un protón —igual que el hidrógeno—, pero, además contiene un neutrón. Como el neutrón pesa aproximadamente lo mismo que el protón, resulta que el peso atómico del deuterio es doble que el del hidrógeno. El agua pesada se usa en los reactores como "moderador"; es superior al grafito, en cierto sentido; por ejemplo, frena mejor los neutrones y los absorbe en menor cantidad.

USINA NUCLEOELECTRICA

Desearía saber si en Gran Bretaña está ya funcionando alguna usina nucleoelectrónica en gran escala.

LUIS GUTIERREZ (Capital)

→ Sí, la Usina de Calder Hall, en Cumberland, está funcionando actualmente; consiste en dos pilas, una de las cuales contiene uranio y utiliza una reacción en cadena. Esta usina suministra unos 60.000 kilovatios de potencia eléctrica.

HIDROGENO PESADO

Desearía saber si el hidrógeno pesado se encuentra en el espacio interestelar, y si así fuera, cómo es posible revelarlo.

MARIO BARRIOS (Rosario)

→ Recientemente se ha descubierto la existencia de deuterio, o sea el isótopo del hidrógeno, de peso atómico 2, en el espacio interestelar, cerca del centro de la Vía Láctea. Se lo ha revelado por medio de la radioastronomía, esa nueva arma de la astronomía que se está desarrollando tanto en estos momentos; tres astrónomos rusos detectaron una intensa radiación de

longitud de onda próxima a los 92 cm., o más exactamente, 397 megaciclos por segundo de frecuencia, la cual sólo podría provenir de deuterio.

NEUTRONES

¿Cuántos neutrones por segundo y por centímetro cuadrado pueden producirse en el centro de un reactor de 50 kilovatios, por ejemplo?

OSCAR T. KONTROL (Capital)

→ Depende del tipo de reactor, según el material empleado (uranio, torio, etc.), pero en líneas generales, puede calcularse para un reactor homogéneo, de esa potencia, un influjo máximo de un billón de neutrones por centímetro cuadrado y por segundo.

BIBLIOGRAFIA

¿Podrían indicarme títulos de algunos libros que puedan darme una buena base de Física moderna, Física nuclear y Química moderna?

RICARDO MARTINEZ (Sgo. de Chile)

→ "Física Atómica", de Max Born; "Átomos, iones, electrones y radiaciones ionizantes", de Crowther; "Introducción a la Física Teórica", de Slater y Frank; "Física nuclear", de Heisenberg; "La potencia del átomo", de Thibaud; "Materia y Luz", de de Broglie; "El significado de la relatividad", de Einstein; "Relatividad", de Terradas-Ortiz; "Memorias originales", de Einstein (Emecé); los libros de Gamow (*Autobiografía de la Tierra; Nacimiento y muerte del Sol; La Energía Atómica*; etc.); el de Spencer-Jones "La vida en otros Mundos"; el de Hoyle "Frontiers of Astronomy"; y muchos otros más.

GENERADOR DE VAN DE GRAAFF

¿Cómo funciona el aparato de Van de Graaff?

ANICETO RODRIGUEZ (La Plata)

→ El generador de Van de Graaff está constituido por una cinta de material aislador (de seda, por ejemplo), que se mueve entre dos rodillos (de madera, por ejemplo); en uno de los extremos se generan cargas sobre la cinta de seda, por simple frotamiento, las cuales son llevadas rápidamente hasta el otro extremo, donde

un dispositivo adecuado tal como una serie de puntas, traslada las cargas a una esfera metálica conductora; ésta se va cargando hasta alcanzar el potencial disruptivo (el cual depende de su diámetro y de las condiciones del aire que la rodea).

ONDAS ELECTROMAGNETICAS

Quisiera saber si se puede enviar un mensaje a Venus, por ejemplo, por medio de ondas electromagnéticas o por algún otro tipo de ondas.

LUIS ANTONIO VUKUSICH
(Bahía Blanca)

→ Sí, es posible: pueden enviarse ondas de radar o también, ondas centimétricas. A la Luna ya se las ha enviado, y se ha obtenido la reflexión de las mismas en la superficie lunar; de ese modo se ha comprobado la velocidad de propagación de esas radiaciones electromagnéticas (que es igual a la de la luz).

POTENCIA CERO

¿Por qué cualquier número elevado a la potencia cero da como resultado uno?

LEON KAUFMAN (Capital)

→ Por convención; aceptándola, se generalizan ciertas consecuencias y se obtienen propiedades útiles a la potenciación, dándole sentido a expresiones que, de otro modo, no se sabría cómo interpretar.

SATELITES DE JUPITER

MAS ALLA informó que los satélites de Júpiter VI y X se encuentran situados a 11,7 millones de km., pero que los periodos de rotación de ellos son distintos. ¿Cómo es posible eso, siendo que están los dos a la misma distancia?

JULIO EMILIO PERRIN
(S. Martín, F.N.B.M.)

→ Sí, porque las órbitas están muy inclinadas respecto del Ecuador del planeta y son considerablemente excéntricas. De allí proviene la diferencia entre los periodos de rotación.

VELOCIDAD DE LA LUZ

De acuerdo con Einstein, un rayo de luz es afectado por un campo gravi-

tatorio; por lo tanto, podría superar la velocidad de la luz. ¿Es así?

ALBERTO CONSTENLA (Capital)

→ Efectivamente, así es. En la teoría general de la gravitación, es decir, cuando se considera la presencia de campos gravitatorios, la velocidad de la luz pierde ese carácter de constante que le exige la teoría especial, y puede ocurrir lo que usted dice.

VACIO ABSOLUTO

¿Podría informarme en qué lugar de nuestro país hay un laboratorio destinado a obtener el vacío a 0° absoluto?

HECTOR J. AMESI (San Martín)

→ Laboratorios donde se consiguen grandes vacíos hay muchos; en los institutos de física, y en ciertas industrias, el trabajo en recipientes evacuados es cosa de rutina; pero la obtención de muy bajas temperaturas, próximas al cero absoluto, ya es otra cosa un poco más complicada, y en nuestro país, ningún laboratorio se ocupa del tema.

AÑO LUZ - SATURNO Y GALAXIAS

1. ¿Qué es un año-luz?
2. ¿Cómo se puede ver a ojo desnudo a Saturno y en qué fecha aproximada?
3. ¿Qué es una galaxia y de qué se compone?

R. BERMUDEZ (Santiago de Chile)

→ 1. Un año luz es la distancia que recorre la luz en un año, es decir: $300.000 \text{ km/seg.} \times 3,1 \times 10^8 \text{ seg.} = 9,3 \times 10^{16} \text{ km.}$, o sea, un poco más de 9 millones de millones de kilómetros.

2. Saturno se ve siempre a ojo desnudo, como si fuera una estrella de primera magnitud; hasta ahora ha sido astro vespertino, visible toda la noche, entre las estrellas Alfa de Libra y Beta de Escorpión; sus anillos, que son telescópicos, están en estos momentos en buena posición para ser observados.

3. Un ejemplo lo ilustrará: La Vía Láctea es una galaxia (solemos decir "nuestra" galaxia); análogamente, Andrómeda es otra galaxia para indicar uno

cualquiera de esos "universos-islas" a que hacía referencia W. Herschel, constituidos por una gran cantidad de estrellas.

GRAVEDAD - GENES

1. ¿Cuáles son las cuatro dimensiones? ¿Se podría anular la fuerza de la gravedad?

2. ¿Son visibles los genes con el microscopio electrónico?

ALBERTO BONILLO (Olivos)

→ 1. Si se refiere a las cuatro dimensiones corrientes, tres de ellas son las espaciales, y la cuarta, el tiempo multiplicado por la velocidad de la luz en el vacío (c. t.). El conjunto de ellas constituye el "espacio-tiempo" de la teoría de la relatividad. La fuerza de la gravedad no puede anularse, salvo en el infinito, donde tiende a cero. Esta es precisamente la diferencia entre un campo gravitatorio y un campo al cual es equivalente un sistema no inercial: el comportamiento en el infinito es distinto en los dos casos; en el segundo, crece ilimitadamente o por lo menos, permanece finito. La fuerza centrífuga que aparece en los sistemas de referencia en rotación, por ejemplo, aumenta sin límites al alejarnos del eje de rotación.

2. Hasta ahora no se los ha visto; en cambio, se han observado cuerpos del mismo tipo, tales como ciertos virus.

COMBUSTIBLE Y V-2

¿Qué proporción de cada componente tiene la mezcla oxígeno líquido-alcohol usada en la V-2?

JUAN I. CABRERA (Capital)

→ La cantidad de oxígeno es justamente la necesaria para quemar el alcohol, o sea dos moléculas de oxígeno por cada una de alcohol (64 g. de oxígeno por cada 60 g. de alcohol).

PLASTICOS

¿Cuántas clases de plásticos se conocen, y cuál de ellos es el más resistente?

JULIO EMILIO PERRIN (San Martín)

→ Se conoce un número muy grande de resinas plásticas. Ordinariamente se los clasifica en termoplásticos y termoestables,

según que se ablanden o no por el calor. Pueden mencionarse los fenoplastos y los aminoplastos, que son productos termoestables por condensación; poliésteres, que son termoestables por condensación; los alkydos, que son termoestables por polimerización; los polímeros vulcanizables del tipo caucho (neopreno, buna, etc.). De entre ellos, hay muchos muy resistentes.

TELESCOPIO

Quisiera construir un telescopio muy potente, mucho más que el que describe MAS ALLA en uno de sus números. ¿Cómo podría hacerlo?

LUIS ZACUR (Asunción, Paraguay)

→ Sugerimosle consulte los números de Mayo-Junio y de Julio-Agosto de 1937 de la "Revista Astronómica", publicada por la Asociación Argentina Amigos de la Astronomía, Avda. Patricias Argentinas 550, Cap. Fed.

CONSTANTE DE PLANCK

Desearía conocer el mejor valor conocido de la constante h de Planck, así como de N , m y e .

LUCIANO GROELL (Formosa)

→ $(6,62517 \pm 0,00023) \times 10^{-27}$ erg. seg. La constante de Rydberg se calcula teóricamente con ese valor de h y resulta ser: $(109.737,309 \pm 0,012)$ cm.⁻¹, para el caso de masa infinita; para H da: $109.677,576 \pm 0,012$. La relación por usted encontrada para la carga del electrón, es conocida desde hace tiempo. En realidad, lo que se suele usar es la constante h/mc conocida como "longitud de onda de Compton" = $a 2\pi \times 3,86 \times 10^{-11}$ cm. = $2,43 \times 10^{-10}$ que es precisamente lo que usted iguala a $e/2$. Por eso le sale a usted e con dimensiones de una longitud. Pero observe que el valor de $e = 4,80 \times 10^{-10}$ vale en unidades electrostáticas, que no son centímetros, sino $g^{1/2} c^{3/2} s^{-1}$. Por lo tanto, su fórmula es, dimensionalmente hablando, incorrecta. Usted solamente ha encontra-

do un valor numérico muy aproximadamente igual al de la carga del electrón en un dado sistema de unidades, y arbitrariamente lo ha igualado a la carga. El procedimiento, pues, es incorrecto.

Los valores de N , m y e que solicita son: $N = (6,02486 \pm 0,00016) \times 10^{23}$; $m = (9,1083 \pm 0,0003) \times 10^{-28}$ g. y $e = (4,80286 \pm 0,00009) \times 10^{-10}$ u. e. s. $g^{1/2} c^{3/2} s^{-1}$.

ECUACIONES Y PILAS ATOMICAS

¿Qué se entiende por ecuaciones de la cinética de las pilas atómicas?

RAUL FISCHMAN (Necochea)

→ Son las ecuaciones resultantes del estudio cinético dentro de las pilas, es decir, el cálculo del frenado de neutrones, el cálculo de la pérdida media de energía que sufren al chocar con el moderador, el cálculo del camino libre medio de transporte; la ecuación de difusión de los neutrones, etc.

MASA Y ENERGIA

Según Einstein, la masa en gramos multiplicada por el cuadrado de la velocidad de la luz en el vacío, da la energía en ergios. Pero si situamos la masa en cuestión en Júpiter, la fórmula da una energía varias veces mayor. ¿Cómo es eso? Y de acuerdo con lo anterior, ¿cómo se determina la masa de dos cuerpos para encontrar la atracción que ejercen entre sí, según la ley de la gravitación?

UN LECTOR INDECISO (Junín)

→ La masa no varía con el campo de gravitación en donde se encuentra. El peso sí, varía, ya que se obtiene multiplicando la masa por la aceleración de la gravedad en el lugar donde se encuentra. Por lo tanto, lo fórmula de Einstein vale no sólo en la Tierra y en Júpiter, sino en cualquier lugar del mundo. La masa se determina con la balanza, por comparación con masas conocidas (la de las pesas).

más a la Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 507981. Distribuidores, Cap. Federal: C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113, Buenos Aires:

CORREO
ARGENTINO
Central B

FRANQUEO A PAGAR
Cuenta N° 574

INTERES GENERAL
Concesión N° 4923



explosión poco peligrosa

¿Qué pasaría si un reactor explotara? Para contestar esta pregunta los hombres de ciencia no tuvieron más remedio que hacer la prueba. Las consecuencias no fueron más peligrosas que las de una explosión de la caldera de una locomotora. La foto ilustra el momento en que se realiza la experiencia en EE. UU.

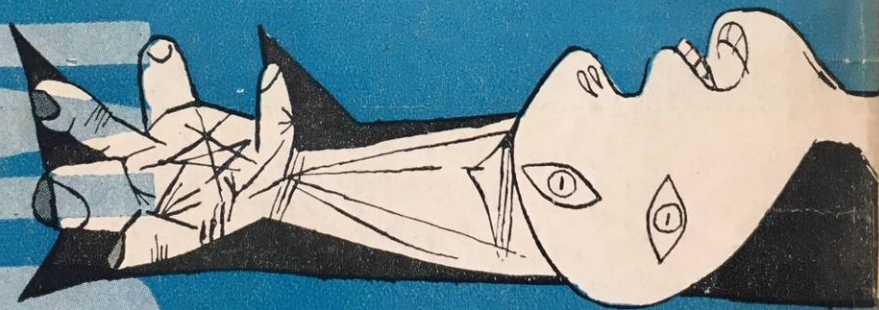
en
el próximo
número:

¡Peligro para el planeta!

LA BOMBA H

16 páginas de ilustraciones

- el porvenir de nuestra especie
- peligrosas deformaciones
- producción artificial
- medicamentos antiatómicos
- la tierra poblada de monstruos



BAJO LA LUZ DE LA TIERRA

Novela de Arthur C. Clarke

Un conmovedor ejemplo de solidaridad científica.
Un brillante futuro en el que nunca más, por mucho
que la imaginación pudiese correr, volvería la raza
humana a luchar consigo misma.

\$ 6.-